

DESDE **12** AÑOS

El caso del Cerro Panteón

José Ignacio Valenzuela

Ilustraciones de Carlos Lara

En esta nueva novela policial, los protagonistas —Pablo y Felipe— se dirigen a Valparaíso para disfrutar de unas tranquilas vacaciones, lejos de los extraños casos criminales a los que han debido enfrentarse en el pasado. Pero apenas llegan a su destino, ciertos hechos sospechosos y oscuros pondrán fin a su descanso y, quiéranlo o no, los obligarán a concentrar todas sus habilidades en descubrir la verdad tras el cruento asesinato en el Cerro Panteón.

ALFAGUARA

JUVENIL

ISBN: 978-956-15-2417-0



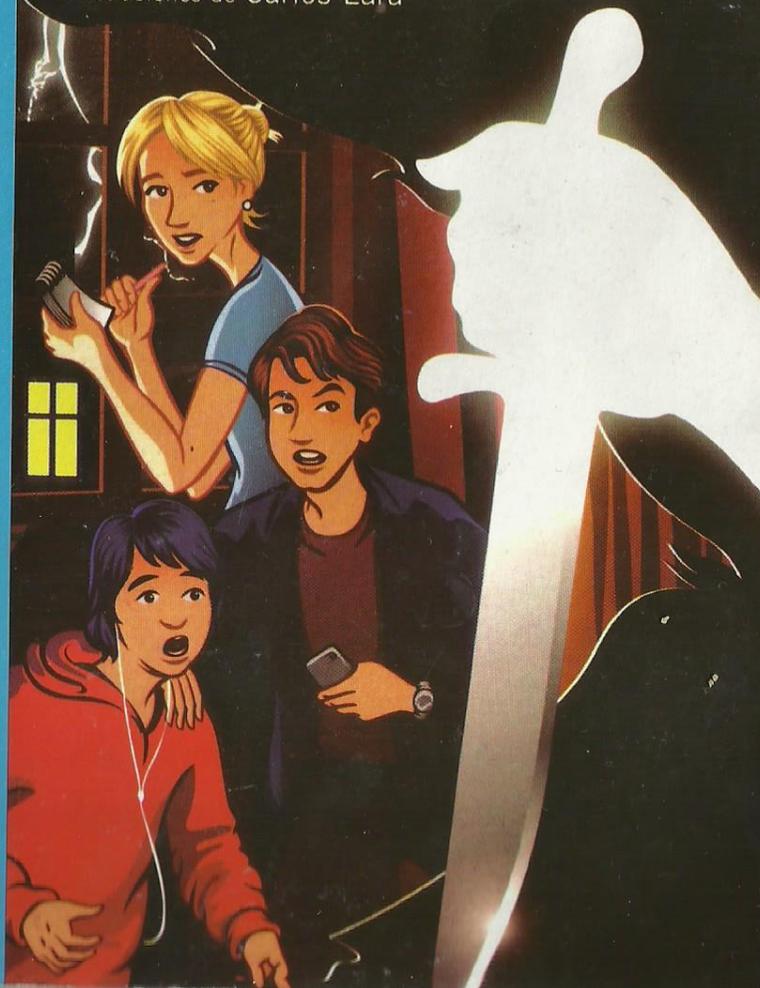
9 789561 524170

ALFAGUARA JUVENIL

El caso del Cerro Panteón

José Ignacio Valenzuela

Ilustraciones de Carlos Lara



PERSONAJES

UNO DE ELLOS ES EL CULPABLE... ¿QUIÉN SERÁ?

PABLO: Sagaz estudiante de *high school* de origen puertorriqueño, apodado Sherlock por sus amigos, debido a su aguda capacidad de observación e innato gusto por la investigación y los misterios. Vive en Miami con su familia.

FELIPE: Compañero de curso de Pablo. De ascendencia mexicana, le gusta comer, chatear, jugar Play Station, bajar música de internet y traspasarla a su iPod. Vive en Miami y siempre está luchando contra su sobrepeso.

LYA: Hija de la dueña del Hotel Barlovento. Buena para conversar, observadora y lectora apasionada de novelas policiales. Su sueño es convertirse en una investigadora y poner en práctica todo lo que ha aprendido en los libros.

TEODORO: Anciano solitario y muy retraído que prácticamente no sale de su casa. Invierte y realiza negocios que sólo buscan aumentar su fortuna. Es amante de la ópera y las antigüedades.

MARUJA: Elegante y distinguida anciana, que tiene el sueño ligero, y que se aloja en el Hotel Barlovento. También es fanática de la ópera, especialmente de *Turandot*. Es muy religiosa y practicante.

LUCHITA: Simpática y querendona dueña del Hotel Barlovento. Es una espléndida anfitriona y cocinera. Sabe atender a cada uno de sus huéspedes como se merece. Es la madre de Lya.

SALOMÉ: Misteriosa mujer que nunca parece decir con honestidad lo que está pensando. Todo lo que hace y comenta está envuelto en un halo de mentira. Duerme en la habitación número 2 del hotel.

JUAN: Hombre hosco y de peligroso aspecto que también llega como huésped al hotel Barlovento. Tiene una misteriosa manera de relacionarse con Salomé.

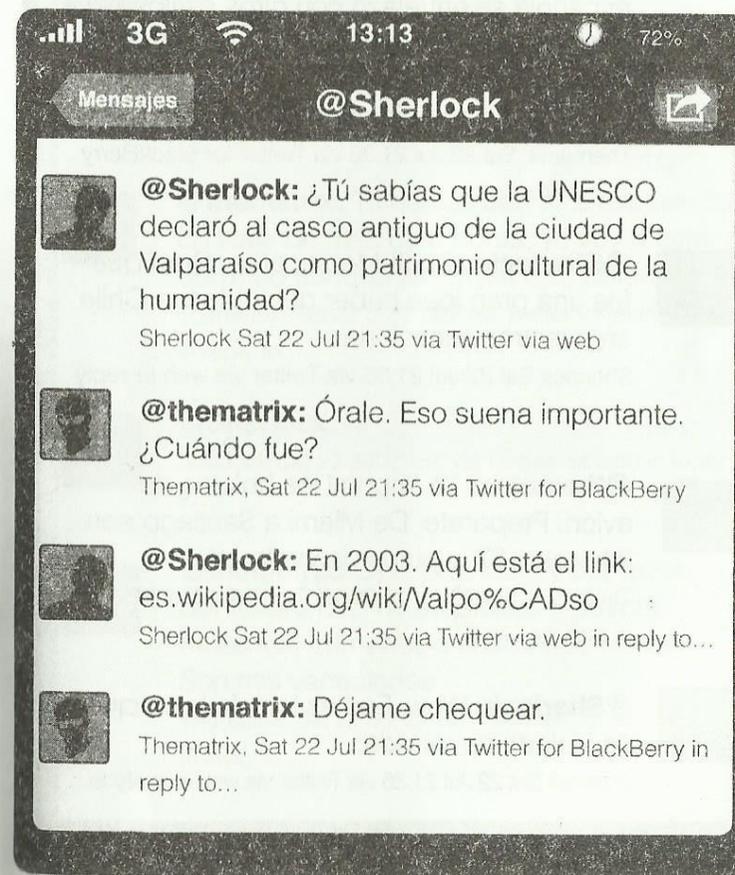
ABEL: Simpático y amable hombre que siempre ofrece una sonrisa a los demás. También está alojando en el hotel y, al parecer, su única intención es disfrutar y pasársela bien.

LÁZARO: Adusto y serio hombre de la tercera edad, quien gracias a su retadora mirada y estricto bigote inspira temor y profundo respeto. Casi no habla y cuando sube la voz, todos tiemblan.

URREJOLA: Bonachón funcionario de la Oficina Nacional de Emergencias, es el encargado de velar que nadie abandone el hotel Barlovento cuando comienza la tormenta.

VIOLETA: Octogenaria y esmirriada mujer. Vive en las faldas del Cerro Panteón, en una derruida y vieja casa, y su única compañía son sus tres gatos.

PRÓLOGO





@Sherlock: Las fotos de Valparaíso están de show. Creo que lo que más me interesa de la zona es la arquitectura.

Sherlock Sat 22 Jul 21:36 via Twitter via web in reply to...



@thematrix: Lee esto: "El principal atractivo de Valparaíso es su original arquitectura. La arquitectura colonial española se entrelazó con otros estilos europeos no hispanos, especialmente el victoriano, que fue traído al puerto por inmigrantes británicos".

Thematrix, Sat 22 Jul 21:36 via Twitter for BlackBerry in reply to...



@Sherlock: ¡Cool! Me encanta. Creo que fue una gran idea haber decidido ir a Chile en nuestras vacaciones.

Sherlock Sat 22 Jul 21:36 via Twitter via web in reply to...



@thematrix: Ya imprimí los boletos de avión. Prepárate. De Miami a Santiago son 8 horas y 27 minutos de vuelo.

Thematrix, Sat 22 Jul 21:36 via Twitter for BlackBerry in reply to...



@Sherlock: Wow. Eso es lo más lejos que he viajado en mi vida.

Sherlock Sat 22 Jul 21:36 via Twitter via web in reply to...



@thematrix: Ya cargué varias películas en mi iPad, y tengo mucha música. No me voy a aburrir.

Thematrix, Sat 22 Jul 21:37 via Twitter for BlackBerry in reply to...



@Sherlock: En el aeropuerto va a estar un taxista esperándonos para llevarnos de Santiago a Valparaíso. Queda cerca, a una hora y media.

Sherlock Sat 22 Jul 21:37 via Twitter via web in reply to...



@thematrix: Tú hablas con él. Después de un viaje de más de 8 horas, yo voy a estar dormido aunque tenga los ojos abiertos.

Thematrix, Sat 22 Jul 21:37 via Twitter for BlackBerry in reply to...



@Sherlock: ☺

Sherlock Sat 22 Jul 21:37 via Twitter via web in reply to...



@thematrix: Oye, Sherlock, y por favor... por favorcito... no empieces a buscar misterios, crímenes o casos que resolver. Son mis vacaciones.

Thematrix, Sat 22 Jul 21:37 via Twitter for BlackBerry in reply to...



@Sherlock: Jejejejeje. No prometo nada.
Sherlock Sat 22 Jul 21:38 via Twitter via web in reply to...



@thematrix: ¡Nos vemos mañana en el aeropuerto! Ahora voy a chequear el weather channel. Qué mala onda sería que nos lloviera todo el tiempo.

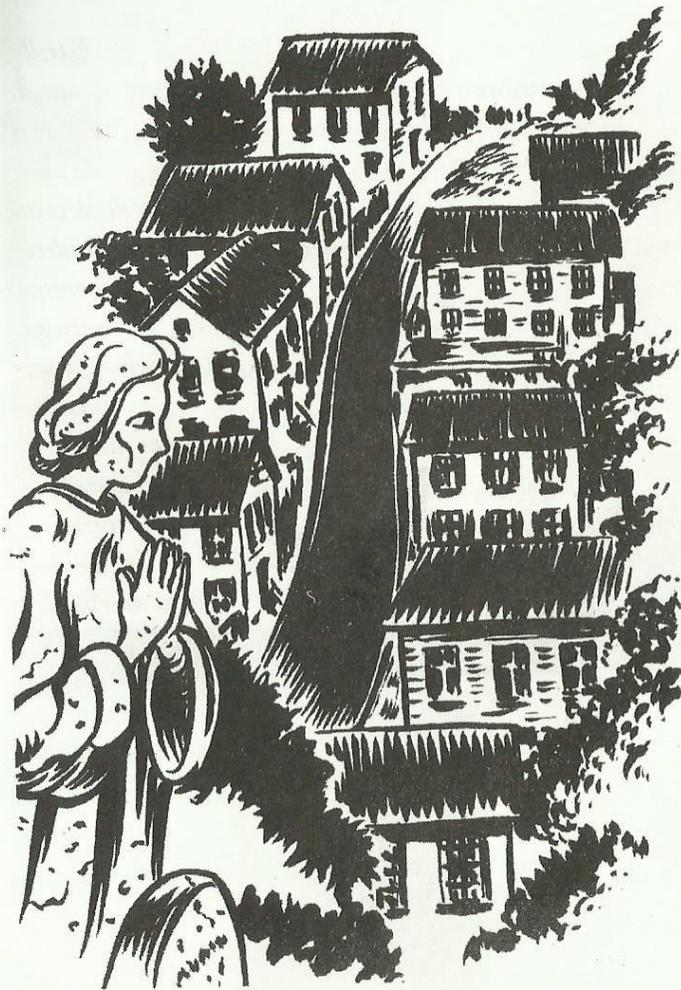
Thematrix, Sat 22 Jul 21:38 via Twitter for BlackBerry in reply to...



@Sherlock: Dicen que Valparaíso es un lugar muy especial. Y si surge un nuevo caso allá en el fin del mundo, yo... No, mejor no digo nada. Bye. C U tomorrow.
Sherlock Sat 22 Jul 21:38 via Twitter via web in reply to...

*Estrella
oscura
eres
de lejos,
en la altura de la costa
resplandeces
y pronto
entregas
tu escondido fuego,
el vaivén
de tus sordos callejones,
el desenfado
de tu movimiento,
la claridad
de tu marinería.*

Oda a Valparaíso, Pablo Neruda



CAPÍTULO UNO

LA CASA AL FINAL DE LA CALLE

—Sí, joven, tal como escucha. ¡Valparaíso está formado por cuarenta y dos cerros! ¡Cuarenta y dos! —exclamó el chofer con el volante de su vehículo firme entre las dos manos—. Y yo me sé el nombre de todos... ¿Quieren que se los recite? ¡No me demoro nada, joven! Empezamos con el Cerro Alegre, después está el Cerro Barón, el Cerro Delicias, el Cerro Playa Ancha, el Cerro Yungay, el Cerro...

—¿Y queda mucho para que lleguemos al Cerro Panteón? —interrumpió Pablo, algo mareado por la excesiva verborrea del taxista que lo transportaba a él y a su amigo Felipe.

—No, no queda mucho, joven. Un par de cuadras y ya llegamos a su destino —respondió el hombre, y apretó aún más a fondo el pedal del acelerador.

Sin que nadie lo animara a seguir, el hombre que conducía una miniván continuó narrándoles que, conforme el crecimiento de la población y el nacimiento de nuevas necesidades de espacio y vivienda, la gente de Valparaíso fue poblando cada uno de los cerros que resbalaban desde el continente hacia el mar, hasta crear una suerte de inmenso anfiteatro que mira hacia el Océano Pacífico y

que brilla como un espectáculo de luces multicolores al caer el sol.

—Y para que ustedes sepan —agregó, y orientó su auto hacia una estrecha calle que comenzaba a trepar hacia las laderas—, los nombres de los cerros aparecieron a medida que se fueron llenando de personas. Así, poquito a poco, se agregó uno tras otro hasta llegar a los cuarenta y dos que hoy día se dice que son los cerros de Valparaíso. ¡Cuarenta y dos, tal como lo oyen!...

Pablo miró a Felipe que, sentado a su lado en una de las tantas corridas de asientos, mantenía la vista fija en el paisaje urbano al otro lado de la ventanilla. Era un colorido desorden donde se mezclaban diferentes tipos de arquitecturas, desde las más clásicas hasta las más vanguardistas, junto a una verdadera muchedumbre de peatones, vendedores ambulantes y antiguos autobuses unidos a cables eléctricos por medio de dos astas que intentaban abrirse paso en el mar de automóviles que poblaban las angostas calles.

—Ésos se llaman trolebuses —puntualizó el conductor— y funcionan aquí en Valparaíso desde mediados del siglo xx. A mí me gustan porque no contaminan. Son eléctricos, ¿ya se dieron cuenta? ¿Ven que van agarrados a unos cables, y que así es como consiguen su energía?

Pablo iba a interrumpir el discurso, para comentar algo sobre las ventajas de la energía limpia y verde, pero el chofer retomó su plática sobre los cerros que conformaban la ciudad. Señaló que todos poseen características urbanas y sociales muy específicas que permiten diferenciarlos de manera clara e inequívoca. Cada uno es una unidad muy

reconocible, que gracias a sus particularidades da vida a barrios con una identidad que no se repite en ningún otro lugar. Les explicó, además, que cada cerro tiene sus propias calles y escaleras de acceso, y que muchos de ellos poseen un ascensor que los une con la parte baja de la ciudad.

—¿Y por qué el Cerro Panteón se llama así? —preguntó Felipe, que se quitó los audífonos de las orejas y puso en *pause* la canción que escuchaba en su iPhone.

—Porque ahí están tres de los cementerios más populares de la zona —contestó el hombre—. Dicen que en ese lugar viven más muertos que vivos —exclamó con una carcajada que más pareció un tosido asmático.

Los dos muchachos cruzaron una mirada cómplice, mezcla de entusiasmo por lo que oían y ganas de empezar a observar por sí mismos lo que la ciudad ya empezaba a ofrecerles. Cuando la van hizo su ingreso en una empinada calle llamada Ecuador, según señalaba un cartel de tránsito en la esquina, Pablo supo que ya habían llegado a su destino. Recordaba ese nombre como la dirección del hotel donde iban a quedarse a lo largo de su estadía en la zona.

—¡Listo! —exclamó el conductor y apagó el motor—. Ecuador 17. Servidos, jóvenes —dijo, y saltó fuera de su asiento para sacar las mochilas de ambos muchachos del maletero.

Apenas los dos amigos descendieron del interior del vehículo, una fresca brisa cargada de un intenso olor a salitre y humedad los envolvió y acompañó en sus primeros pasos por esa pronunciada pendiente que trepaba hacia lo alto del cerro. Era un opaco día de invierno, sin atisbos de sol ni altas temperaturas. Un encapotado cielo gris que se

fundía con la línea del horizonte y borraba toda división con el mar. A pesar del poco auspicioso clima, se podía gozar de una clara panorámica que abarcaba el plano de la ciudad, el puerto y la majestuosa presencia del océano. Desde el nacimiento de la calle Ecuador se veía con gran precisión el multicolor amontonamiento de *containers* en el muelle, la altísima grúa que ayudaba a transportarlos desde los camiones hasta las cubiertas de los buques cargueros, y las bandadas de gaviotas que alborotaban por encima de sus cabezas.

—Bueno, jóvenes, bienvenidos a la Joya del Pacífico —señaló el hombre con una sonrisa de indisimulado orgullo—. Espero que tengan una linda estadía en mi tierra. ¡Chao, *pescao!*

Dicho eso, se subió de nuevo a su auto y aceleró calle abajo, en medio de hábiles maniobras de piloto acostumbrado a trepar avenidas y caminos ensortijados. Pablo se echó al hombro su pesada mochila, cargada casi a reventar con buena parte de su ropa, y enfiló sus pasos hacia el número 17. Correspondía a una casa de dos pisos, de herrumbrosa fachada de planchas de zinc y un par de ventanas de decrepita apariencia. Felipe se quitó por unos segundos su ya inseparable gorra de los Marlins, se rascó la cabeza y miró al ojinegro con evidente desilusión reflejada en la mirada.

—¿*Esto* es el hotel donde se supone que nos vamos a quedar? —inquirió.

—Bueno, siempre supimos que era un hotel pequeño y familiar... ¡Eso decía en los *reviews* de internet!

Pablo no lo confesó, pero un poderoso desencanto se abrió paso en él y lo hizo torcer la boca en una mueca

de desagrado. Esa derruida construcción no se parecía en nada a las fotografías que el Hotel Barlovento, de cuatro estrellas, lucía en la galería de su *website*. Por lo visto habían sido engañados. ¿Qué iban a hacer ahora?

—Espérate tantito —Felipe frunció el ceño—. ¡Esto no se va a quedar así!

Avanzó con paso firme hacia la puerta de la casa marcada por un gastado 17, y golpeó con gran vehemencia. A los pocos instantes, el lastimero graznido de las bisagras anunció que alguien estaba abriendo.

—¿Sí? —se escuchó desde el interior.

Felipe iba a comenzar su retahíla de reclamos y quejas cuando un par de gatos salieron en estampida hacia la calle en medio de un bullicioso coro de maullidos.

—¡No, no! ¡Almendra! ¡Luna! ¡Sansón! ¡Vuelvan aquí! —gritó la voz de una anciana—. ¡Atrapen a mis gatos!

En el umbral apareció una octogenaria mujer, ataviada con una desteñida bata de levantarse y con el cabello de un color indefinido cubierto por una redecilla elástica. Pablo y Felipe se paralizaron al ver su pesarosa figura mientras sacudía los brazos intentando atrapar a los felinos que se echaron a correr por el empedrado.

—¿Qué quieren?! —gruñó, dándose por vencida al ver al último de sus animales desaparecer en la esquina.

—¿Éste es el Hotel Barlovento? —inquirió Felipe con timidez al suponer de antemano que cometía un error.

—¡Ya estoy cansada de que siempre confundan mi casa con ese dichoso hotel! —se quejó la mujer—. ¡El Hotel Barlovento está en el número 77 de esta calle, no en el 17!

Aliviados, los dos muchachos se miraron al tiempo que dejaban salir un suspiro de consuelo. La anciana seguía reclamando con la mano por encima de su cabeza.

—¡Siempre se equivocan! ¡Siempre! ¿Tan difícil es distinguir un 77 de un 17? Y ahora dónde se fueron mis gatos... ¡Luna! ¡Sansón! ¡Almendra!

—¿Y dónde queda el hotel, señora? —quiso saber Pablo, y dio un paso hacia ella.

—Al final de la calle —señaló con un dedo hacia lo alto—. ¡Así es que empiecen a subir!

Dicho eso, cerró de un portazo tan fuerte que hasta las latas de zinc de la fachada quedaron temblando unos instantes. Felipe levantó la vista y dejó que sus ojos recorrieran la elevada pendiente hacia la cima del cerro, hasta donde trepaba la calle, y tragó ruidosamente saliva.

—¿Y cómo vamos a llegar hasta allá arriba? —preguntó en un jadeo de anticipado cansancio.

—Dando un paso tras otro —respondió su amigo y se acomodó la mochila en la espalda—. ¡Vamos!

Y sin esperar una respuesta, Pablo se echó a andar rumbo al número 77 de la calle Ecuador.

* * *

Sobre una recién barnizada puerta se leía con toda claridad "Hotel Barlovento". Pablo se detuvo frente a ella e intentó recuperar el aliento luego del esfuerzo de recorrer varias cuadras en vertical subida. El número que buscaban

quedaba en la intersección de varios pasajes aún más estrechos y peatonales. Ahí, altas casas de madera formaban un continuo muro a lo largo de toda la calle, donde lo único que variaba era el color de cada fachada.

Tal como lo prometía su descripción en internet, el Barlovento era un hotel estilo boutique, de una planta, y de personalizada atención familiar. Era evidente el especial cuidado que habían puesto en todos los detalles de su construcción: el elegante tono verde de sus muros exteriores combinaba a la perfección con el reposado café oscuro de las maderas de las molduras y persianas. Una hilera de macetas con despeinadas y fragantes lavandas formaba un irresistible camino desde la acera hasta la entrada principal. Y a juzgar por las escasas ventanas que interrumpían los muros, el lugar no debía de tener muchas habitaciones.

"Perfecto", pensó Pablo. "Esto era exactamente lo que tenía en mente".

El boricua tuvo que esperar varios minutos a que Felipe alcanzara la cima, empapado en sudor a pesar del frío que a cada instante se hacía más intenso, y resoplando casi sin vida luego del ejercicio.

—Yo... yo no voy a volver a... a subir... —sentenció afirmándose contra un poste del alumbrado eléctrico—. ¡Esto es horrible!

—Un poco de ejercicio no le viene mal a nadie —le rebatió su amigo.

—¿A quién se le ocurre hacer un hotel en la punta de un cerro?! —vociferó.

—Bueno, si volteas y le das un *look* a la vista, vas a entender el porqué —dijo Pablo con una sonrisa.

Felipe entonces hizo lo que su amigo le aconsejaba y se quedó ahí, la boca abierta, absorto en el paisaje que se extendía frente a él: Valparaíso en pleno se derramaba desde cada cuesta hacia el mar, de izquierda a derecha, con una infinidad de casas de madera de diferentes colores, alturas y formas, que parecían prendidas por alfileres en las escarpadas laderas de suaves ondulaciones. Cada tanto, un riel que subía en diagonal dejaba ver el ascensor que lo transitaba casi en cámara lenta, permitiéndole que se desplazara con toda calma llevando a decenas de pasajeros desde lo más alto de la ciudad hasta el plano. La gran cantidad de embarcaciones que ingresaban a la bahía al tiempo que otras dejaban atrás el continente convertían al océano en un escenario de puntos multicolores y blancuecinas estelas de espuma.

El muchacho de gruesas mejillas dejó escapar un silbido de impresión.

—Es hermoso —musitó—. Qué chido está este lugar.

—¿Te das cuenta de que valió la pena el esfuerzo para llegar hasta acá? —le sonrió Pablo y se echó a andar hacia la puerta del hotel.

Iba a darle la vuelta al picaporte cuando suspendió de improviso el movimiento de su mano. Había tenido la sensación de ver, por el rabillo del ojo, una silueta recortada contra los visillos de la cortina en la casa vecina. Una silueta que parecía estar mirándolo directamente a él. Giró la cabeza de golpe justo para alcanzar a percibir, al otro lado del vidrio, el movimiento de la tela que regresaba a su posición original. Era un hecho: hasta hace un segundo había *alguien* ahí.

—¿Qué pasa? —quiso saber Felipe.

Pablo no le respondió. Dejó su mochila en el suelo, junto a la entrada del Hotel Barlovento, y avanzó un par de pasos hacia la casa donde un reluciente 79 brillaba a un costado de una campanilla de bronce cuyo badajo se hacía sonar por medio de un largo cordel.

—¿Qué pasa, Sherlock? —insistió su amigo.

El ojinegro se enfrentó a la residencia contigua, y comprobó que efectivamente la cortina aún se movía con suavidad. Alguien había estado ahí, observándolos desde el interior. ¿Por qué? A juzgar por la dificultad para hacer reservas en ese hotel, que estaba casi lleno cuando él se comunicó con ellos vía email, no debía de ser muy anormal que dos personas circularan por ahí cargadas con maletas. ¿Acaso ese misterioso vecino siempre espiaba a los recién llegados al Barlovento? ¿Qué clase de aburrido tipo, sin vida ni nada que hacer, vivía en ese lugar?

—¿Podemos entrar? —pidió Felipe—. Quiero recostarme un rato, para reponer fuerzas.

Pablo volvió a dar un vistazo a la puerta, angosta y alta como la entrada a una capilla, con vidrios biselados en la parte superior del umbral y un reluciente pasamanos en bronce en cada hoja de madera. A simple vista se podía deducir que aquella casa que quedaba al final de la calle debía de tener adinerados dueños y poseía un glorioso pasado que con toda seguridad se extendía hasta comienzos del siglo anterior.

Impulsado por un instinto que no era sólo curiosidad, sino que se parecía mucho a la intriga, Pablo se acercó un par de pasos más dispuesto a escuchar algo que delatara

definitivamente la presencia de ese misterioso habitante que, según él, los estaba atisbando en total silencio desde una ventana.

“No llevamos ni media hora en Valparaíso y Sherlock ya encontró su primer misterio en tierras chilenas”, se lamentó Felipe, porque sabía a ciencia cierta lo que eso significaba.

—Préstame tu iPhone —pidió Pablo en un susurro. Y ante el rostro de desconcierto de su amigo, agregó—. Estoy seguro de que alguien nos ha estado observando desde que llegamos. Quiero sacar una foto a través de la ventana para corroborar que...

—¡Y yo quiero entrar al hotel! —lo cortó de improviso al soltar su mochila, que cayó junto a sus pies.

Pablo asintió al asumir que no era el mejor momento para comenzar una nueva pesquisa. Habían volado toda la noche desde Miami, apretados en dos asientos de clase turista que más parecían una lata de sardinas, sin haber podido dormir ni un instante a causa de los ronquidos de su vecino de asiento, que se tragó un somnífero apenas el avión despegó y no volvió a saber de su alma. Luego de cruzar una larga fila en el aeropuerto de Santiago, para que finalmente un policía de migración les timbrara el pasaporte, tuvieron que subirse al taxi que los llevó hasta el nacimiento de la calle Ecuador, en Valparaíso, tras casi dos horas de trayecto terrestre. Recién en ese momento se dio cuenta de que todos sus músculos estaban tensos por la falta de sueño y el exceso de cansancio, y que ni siquiera la posibilidad de comenzar un nuevo caso se justificaba ante su imperiosa necesidad de reposar.

Iba a decirle a Felipe que tenía razón, que lo mejor que podían hacer era ingresar lo antes posible al Hotel Barlovento, cuando súbitamente la elegante puerta de la casa 79 se abrió de improviso y reveló a una esmirriada figura que, desde la penumbra del *hall* de acceso, señaló a Pablo con un largo y delgado dedo.

—¡Tú! —gritó una voz que hizo eco en cada esquina de la calle y se confundió con el primer trueno que resonó con fuerza sobre la bahía.

Ambos jóvenes levantaron la vista y se encontraron con un hombre que debía de estar bordeando los setenta años, vestido de impecable traje negro, corbatín de terciopelo asomándose bajo el almidonado cuello de una camisa, el pelo tan blanco como escaso y peinado rigurosamente hacia atrás, y que los miraba con un par de desorbitados ojos azules, casi transparentes.

—¿Qué haces aquí?! —exclamó con una voz tan delgada que pareció salir de un delicado instrumento musical—. ¿Me traes otro anónimo? ¿Es eso? ¡Cobarde!

Pablo abrió la boca para defenderse de la desconcertante acusación que le adjudicaban, pero el tipo aumentó los decibeles de sus gritos. Una gruesa vena se le marcó en la garganta por el esfuerzo.

—¡Voy a llamar ahora mismo a la policía! ¡No voy a permitir que se me siga amedrentando de esta manera! ¡Yo no he hecho nada, ¿oíste?! ¡Nada! —bufó, y cerró de un violento golpe la puerta.

Por un instante, la esquina superior de la calle Ecuador quedó en el más completo silencio. Sólo se escucharon las acompasadas respiraciones de Pablo y Felipe,

que intentaban comprender qué había sucedido ahí, y el ruido de la cadena de seguridad con la cual el alterado hombre bloqueó por dentro el ingreso a su casa.

—No se preocupen. Ese señor está loco —oyeron decir a sus espaldas.

Al voltear, se encontraron con una muchacha que los observaba desde la entrada del Barlovento y que, con una amable sonrisa y dos redondos y vivaces ojos, parecía ofrecerles su amistad.

—No le hagan caso. Hace días empezó a decir que alguien lo quiere matar. ¡A él, fíjense, que ni sale de su casa! Pero pasen, pasen. Ustedes deben de ser Pablo y Felipe —continuó sin perder su tono cordial—. Yo soy Lya Guerrero, y los estábamos esperando con mi madre. ¡Bienvenidos a nuestro hotel!

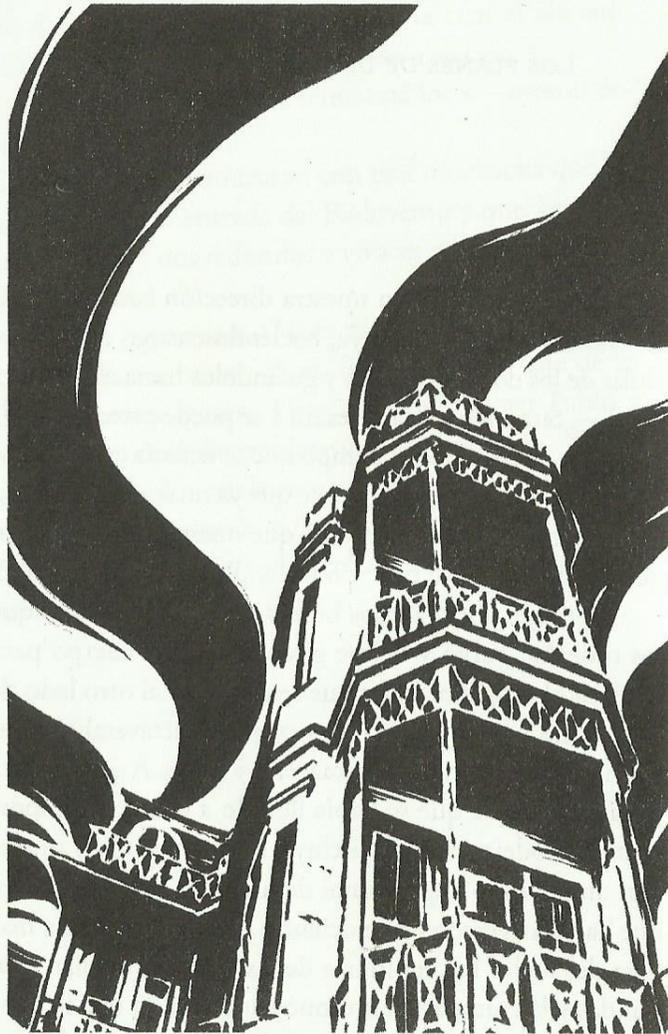
Y Pablo supo, con toda certeza, que había llegado al lugar correcto... en el momento preciso.

CAPÍTULO DOS

LOS PLANES DE UN VECINO INCÓMODO

—Sí, a veces confunden nuestra dirección con la casa de la señora Violeta —dijo Lya, haciéndose cargo de las mochilas de los dos muchachos y guiándolos hacia el *lobby* del hotel—. Supongo que a veces un 1 se puede parecer a un 7. Pobre... —reflexionó al tiempo que se detenía en mitad de la estancia—. Por lo visto parece que ya no se está tomando con mucho humor el hecho de que nuestros visitantes toquen el timbre de su casa. En fin... ¡Bueno, ya están aquí!

La mujer abrió ambos brazos y señaló el espacio que los rodeaba. Pablo y Felipe giraron todo el cuerpo para apreciar el acogedor lugar que se escondía al otro lado de las puertas principales y una vez que se atravesaba el pequeño corredor orillado de macetas y flores. A simple vista podía apreciarse que se había llevado a cabo una importante remodelación que incluyó revestir los altos muros con un delicado papel mural de un color lavanda pálido, que hacía juego con los relucientes tablonces de gruesa madera del suelo. Las molduras de las ventanas habían sido pulidas y barnizadas en un tono caramelo, lo que le daba un marco perfecto a cada uno de los vidrios biselados tan propios de la arquitectura inglesa.



En contraste con todos esos detalles victorianos en la construcción, destacaba con gran acierto un par de modernas piezas en el mobiliario, como un transparente y anguloso escritorio de vidrio templado y una vanguardista silla de diseño donde Lya tomó asiento para consultar la reserva de ambos muchachos en el computador. Antes de mover el *mouse* y despertar la pantalla, escondió velozmente y con disimulado pudor un libro que tenía junto al teclado.

“Agatha Christie”, alcanzó a leer Pablo en la portada. “Parece que tengo a una amante de los misterios frente a mí.”

—Habitación doble con dos camas de plaza y media, baño privado, no fumadores —leyó ella en la pantalla mientras dejaba caer el libro dentro de un cajón—. Sí, está todo en orden. Con ustedes alojados aquí, ahora tenemos casa llena. Y eso es raro en esta época del año. Poca gente viene a quedarse en este hotel en pleno julio. ¡Parece que nos trajeron suerte, chiquillos! —sonrió enseñando todos sus dientes.

Felipe disimuló un bostezo de profundo cansancio. Por lo visto, el exceso de verborrea era una constante en todas las personas con las que se habían cruzado hasta ese momento. ¿Cuándo podría recostarse sobre una cama en total silencio, apoyar la cabeza en la almohada y dejar que su cuerpo se recuperara de toda una noche a bordo de un avión?

—Lo único malo es que su habitación no tiene vista al mar. La ventana mira hacia la casa del vecino —comentó, y frunció el ceño.

—¿Hacia la casa del mismo vecino que me gritó al llegar? —los ojos de Pablo relampaguearon como dos oscuras canicas iluminadas de pronto por una linterna.

—Sí, él. Pero no se preocupen. Ni lo van a escuchar, se lo prometo. Ya les dije que está loco.

—Háblame más de él. Quiero saberlo todo —pidió Pablo, y se acercó con decisión al escritorio.

Felipe se pasó la mano por la cara, frustrado y con ganas de dar un grito que hiciera desistir a su amigo de continuar indagando. Pero lo conocía demasiado bien: eran compañeros de curso desde hacía demasiado tiempo como para ilusionarse en vano. Sabía exactamente lo que iba a suceder a continuación. Y así fue: Pablo se sentó en otra de las sofisticadas sillas de la recepción, apoyó el mentón en uno de sus puños, y le clavó la mirada a Lya, quien, a su vez, suspiró hondo y buscó una posición más cómoda para echarse a hablar.

—Se llama Teodoro Riquelme —comenzó—. Las malas lenguas dicen que tiene como setenta años, pero él confiesa cincuenta. Es soltero, no tiene hijos, y no se le conocen parientes o conocidos. Nadie viene a verlo nunca, ni siquiera para Navidad o Año Nuevo.

—¿No tendrás por ahí la llave de nuestra recámara...? —pidió Felipe desde su esquina, pero nadie pareció escucharlo.

—¿Y por qué dices que está loco? —preguntó el ojinegro, tanteando sus bolsillos en busca de su libreta de anotaciones.

—Porque nunca sale de su casa. Vive encerrado ahí. Escucha música rara todo el día y se viste como si fuera a

una fiesta del siglo pasado. ¿No se dieron cuenta cuando lo vieron?

—¿Música rara? —Pablo renunció a la búsqueda de su cuaderno al recordar que lo había metido al fondo de su mochila.

—Sí. Es música como vieja, no sé. Ópera, al parecer —precisó Lya—. ... Además, a quién se le ocurre comprar cementerios para invertir —agregó, y alzó las cejas—. ¡Sólo a un loco!

—¿Me das la llave? Así me voy adelantando... —sugirió Felipe, sabiendo de antemano que nadie iba a cumplir su petición.

—¿Cementerios? ¿Teodoro Riquelme es dueño de cementerios? —exclamó Pablo, cada vez más entusiasmado.

—Bueno, es dueño de los terrenos. Aquí en el Cerro Panteón hay tres cementerios. De hecho, por eso se llama así este lugar —explicó la mujer—. El Cementerio Número 1, el Cementerio Número 2 y el Cementerio de Disidentes. Hay dos que están aquí bien cerquita, por si quieren ir.

—¡Yo quiero la llave de mi cuarto! —la urgió el gordo.

—¿Y para qué querría alguien comprar los terrenos de un cementerio? No entiendo...

Lya se acercó aún más a Pablo para acortar la distancia entre ambos. Bajó al máximo el tono de su voz, dejando en claro que estaba a punto de cometer una infidencia.

—Las malas lenguas dicen que, además de que ese señor se quita la edad, está vendiendo parte de los terrenos de los cementerios para que pasen unas autopistas nuevas por ahí —puntualizó—. Imagínate. Cuánta gente que

está enterrada en esos lugares va a quedar sin su descanso eterno.

—¡Él no puede hacer eso! —reaccionó molesto el muchacho.

—Pero lo está haciendo. No me consta, claro, porque no he ido a ver con mis propios ojos las obras. Pero hay muchas familias que están furiosas con él. ¡Muchas!

Pablo asintió despacio. “Y de seguro recibió hace poco un anónimo relacionado con este tema y creyó que yo estaba lanzándole uno nuevo por debajo de la puerta. Por eso reaccionó así cuando me vio”, reflexionó.

—¿Tú sabes la cantidad de personas que vienen a dejar acá a sus seres queridos? Y no te hablo sólo gente de la zona. No. Vienen a hacer entierros desde Santiago y otras regiones. ¡Y si los rumores son ciertos, este señor va a arrasar con las tumbas y los mausoleos, y todo por unos cochinos billetes!

—¡O me dan la llave de mi cuarto, o me voy a otro hotel! —amenazó Felipe, perdiendo la paciencia.

—¡Pero, muchacha, que te están hablando y no escuchas nada! —se escuchó de pronto entre las hospitalarias paredes de la recepción.

Los tres pares de ojos giraron al unísono para ser testigos del ingreso de una elegante y a todas luces refinada señora que entró desde el área de las habitaciones. A pesar de llevar un vestido bastante corriente y pasado de moda, sin ningún tipo de accesorio, había algo en ella que transmitía una sofisticación y refinamiento innatos. Tal vez era el largo de su delgado cuello, o el lánguido movimiento de sus pestañas, pero apenas se plantó frente al grupo de

jóvenes, Pablo y Felipe enmudecieron de inmediato, sorprendidos por su porte y altivez.

—Parece que, incluso a mi edad, yo tengo mejor oído que tú —bromeó, y le guiñó un ojo a Lya—. Buenas tardes, muchachos. Soy María González. Pero todo el mundo me dice Maruja.

“Qué nombre tan poco rimbombante para una dama tan especial”, pensó Pablo. “Una mujer así merecía llamarse como una princesa europea o como una diva del cine.”

—Veo que llegaron nuevos huéspedes —dijo en un tono que los amigos no supieron interpretar si era de molestia o asombro—. Pensé que nadie venía a este hotel en esta época del año.

—Eso pensamos todos, pero ya ve. ¡Cuando uno menos lo espera, pasan grandes cosas! —se alegró Lya al tiempo que tomaba una tarjeta magnética y se la enseñaba a Felipe—. La llave. Su habitación es la número 6.

El aludido hizo un gesto triunfal con ambas manos y recogió su mochila del suelo.

—¿La 6...? —Maruja reaccionó con interés—. ¿Ésa es la habitación que mira hacia el patio interior?

—Sí. La misma.

—Precisamente de eso venía a hablarte —dijo, y giró hacia Pablo y Felipe con expresión de súplica—. ¿No les importaría que cambiáramos de cuarto? El mío da hacia la calle, y anoche, aunque me tomé un par de somníferos, me costó mucho dormirme por el ruido de los autos y la gente que circula por la calle. Ustedes son dos muchachos jóvenes —agregó dando un par de pasos hacia ellos—, y estoy segura de que les será más fácil conciliar el sueño...

Ninguno de los dos amigos supo qué decir. Cruzaron una mirada cargada de desconcierto, cada uno esperando que el otro tomara la decisión. Maruja acarició la mejilla de Pablo con un delicado gesto de su mano.

—No quiero tener que tomarme dos sedantes en lugar de uno. ¿Qué me dicen? ¿Hacemos el cambio? —preguntó.

—Si los recién llegados no tienen problema, nosotros tampoco —acotó Lya.

Y la señora Maruja sonrió anticipadamente su triunfo, con toda la gracia y el estilo de una modelo que se sabe dueña de la pasarela, las miradas y el mundo que la rodea.

* * *

Las dependencias del Hotel Barlovento resultaron mucho más pequeñas que lo que su soberbio *lobby* sugería. Un angosto pasillo, muy bien iluminado por modernas lámparas de halógeno que colgaban desde el altísimo techo, corría a lo largo de una sucesión de puertas marcadas cada una con un gran y moderno número. No le fue difícil a Pablo concluir que antes de convertirse en albergue, ésa debió haber sido una cómoda casa de una familia de la zona que seguramente se vio forzada a vender en un momento de estrechez económica, y permitir que otros más tarde se hicieran cargo de modernizar y remodelar.

—Lo bueno es que ahora tenemos vista al mar —comentó Felipe, con los ojos fijos en la puerta de su nueva habitación, destacada con un 1.

—Yo hubiera preferido la otra —se lamentó su amigo.

—Todo para espiar al vecino loco, ¿verdad? Me cae que estás obsesionado con encontrar misterios en todas partes. Lo que es yo, estoy feliz con el cambio.

Pablo iba a responderle pero detuvo en seco el avance de sus pasos. Le hizo un gesto a Felipe para que lo imitara, y evitar así todo ruido en el pasillo. Fue en ese momento que, a través de la puerta entreabierta del dormitorio número 3, les llegó la lejana voz de una mujer que parecía bastante alterada al hablar:

—No, claro que no me hace ninguna gracia la noticia. ¡¿A quién se le ocurre venir a meterse precisamente a este hotel, y en pleno invierno?! ¡¿No te das cuenta de que es un grave problema?!

Felipe frunció el ceño y se contuvo de hacer cualquier pregunta al ver que el rostro de su compañero se contraía en una mueca de inquietud por lo que acababa de oír. ¿De quién hablaba esa mujer? ¿De la mala suerte que ella tenía de encontrarse ahí, en un hotel que no era de su agrado, y con un clima que por lo visto no le iba a permitir salir mucho al exterior? ¿O acaso se refería a *ellos*, que con su presencia la habían metido en un contratiempo?

—Tranquila... —se escuchó ahora una voz masculina.

—No, no estoy tranquila. ¡Para nada!

Casi al instante se terminó de abrir la puerta y una mujer de alrededor de treinta años salió precipitadamente hacia el pasillo. Se detuvo, algo sorprendida, al encontrarse cara a cara con los recién llegados. Tras ella apareció un hombre que quiso detenerla tomándola por un brazo, pero se reprimió al descubrir que no estaban solos. Un

incómodo silencio se prolongó más de la cuenta, hasta que el remezón de un nuevo trueno en el exterior hizo vibrar las luces que colgaban del techo y los obligó a todos a enfrentar la situación.

—Bueno —dijo ella volviéndose hacia el tipo que seguía a sus espaldas—. Gracias por los consejos que me diste. Ahora sé exactamente a dónde ir en Valparaíso.

—Encantado —respondió él—. Cuando tengas alguna duda, ya sabes dónde encontrarme. Fue un gusto conocerte.

Dicho eso, el hombre regresó al interior de la habitación número 3 y cerró la puerta. La mujer miró a los dos muchachos sin saber qué decir. Esbozó una forzada sonrisa y se subió de hombros.

—Eh... hola. Y adiós —murmuró a tropezones y se metió velozmente en el cuarto 2.

—¿Qué acaba de pasar aquí? —musitó Felipe, aún sin atreverse a mover un pie de su sitio.

—*I don't know* —contestó su amigo—. Pero tengo la sensación de que ninguno de ellos parecía muy alegre con nuestra presencia.

—Me vale —rezongó el gordo—. ¡Yo lo único que quiero es mi cama!

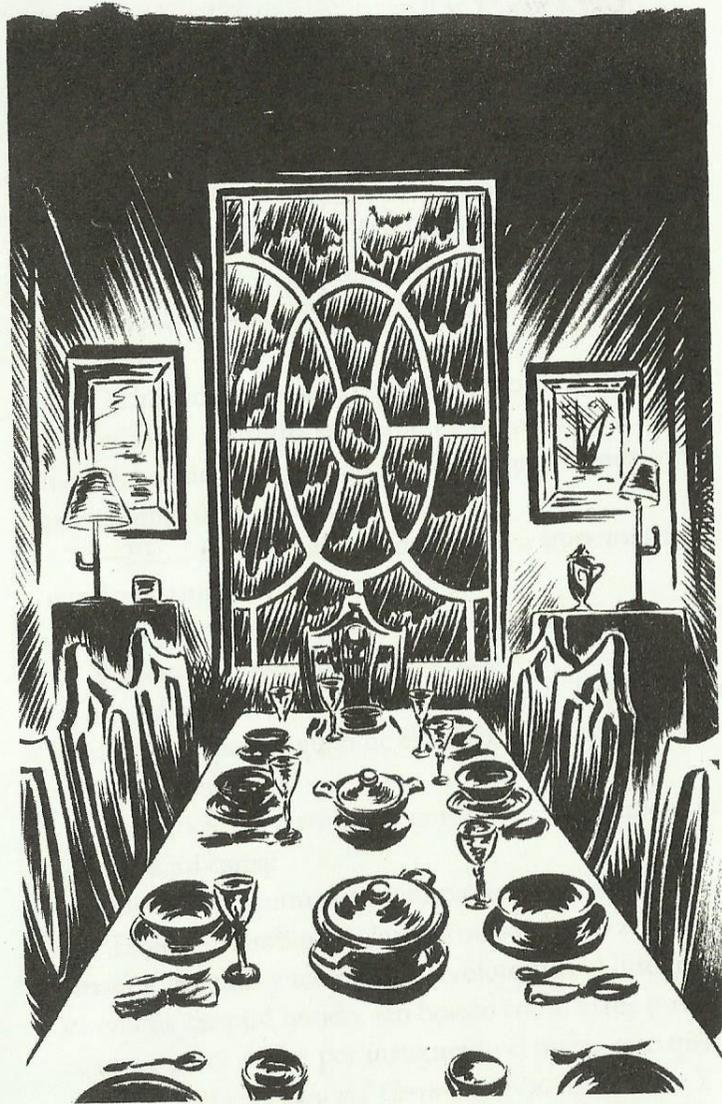
Dicho eso, apuro el paso hacia su nueva habitación.

Pablo, en cambio, ni siquiera quiso pestañear para no espantar las ideas y teorías que revoloteaban al interior de su cabeza. Suspiró hondo, tan hondo como le fue posible. Era su manera de dar por inaugurado el nuevo caso que la vida le ofrecía. *El caso del Cerro Panteón*, lo bautizó. Y le gustó cómo se oía.

¿Qué acababa de pasar ahí?

Entró a la habitación muy resuelto con la mochila en la espalda, confiado en que muy pronto tendría la respuesta a esa pregunta tan inquietante como seductora.





CAPÍTULO TRES

HORA DE CENAR

La llegada de la noche no sólo trajo oscuridad sobre Valparaíso, sino que también apuró el inicio de la tormenta. Desde su cama, Pablo escuchó cómo gruesos goterones comenzaron a golpear los vidrios de la ventana, anunciando que las nubes por fin habían decidido liberar su carga de agua. Se levantó y corrió las cortinas: afuera, la calle Ecuador se llenó de riachuelos que corrían impulsados por el declive y el único farol que iluminaba el sector desapareció tragado por la densa precipitación.

Miró la hora en el reloj luminoso de la mesita de noche: aún no eran las nueve. Felipe y él se habían recostado a dormir una reponedora siesta que, por lo visto, se extendió más de lo que hubiera imaginado. Su amigo seguía roncando, desmadejado encima del cobertor de su cama. Quizá era una buena idea despertarlo, ir a cenar algo al comedor del hotel y regresar para seguir descansando.

Estaba a punto de poner en práctica su plan cuando un grito interrumpió la calma del lugar:

—¡Ayuda!

Era una aguda voz femenina que, desde el otro lado de la puerta, atravesó todas las rendijas y resquicios entre

las maderas para hacerse escuchar con toda intensidad. Fue tan fuerte el vibrato que incluso Felipe se despezó junto con un poderoso bostezo y abrió uno de los ojos.

—¿Qué pasa? —musitó sin entender dónde estaba, qué día era, ni qué hacía en una cama ajena.

—¡Ayúdenme! —se volvió a escuchar.

Pablo salió al pasillo a toda velocidad para intentar descubrir de dónde provenía el llamado de auxilio.

—¡Por favor... rápido! —oyó que decían al otro lado de la habitación número 6.

Cuando abrió la puerta de un certero empujón, lo hizo esperando encontrar en el interior algo tan terrible como fascinante. Pero contra todo pronóstico descubrió a la señora Maruja de pie junto a la ventana abierta desde donde se colaba sin control una ráfaga de viento que arrastraba junto a ella la intensa lluvia del exterior.

—¡Ayúdame, por favor! —suplicó la anciana—. ¡Se está mojando todo!

Con cierta desilusión, avanzó hacia la mujer y cerró las dos pesadas hojas de la vidriera, luego echó el cerrojo. En ese momento se asomó Felipe, aún con el pelo revuelto y una expresión de adormecimiento en el rostro.

—¿Qué pasó? —preguntó.

—Nada, nada —contestó la mujer con un suspiro—. Pasa que a mi edad ya no tengo las mismas fuerzas que antes y no pude cerrar la ventana a tiempo... ¡Y todo se empezó a mojar!

—El marco es de madera gruesa —la justificó Pablo—. No es una ventana fácil de abrir y cerrar.

—Como sea, ya no soy la mujer que era —se lamentó con evidente tristeza—. Es doloroso ver que uno va perdiendo facultades que antes daba por sentadas... Y ahora que estoy sola, yo...

La mujer no terminó la frase. Con cierta dificultad se sentó a los pies de la cama y, con una infinita dignidad que sólo enalteció aún más su elegancia natural, se secó discretamente un par de lágrimas.

—Mi marido, que en paz descansa, era quien se hacía cargo de las tareas de la casa —comentó en voz baja—. Yo nunca pagué una cuenta, nunca tuve que preocuparme por nada. ¡Él siempre lo hizo todo por mí!

—No se angustie —dijo Felipe, conmovido—. Al menos el tiempo que estemos en el hotel, nosotros la ayudaremos en lo que necesite. ¿Verdad? —inquirió, volteando hacia Pablo.

El ojinegro asintió y se alejó del charco de agua que se había formado al pie de la ventana. Al pasar junto a la mesa de noche, comprobó que había varios frascos de medicinas, un rosario y un ejemplar de la Biblia de gastadas tapas de cuero. “¿Estará enferma”, se preguntó. “O tal vez son somníferos. Ella misma dijo que se había tomado un par la noche anterior, ya que le costó quedarse dormida a causa del ruido exterior”, reflexionó.

—¿Podrías cerrar las cortinas? —le pidió Maruja.

El joven tomó con fuerza la tela, para correrla de un certero movimiento. Pero en ese instante vio, a través del vidrio y la tupida lluvia que no amainaba, la ventana iluminada en la casa del vecino. De pronto Teodoro Riquelme se dejó ver en lo que parecía una habitación

de su residencia, impecablemente vestido, con un papel en las manos. Pablo se pegó aún más al cristal. ¿Acaso el hombre había recibido un nuevo anónimo? ¿Era eso lo que leía con tanta atención?

—¿Qué pasa? —quiso saber la anciana al ver que el muchacho no se movía de su sitio.

—Estaba mirando al vecino —contestó y cerró de un tirón las cortinas.

—¿Al señor que vive en la casa de al lado y que le gusta escuchar ópera? Me pareció verlo hace un rato. Se veía simpático, ¿no?

Lya asomó su cabeza por la puerta y su sonrisa iluminó por unos instantes la estancia.

—La cena está servida. Y no es por apurarlos, pero les conviene ir rápido. Mi mamá preparó su famosa paila marina... ¡y eso es algo que no se quieren perder! —agregó con un pícaro guiño de su ojo derecho.

Aunque ni Pablo ni Felipe entendieron de qué se trataba ese platillo, el olor que llegó desde el comedor les anticipó que estaban a punto de enfrentarse a un verdadero manjar.

Por primera vez en muchos años, la gran y única mesa del comedor del Hotel Barlovento se llenó a tope con los huéspedes alojados en cada una de sus seis habitaciones. En la cabecera opuesta a la de Luchita, la madre de Lya, dueña y única cocinera del lugar, se acomodó la señora

Maruja, que con un delicado ademán tomó la servilleta de lino y la posó sobre su regazo. A su derecha se sentó la mujer del cuarto número 2, la misma a quien Pablo y Felipe oyeron conversar misteriosamente en el pasillo.

—Salomé Díaz —se presentó sin mucho entusiasmo cuando se dio cuenta de que no podía seguir actuando como si estuviera sola en el lugar.

Frente a ella estaba el hombre con el cual la sorprendieron hablando en voz baja. Casi sin separar los labios dijo que se llamaba Juan Muñoz y clavó la mirada en el humeante plato soperero que Lya le puso enfrente.

—Soy Abel Pérez —dijo sin que nadie le preguntara un tipo que tomó asiento junto a Salomé y que, a diferencia de los otros comensales, les ofreció a todos una simpática sonrisa—. Me estoy quedando en la habitación 5. Somos vecinos, parece —comentó al ojinegro y a su amigo.

Entonces todos los ojos se posaron en el último huésped que completaba la mesa: un hombre ya entrado en años, de mirada adusta y un recto bigote que había recordado con perfecta simetría y pulcritud. Desde su lugar los observó con cara de pocos amigos.

—Rojas. Me llamo Lázaro Rojas —fue lo único que comentó durante la velada.

“¿Y esta gente con cara tan amarga qué hace aquí”, quiso saber Pablo. “¿Estarán así porque la lluvia les echó a perder sus vacaciones? ¿Quién paga por quedarse en un hotel a disgusto?”

Apenas Lya terminó de servir cada uno de los puestos, Pablo y Felipe miraron algo desconcertados una sopa de color

rojizo, salpicada de perejil, donde flotaban mariscos que no identificaron y otros que incluso conservaban sus conchas.

—¡Aquí dentro hay de todo un poco! —exclamó Luchita anudándose la servilleta alrededor del cuello y relamiéndose por anticipado—. Esta paila marina la hice con almejas, choritos, machas, un par de locos que piqué en cubitos, langostinos, congrio... ¡Le eché todo lo que encontré fresquito hoy en la feria! —y sin pausa alguna agregó—. ¿Y de dónde son ustedes?

—México —contestó el gordo.

—Puerto Rico —dijo Pablo—. Pero los dos vivimos en Miami hace muchos años.

—Yo no sé si esto se comerá por esas tierras, pero aquí en Chile una buena paila marina se disfruta hasta la última gota. ¡Provechito, y ataquen nomás! —sentenció la mujer.

Antes de que alguien hundiera su cuchara en el espeso y humeante líquido, Maruja alzó inesperadamente su mano derecha. Con ella se tocó el centro de la frente, el pecho, el hombro izquierdo y luego el derecho.

—¿Nadie va a bendecir los alimentos que vamos a comer? —dijo.

“Por lo visto es una mujer muy religiosa”, pensó Pablo. “Tiene un rosario y una Biblia en su cuarto, y ahora pide que oremos antes de cenar.”

Algo obligada por las circunstancias, la dueña del hotel no tuvo más remedio que improvisar unas emocionadas palabras con las que alabó los productos del mar, las manos expertas que los prepararon y la voluntad divina de que todos gozaran al máximo su estancia en ese lugar. Como no supo cerrar la oración, hizo una pequeña

inclinación de cabeza, igual que un actor que termina un intenso monólogo con una reverencia en espera de los videntes de la audiencia.

—Me parece muy hermoso dar las gracias por las bondades de la vida —comentó la anciana, y por fin empezó a comer.

Los dos muchachos probaron uno de los platillos más exquisitos que habían degustado en su vida. Pablo dedujo que se trataba de una contundente sopa de mariscos capaz de levantar a un muerto de su tumba, la cual también tenía cebolla, un poco de salsa de tomates y un inconfundible aroma a vino blanco que de seguro la cocinera le roció con mano experta. Por más que intentó, no reconoció varios de los sabores que se mezclaban al interior de su boca, en una perfecta combinación y textura.

—¡Esto es una delicia! —exclamó Felipe con las mejillas y orejas rojas de satisfacción—. ¿Habrá un poco más?

Luchita, que resultó ser tan encantadora como su hija, y tan generosa de carnes como su talento en la cocina, no pudo sino aplaudir de alegría ante el éxito de su platillo típico del recetario chileno.

El ruido de la lluvia se escuchaba con fuerza contra el techo y los cristales de las ventanas. Por lo visto no tenía intenciones de amainar. “Por suerte traje un paraguas plegable en la mochila”, reflexionó Felipe mientras recibía un nuevo platillo de sopa. “No pretendo mojarme, y mucho menos con el frío que hace afuera.”

—¿Y entonces todos ustedes son chilenos? ¿Felipe y yo somos los únicos extranjeros en el hotel? —quiso saber Pablo.

—Así es, pues. Todos esos apellidos son más chilenos que los porotos, el vino tinto y las empanadas —contestó Luchita con entusiasmo.

—A lo mejor mañana podrían contarnos más de sus países —dijo Abel entre bocado y bocado—. A mí me encantaría escuchar historias sobre México y Puerto Rico.

—¡Estupenda idea! —se entusiasmó Maruja.

Se quedaron aguardando a que Salomé, Juan o Lázaro hicieran algún comentario con respecto a la propuesta de Abel, pero ninguno emitió sonido. Siguieron en total silencio cuchareando sus respectivos platillos, la vista fija en lo que hacían.

—Yo espero que no nos cierren la calle —opinó Lya con evidente preocupación—. Eso es lo malo de los temporales aquí en Valparaíso. Que cuando llueve mucho las calles se convierten en un verdadero río, y hay derrumbes desde la parte alta de los cerros.

—Por eso no permiten que la gente salga de sus casas. Por el miedo a que haya un aluvión —completó Luchita pasándose la lengua por los labios—. No es por nada, pero esta paila marina me quedó de concurso —se felicitó.

—¿Nos van a dejar encerrados aquí? —exclamó súbitamente Juan Muñoz, el tipo que estaba sentado frente a Salomé—. ¡No pueden obligarnos!

—Claro que pueden. Es por seguridad —dijo la dueña del hotel.

—¡No! ¡No! ¡Eso no es posible! —gritó, poniéndose de pie.

Por un instante, Juan se quedó junto a la mesa, la respiración agitada y las pupilas fijas en Salomé, que desvió

la mirada para simular sin mucho éxito que no le prestaba atención.

—¿Y adónde va, oiga? —lo interpeló Luchita—. Todavía falta el postre. Hice leche asada, que no es por nada pero me quedó para chuparse los bigotes.

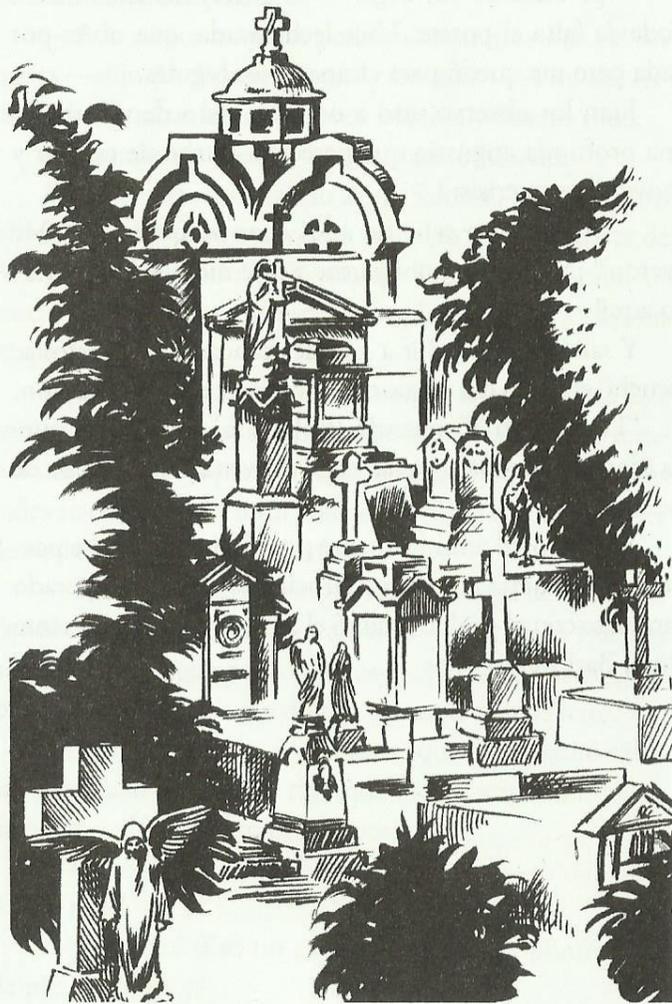
Juan los observó uno a uno. Su tono de voz reveló una profunda angustia que parecía a punto de estallar y convertirse en crisis:

—Yo necesito salir de aquí cuando quiera... ¿Me oyeron?! ¡No pueden obligarme a que me quede encerrado aquí!

Y salió del comedor a grandes zancadas. A lo lejos se escuchó el ruido del portazo al encerrarse en su habitación.

“La número 3”, recordó Pablo. “Tal vez sea una buena idea que, apenas pueda, eche un vistazo al interior de ese lugar.”

Y se preparó anímicamente para la llegada de ese postre que prometía cerrar con broche de oro el inesperado banquete con el cual lo recibió el cada vez más interesante Hotel Barlovento.



CAPÍTULO CUATRO

INTERRUPCIÓN DEL DESCANSO ETERNO

Apenas abrió un ojo en esa lluviosa y gris mañana que envolvía al puerto de Valparaíso, Pablo rescató de la mesita de noche su libreta, un lápiz, y sin siquiera terminar de bostezar comenzó a escribir:

Habitación 1: Felipe y yo.

Habitación 2: Salomé Díaz.

Habitación 3: Juan Muñoz.

Habitación 4: Lázaro Rojas.

Habitación 5: Abel Pérez.

Habitación 6: María González.

—¿Qué estás haciendo? —se escuchó de entre las sábanas de la cama contigua.

—*Help me.* Necesito un poco de *feedback* —le pidió a su amigo recién despertado.

Felipe se pasó la mano por la cara, se frotó ambos ojos acostumbrándose a la pálida y acuosa luz que se filtraba por las cortinas, y se sentó sobre el colchón.

—¿Qué necesitas?

—Quiero que me ayudes a describir a cada uno de los huéspedes de este hotel.

—Pero, Sherlock... ¿Ya viste la hora que es? —se quejó—. ¡Es muy temprano!

—¿Cómo definirías a Salomé Díaz, la mujer que encontramos hablando en secreto en la habitación número 3? —inquirió.

—Mentirosa —fue la veloz respuesta de Felipe—. Por alguna razón no confío en ella.

—Yo tampoco —confirmó su amigo—. ¿Y qué piensas de Juan Muñoz, el tipo que estaba con ella cuando la sorprendimos?

—Peligroso —comentó—. ¿Viste cómo nos gritó anoche en la cena? Por un segundo pensé que iba a ponerse a tumbar las sillas, o a dar golpes contra las paredes.

—O sea que tenemos hasta ahora a una mentirosa y un peligroso durmiendo junto a nosotros. *Good to know* —murmuró Pablo al tiempo que anotaba velozmente en su cuaderno.

Felipe se acercó a su amigo y estiró el cuello por encima de su hombro para leer lo que escribía.

—¿Quién toca ahora? —preguntó interesado.

—Lázaro Rojas.

—¿Y quién es ése? ¿El señor que no abrió la boca en toda la cena? ¿El del bigote?

—*Yes*. El mismo.

—Bueno, no sabría decirte qué pienso de ese tipo. No dijo nada. No comentó nada. Comió, se levantó y se fue. Si tuviera que opinar algo de él, diría que es... intrigante.

—Ésa es una buena palabra. Me gusta. Intrigante, muy intrigante —repitió, y la apuntó en la hoja de papel.

—El que sí me cayó bien era el que se sentó a mi lado. ¿Cómo se llamaba?

—Abel Pérez. Estoy de acuerdo, parecía una persona amable —lo apoyó Pablo.

—Además, nos preguntó por México y Puerto Rico, y trató de hacer un poco de plática. Anota en tu cuaderno que ése sí es simpático.

El ojinegro obedeció. Poco a poco su lista se completaba con toda la información que le hacía falta.

—¿Y la señora Maruja? ¿Qué dirías de ella?

—Me cae que ésa es una señora muy distinguida y elegante. ¿Tendrá mucho dinero? Yo creo que sí. ¿Qué hará en un hotel como éste, entonces...? —Felipe frunció el ceño ante sus propias preguntas.

—Veo que piensas igual que yo —sonrió su amigo—. Que es la más misteriosa de todos los que están alojados aquí.

El gordo dio un respingo y abrió los ojos, muy sorprendido.

—¿Eso es lo que piensas de la señora Maruja?

—Sí. Hay algo en ella que no me termina de cuadrar. No sé. Todavía no entiendo. Son muchas las cosas que quedan sin respuesta. Pero siempre es así cuando comienzo un nuevo caso.

Pablo se levantó de la cama y comenzó a caminar hacia el baño. Felipe se inquietó aún más, desconcertado e impaciente, y salió de prisa tras él.

—¿A qué te refieres? —exclamó—. ¡¿De qué caso estás hablando?!

—Del caso del Cerro Panteón. Nuestra nueva aventura —dijo Pablo con la mayor de las seriedades—. Ah, y busca tu paraguas en la mochila, que lo vas a necesitar. Salimos de aquí en cuarenta minutos.

Dicho eso, se encerró en el baño. Felipe se quedó unos instantes mirando la puerta de madera, impecablemente pintada de blanco, bloqueándole el paso, y suspiró hondo. A pesar de las pocas ganas que tenía de salir al exterior en medio de la tormenta, una tibia sensación de entusiasmo le invadió el pecho. No podía negar que saber que un nuevo enigma comenzaba a tomar forma frente a ellos lo seducía. Sólo necesitaba un buen desayuno para sentir que todo era perfecto.

—Ojalá la señora Luchita haya preparado algo rico para ofrecernos —se relamió.

Y así, en pijama y con el cabello revuelto, salió del cuarto rumbo a la cocina para hacer su primera exploración del día.

* * *

La fachada era una gran pared blanca que se extendía a lo largo de toda la cuadra, con un portal de enrejado negro y un simple alero también de hormigón. En lo alto del umbral se podía leer "Cementerio de Disidentes" escrito en letras mayúsculas. Felipe, que venía medio oculto bajo un enorme paraguas que escurría por todas partes, frunció el

ceño, se quitó los audífonos de las orejas y se volteó hacia Pablo, que caminaba a su lado.

—¿Y qué hacemos aquí? —quiso saber, y cortó la pegajosa canción de Katy Perry que venía escuchando.

—Bueno, por algún lugar teníamos que empezar, *right?* Y como este cementerio queda sólo a una cuadra del hotel, pues me pareció lo más lógico venir aquí primero —respondió su amigo oteando de derecha a izquierda la calle—. ¿Ya viste esa máquina de construcción?

Felipe miró hacia donde su amigo le señalaba y vio que una enorme retroexcavadora con una pala mecánica terminaba de dar la vuelta por la esquina y dejaba un reguero de tierra a su paso.

—¿Estarán haciendo alguna obra en el cementerio?

—Quién sabe —dijo Pablo entrecerrando los párpados—. A lo mejor Teodoro Riquelme quiere cumplir sus planes...

—¿Qué planes? ¿Te refieres lo de hacer pasar una carretera por el medio de este lugar, como nos contó Lya?

Pero su amigo ya no le respondió porque, protegido de la lluvia bajo su paraguas, empujó una de las rejas de la puerta de entrada e ingresó al camposanto. Avanzó por angostos senderos flanqueados por hermosas estatuas clásicas, obeliscos y una que otra lápida de mármol alabastro. Felipe apuró el paso para alcanzarlo, la vista fija en sus propios zapatos: la imagen de tumbas y más tumbas le erizaba los cabellos, especialmente en un día tan gris y fúnebre como el que estaban viviendo.

—¿Sabías que este cementerio se creó en 1825, para poder enterrar aquí los restos de los británicos y europeos

que vivían en Valparaíso, y que no podían ser sepultados en el cementerio católico porque eran protestantes? —comentó Pablo, zigzagueando a grandes zancadas para evitar caer dentro de los charcos de agua que salpicaban el suelo.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Lo leí esta mañana en internet —respondió, y torció hacia la izquierda en un nuevo camino, que se empinaba hacia lo alto del terreno.

—¿Eso quiere decir que cuando despertaste esta mañana sabías que íbamos a venir aquí? ¡Me lo podrías haber advertido! —rezongó.

De pronto Pablo detuvo sus pasos y, con un dedo, señaló hacia el sector más elevado del cementerio. Entre los árboles y el velo de lluvia que no cesaba de caer, Felipe alcanzó a divisar el cuerpo de lo que parecía una mujer que avanzaba apurada y con un cuaderno en las manos. Entrecerró los párpados para intentar mejorar su visión.

—¿Quién es...? ¿Es Lya? —se aventuró a preguntar con infinita sorpresa—. ¿Es ella?

—*Yes* —afirmó el ojinegro.

—¿Y qué hace aquí? —se inquietó.

—¿Quieres descubrirlo? Yo también. Entonces vamos a seguirla.

Estaba por avanzar, pero esta vez el gordo frenó en seco y provocó un desorden de gotas y agua en torno a él. Abrió enormes los ojos y, sin decir una palabra, apuntó con el mentón hacia el área opuesta a la que se encontraban. Con paso firme y un par de ojos que inspiraban cierto temor, Juan Muñoz entró al cementerio y caminaba por entre las tumbas y las lápidas. Vestía un grueso

impermeable anudado en la cintura, y una bufanda de lana le cubría el cuello y parte de la boca. Toda su imagen y actitud parecían confirmar el adjetivo con el cual esa misma mañana ambos muchachos lo habían definido: *peligroso*.

—¡Vaya! —exclamó Felipe—. Parece que todos los del Hotel Barlovento decidieron venir al cementerio esta mañana. ¿Habrá hecho ese escándalo anoche en el comedor ante la posibilidad de quedarse encerrado, ya que hoy tenía que venir aquí a encontrarse con Lya?

—¿Y quién te dijo que viene a encontrarse con Lya?

—Bueno..., tú mismo me enseñaste que las coincidencias no existen, Sherlock.

—A veces sí. ¡Siempre hay excepciones! —dijo, y se echó a correr para quedar fuera del alcance de la mirada de Juan y evitar así que los reconociera—. ¡Sígueme!

Escondidos bajo sus sombrillas, ambos amigos tomaron un sendero diferente para así continuar hacia la parte trasera del lugar, donde habían visto desaparecer a Lya unos segundos antes. Un ruido sordo y constante comenzó a hacerse presente a medida que los muchachos fueron acercándose al área posterior del cementerio. Incluso una ligera pero persistente vibración en el suelo se hizo notar provocando ondas en la superficie de los charcos que poblaban el camino.

Pablo juntó sus cejas en un nudo reflexivo. ¿Qué estaba pasando ahí?

Inesperadamente, las copas de varios árboles se sacudieron al mismo tiempo como si una mano gigante las hubiera agitado cual pañuelo en una despedida.

—¡Sherlock, viste eso?! —gritó Felipe al asomar la cabeza debajo de su paraguas.

El aludido no alcanzó a contestar. En ese momento, la monstruosa imagen de la retroexcavadora avanzando por el terreno cual coloso los obligó a detenerse y contemplar con el alma en un hilo lo que estaba a punto de suceder. Las cadenas hidráulicas sobre las cuales se sostenía el vehículo se aferraron al lodo, dejaron un profundo surco en la tierra y partieron en varios pedazos las losas de mármol que cubrían las tumbas del sector. La pala mecánica se levantó en el aire y de un certero golpe derribó varios troncos que cayeron al suelo en un efecto dominó.

—¡Era cierto! ¡El loco va a destruir parte del cementerio para hacer una carretera! —gritó Felipe por encima del fragor de la maquinaria y el desastre que provocaba a su paso.

No había terminado de hablar cuando la enorme pala embistió un par de añosas lápidas de grueso mármol y las partió por el centro como si fueran de papel. Con evidente saña volvió contra ellas una y otra vez, hasta dejarlas convertidas en un lastimoso montoncito de piedras y polvo.

Entonces la retroexcavadora, satisfecha de la destrucción causada, retrocedió sobre sí misma. Giró, orientándose en el espacio, y levantó aún más alto el brazo mecánico delantero. Enfiló hacia un enorme y monumental mausoleo que parecía cerrarle el paso en esa suerte de camino improvisado que abría a golpe de demolición y fuerza bruta.

—No... no... ¡No se va a atrever! —rogó Felipe, y se llevó una mano a la boca.

Ajeno a todo el destrozo que causaba, el operario condujo la máquina hacia el mausoleo de gruesas columnas helénicas, que parecían reproducir la fachada del Partenón de Atenas. Bajo el vértice del techo se podía leer "Ochagavía" escrito en estilizadas letras talladas directamente en la piedra. Era la manera de señalar a todos los visitantes que ése era el apellido de la familia propietaria del panteón.

La pala metálica se elevó por encima de la construcción y le asestó un violento impacto que agrietó de arriba abajo las paredes que la sostenían. Un hermoso vitral que llenaba de colores el muro trasero estalló en un bombazo de cristales. Tres de las seis columnas se partieron por la mitad, cayeron hacia la izquierda e hicieron peligrar la estabilidad de la techumbre.

—¡Esto es terrible...! —se lamentó Felipe incapaz de dar crédito a lo que veía—. ¡El tal Teodoro no tiene respeto por nada ni nadie!

—Me pregunto si la familia Ochagavía estará al tanto de lo que está pasando aquí —masculló Pablo, la vista fija en el mausoleo que comenzaba a derrumbarse.

—La familia, no sé. Pero parece que el tal Juan está muy impactado de lo que está presenciando —dijo, y volteó la vista hacia la esquina opuesta del lugar.

En efecto, ambos jóvenes pudieron ver en la distancia a Juan Muñoz, que, medio oculto bajo su impermeable y bufanda, seguía con dolorosa atención todo lo que ahí sucedía.

No fueron capaces de identificar si lo que se secó de un manotazo fue el agua de la lluvia que le caía desde las cejas, o las lágrimas que inundaban sus ojos ante el trágico

fin del hermoso panteón que la retroexcavadora acababa de convertir en ruinas.

Juan se subió el cuello del abrigo, hundió la cabeza entre sus hombros y se alejó corriendo rumbo a la salida del cementerio. Sus huellas quedaron tatuadas en el lodo del suelo.

—Bueno, por lo visto no aguantó más —opinó el gordo—. Ahora podemos seguir buscando a Lya.

Pero para esos entonces, la hija de la dueña del hotel Barlovento también había desaparecido. Al igual que el mausoleo de la familia Ochagavía, del que sólo quedaban escombros y lastimosos vestigios en mitad de un campo que ya nada tenía de santo.

CAPÍTULO CINCO

QUE NADIE DUERMA

Al caer la noche, Pablo entró al comedor del Hotel Barlovento y encontró a la señora Luchita terminando de poner la mesa en compañía de Abel Pérez, quien recibió al muchacho con una amable sonrisa de bienvenida.

—Vaya —dijo el hombre—, pensamos que nadie iba a cenar con nosotros. Como están todos encerrados en sus habitaciones...

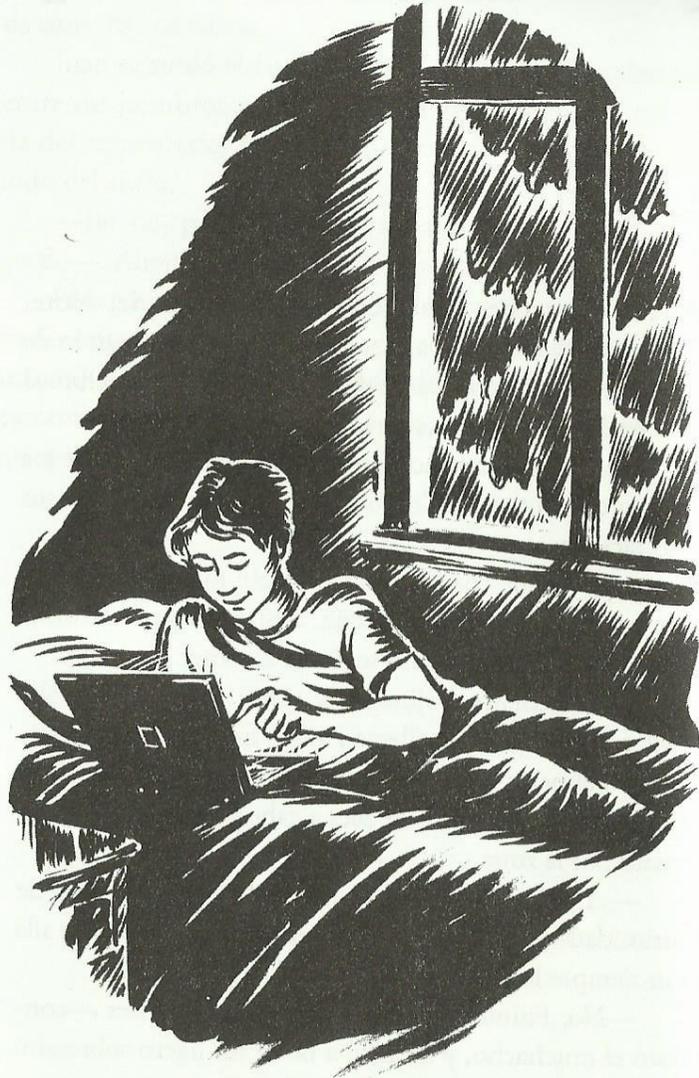
—¡Y yo que cociné un charquicán que me quedó de antología! —exclamó la dueña, e hizo un gesto triunfal con la mano—. El que no se sienta a comer... pierde.

De inmediato el ojinegro se sumó a las tareas y colaboró acomodando servilletas y vasos frente a cada puesto.

—Felipe se termina de duchar y viene —advirtió—. Es que nos empapamos de pies a cabeza cuando salimos a pasear por la zona.

—¿Y a dónde fueron? —quiso saber la mujer llena de curiosidad—. ¿Al Cerro Barón? ¿Al Cerro Alegre? Para allá van siempre los turistas.

—No. Fuimos al Cementerio de Disidentes —contestó el muchacho, y alcanzó a notar un ligero sobresalto en Abel, que venía entrando desde la cocina con una pañera y una alcuza en las manos.



—¿Y qué fueron a hacer ahí en un día de lluvia? Eso sí que es raro. Venir de tan lejos para ir a ver tumbas y mausoleos mojados —dijo Luchita—. Años que no voy a ese lugar.

—Su hija Lya también tuvo la misma idea.

—¿La Lya? No. Ella les tiene miedo a los cementerios —puntualizó la mujer—. Ella nunca ha ido a ninguno de los tres cementerios que tenemos aquí en el Cerro Panteón.

—¿Qué pasa conmigo? —se escuchó de pronto.

Lya entró al comedor cargando una enorme bandeja con los platillos de la entrada: sobre una cama de lechugas reposaba medio aguacate relleno de una pasta de mayonesa, colas de camarones y pollo desmenuzado.

—Los de Miami dicen que te vieron hoy en el Cementerio de Disidentes —le comentó su madre, ayudándola a distribuir los platos en torno a la mesa.

—¿Yo? No —respondió la muchacha sin levantar la vista de lo que hacía—. A mí no me gustan esos lugares.

—Eso mismo les dije. Por eso me extrañó.

—Nunca he entrado a ese cementerio —sentenció Lya, alzó el rostro y le clavó una hosca mirada a Pablo—. Nunca. ¿Está claro?

Pablo asintió más por obediencia que por convicción. Estaba seguro de que la mujer que había visto entre los árboles del camposanto era ella, envuelta en un abrigo oscuro, con una libreta en las manos mientras caminaba apurada rumbo a la parte trasera. “¿Por qué se queda observándome de esa manera?”, pensó. “¿Acaso me está queriendo decir algo? ¿Me está *advirtiéndome* de algo?”

—*Sorry*, me tengo que haber confundido —se disculpó—. ¿Y qué delicias nos preparó para esta noche, señora Luchita? —dijo y cambió bruscamente de tema.

—¡Palta reina! Es mi entrada favorita —se deleitó Abel, y tomó asiento en la misma silla que la noche anterior—. Espérate a que la pruebes, muchacho. ¡Es una delicia!

Luego de que Luchita fuera habitación por habitación golpeando la puerta y anunciando a todos sus huéspedes que la cena estaba servida, la mesa se llenó de comensales. El único lugar que quedó vacío fue el que correspondía a Juan Muñoz.

—Yo creo que todavía no ha regresado —dijo la dueña del hotel al dar el último bocado.

—Sí, el señor Muñoz sí volvió —la corrigió Lya, siempre mirando de reojo a Pablo—. Yo lo vi salir temprano y volver una hora después. ¡Venía empapado de pies a cabeza por la lluvia!

—¿Pero entonces dónde está? —Felipe habló con la boca llena.

—En su cuarto, supongo.

—No, hija —la corrigió su madre—. Yo fui a golpearle la puerta para avisarle que íbamos a cenar, pero nadie me contestó.

—A lo mejor se quedó dormido y no escuchó...

Pabló volteó hacia Salomé, que comía con evidente desgano. Más que disfrutar del platillo, ella hundía su tenedor en el aguacate sin la más mínima intención de llevárselo a la boca.

—¿No sabrá usted dónde está el señor Muñoz? —le preguntó el ojinegro a quemarropa.

Salomé soltó el tenedor, que rebotó contra el plato, y llamó la atención de todos los presentes. Intentó calmar su respiración para disimular la evidente tensión que le provocó la consulta.

—¿Yo? ¿Y por qué yo tendría que saberlo? —masculló entre dientes.

—Bueno, pensé que él y usted se conocían desde antes. Como estaban hablando los dos en su cuarto cuando yo...

—¡Yo no conozco a Juan Muñoz! —lo interrumpió ella, trenzando sus dedos para que nadie se diera cuenta de que sus manos temblaban—. ¡No tengo idea de quién es!

—¡Bueno, ya basta! —interrumpió Lázaro Rojas, e hizo bailar su bigote sobre el labio superior—. Qué importa dónde está ese tipo. ¡Déjenlo en paz de una buena vez! ¿Podemos hablar de otra cosa?

Pablo y Felipe se miraron con disimulo: cada uno quería hacerle notar al otro el hecho de que Lázaro por fin había abierto la boca. *Intrigante*. Con esa palabra describieron a ese señor de mirada adusta y con permanente expresión de pocos amigos. Y más intrigante les pareció ahora que, de la nada, pronunciara sus primeras palabras para defender de manera tan vehemente a Juan Muñoz.

—Este señor tiene razón —puntualizó Maruja, limpiándose delicadamente una comisura con el borde de la servilleta—. Hablemos de ópera.

Todos los presentes voltearon hacia ella, algo desconcertados por su inesperada propuesta.

—Es que toda la tarde estuve escuchando la ópera *Turandot*, de Puccini. ¡Es mi favorita! —exclamó con una amplia sonrisa.

—Ése fue el vecino, ¿verdad? —se aventuró Luchita.

—Sí. La puso una y otra vez. Y como mi ventana da exactamente a una de las ventanas de su casa...

—Cuando se pase la lluvia voy a ir a pedirle que aprenda a tener consideración con los demás y baje el volumen de esa cuestión. ¡No tenemos por qué andar oyendo nosotros sus músicas raras! —exclamó la cocinera—. Y no se levante nadie. Voy a ir a buscar el charquicán para servirlo aquí mismo.

—¿Raras? ¡Pero si la ópera es puro arte! Además, justo estaba tocando el aria que más me gusta, que se llama *Nessun Dorma*. ¿Sabían que traduce del italiano como “nadie duerma”?

—Bueno, yo les prometo que después de que prueben lo que cociné, van a dormir como ángeles benditos —se rio Luchita—. ¡No me demoro nada!

—Yo siempre duermo como un bebé —puntualizó Maruja—. ¡Un somnífero antes de ponerme pijama... y asunto resuelto!

En ese momento, el timbre de la puerta principal resonó inesperadamente por encima de un nuevo y poderoso trueno que sacudió las maderas del hotel.

—¿Quién será a esta hora? —se preguntó Luchita.

—A lo mejor es Juan Muñoz, que viene de dar un paseo —dijo Abel con una sonrisa, y le guiñó, cómplice, un ojo a Pablo.

La dueña del Barlovento salió apurada fuera del comedor y dejó tras de sí una serie de murmullos y comentarios de los comensales. Felipe le echó una rápida ojeada al reloj de su iPhone: eran casi las once de la noche. Y su

experiencia le decía que mientras más avanzada estuviera la noche cuando llegaran inesperadas visitas a una casa, menos positivas eran las noticias que traían.

Y así fue: a los pocos instantes Luchita regresó con una sombría expresión en el rostro, acompañada de un bonachón uniformado que se quitó su empapada gorra apenas ingresó al lugar. Lázaro no pudo contener un estremecimiento de sorpresa al ver al recién llegado y se puso de pie de un salto que hizo tambalear la silla.

—¿Qué hace un policía aquí?! —exclamó, asustado.

—No es un policía —explicó la cocinera—. Es un funcionario de la Oficina Nacional de Emergencias. Y creo que tiene malas noticias que darnos.

En efecto, el visitante que se presentó como Urrejola, teniente en retiro y ahora miembro de las brigadas de apoyo en caso de contingencias climáticas, les informó que las autoridades habían decretado estado de emergencia por el fuerte temporal que azotaba la zona. Una de las primeras medidas decretadas era el cierre inmediato de todas las calles de pronunciada pendiente, por temor a un aluvión a causa del terreno reblandecido por las lluvias.

—Hace tres años murieron tres personas dos cuadras más arriba —explicó el hombre con tono de experto—. El suelo de la acera cedió y cayeron en una grieta tan ancha como el lecho de un río.

—¡Dios mío! —se espantó Maruja.

—Así es, señora. Por lo mismo, a partir de este momento, nadie puede hacer abandono de este hotel.

—¡Eso no es posible! —gritó Juan Muñoz, que entró de improviso al comedor—. ¡Usted no puede hablar en serio!

—Afirmativo, señor. Tengo órdenes de no dejar salir a nadie de esta casa.

—¡No pueden hacernos esto! ¡No pueden obligarnos a quedarnos aquí! —vociferó con los ojos tan abiertos como su boca.

—¿Y usted dónde se había metido? —lo interpeló Lya—. Pensamos que no había vuelto todavía.

Juan no se detuvo ni por un instante a considerar responderle su pregunta a la joven. Por el contrario, permitió que su rostro se deformara en una angustiada mueca que fue cambiando hacia una expresión de franca desesperación.

—¿Se siente bien? —Urrejola se acercó a él, preocupado.

Pero Juan no se quedó un segundo más en el comedor. Tan veloz como había entrado, giró sobre sus propios talones y abandonó el lugar sin emitir una nueva palabra.

Se produjo un incómodo silencio que Luchita interrumpió luego de una pausa:

—Bueno, que nadie se preocupe. La despensa está llena de alimentos, hay comida para varios días, y como esto ha pasado antes mi hija y yo sabemos muy bien lo que tenemos que hacer —comentó—. Además, tengo varios mazos de naipes por si alguien quiere jugar póquer, o carioca, para no aburrirse.

—Hemos estado avisando casa por casa y ésta era la última que me correspondía —dijo el teniente Urrejola—. A ver cómo salgo yo de aquí ahora... —agregó, algo complicado.

—Puede quedarse aquí si quiere, oiga —le ofreció la dueña—. Es peligroso que ande también por las calles con

este temporal. Yo le armo una cama donde sea, así es que llame y avise que esta noche no llega a dormir.

Pablo juraría que Lázaro Rojas y su bigote palidieron al escuchar la amable oferta de la mujer.

* * *

Pablo esponjó el almohadón donde tenía apoyada la cabeza, dobló las piernas y buscó una nueva posición en la cama para seguir navegando en internet. Acomodó su *laptop* sobre los muslos y corroboró con alivio que aún tenía batería suficiente para seguir encendida por al menos un par de horas más.

Por alguna razón esa noche sufría insomnio. Tal vez era el persistente ruido de la lluvia contra el techo y los cristales de las ventanas. Quizá se debía a la presencia de un funcionario de una oficina de emergencias que estaba ahí para asegurarse de que nadie abandonara el hotel para no poner en peligro su vida. A lo mejor era el hecho de sentir que algo no terminaba de calzar al interior del Barlovento, como si una pieza incómoda no encontrara acomodo en su listado de preguntas y respuestas.

Mientras abría una nueva página de Firefox, reflexionó unos instantes en María González. Sin duda alguna, ella representaba la mayor de sus interrogantes. Su comentario sobre la ópera y su embeleso por Turandot lo habían descolocado por completo. Jamás se hubiera imaginado que ella sintiera atracción por esa clase de música,

y que fuera capaz de identificar con tanta claridad las arias.

Abrió el buscador de Google y sin saber muy bien por qué lo hacía, tecleó: *Turandot Wikipedia*. Dejó que sus ojos vagaran por la información que la red le entregó:

Ambientada en la China milenaria, la ópera narra la historia de la cruel princesa Turandot, quien, en venganza a una antepasada mancillada, decapita a sus pretendientes si no le contestan tres adivinanzas. Un príncipe desconocido se postula, responde los tres enigmas y la desafía a que sea ella quien averigüe su nombre. Turandot ordena que nadie duerma en Pekín hasta que se sepa el nombre del atrevido pretendiente.

“Que nadie duerma”, leyó una vez más. Qué curioso: él y todo Pekín despiertos, condenados a un insomnio que no merecían. Siguió avanzando en la página y se topó con la letra del aria *Nessun Dorma*, la misma que con tanto hincapié había celebrado la señora Maruja. Como estaba en italiano, la copió en una nueva página del navegador, para que el traductor de Google se hiciera cargo de transcribirla al español.

¡Que nadie duerma! ¡Que nadie duerma!
 ¡También tú, oh Princesa,
 en tu fría habitación
 miras las estrellas
 que tiemblan de amor y de esperanza...!
 ¡Mas mi misterio está encerrado en mí!

¡Mi nombre nadie lo sabrá! No, no.
 Sobre tu boca lo diré
 cuando la luz brille.

“Mi nombre nadie lo sabrá.” ¿Cuál será la verdadera identidad de ese príncipe imprudente que se había atrevido a desafiar a una princesa tan mala como la protagonista de esa ópera? Fue entonces que recordó el apellido del mausoleo reducido a escombros por la implacable pala mecánica del cementerio. Ochagavía. Nunca antes lo había escuchado.

Google se encargó de ponerlo en antecedentes: el origen del patronímico era el País Vasco, en España. A Chile llegó una familia Ochagavía a comienzos del siglo XIX y se instaló en la zona de Valparaíso. A pesar de haber comenzado desde abajo, al poco tiempo ya amasaban una considerable fortuna. Invirtieron en viñas, exportaciones y en negocios locales. En la actualidad, sus herederos mantenían las empresas en el puerto e incluso la producción de vinos. Hacía casi cinco años que había fallecido Jesús Ochagavía, descendiente directo de los antepasados españoles. Lo sobrevivían su esposa y sus dos hijos.

“Bueno”, pensó Pablo con cierta lástima, “si estoy en lo correcto, al parecer el señor Jesús Ochagavía se quedó hoy sin su morada eterna. Quisiera saber cómo van a reaccionar su mujer y sus herederos cuando sepan lo que Teodoro Riquelme está haciendo en el cementerio”.

Iba a cerrar la ventana de Firefox pero leyó a un costado que un *link* destacado en azul señalaba “apellidos de Chile”. Impulsado por la curiosidad y la falta de sueño,

hizo clic en la liga, que de inmediato lo llevó hacia el *website* de la oficina demográfica del país.

El último listado de los archivos del registro civil señala que en toda su historia se han inscrito 8,208,975 personas con el apellido paterno González, convirtiéndose en el apellido más común de Chile. Más atrás, en el segundo lugar del *ranking*, se ubican los Muñoz, con 6,416,711 inscripciones, y los Díaz, con 4,562,193...

Iba a seguir leyendo pero escuchó una voz que, a pesar del ruido de la lluvia y los truenos, parecía llamarlo desde el otro lado de la ventana. "Es imposible", se dijo. "Urreloja aseguró que nadie podía circular por la calle." Estaba a punto de levantarse de la cama para investigar cuando comprendió lo que sucedía: el vecino había vuelto a subir el volumen a la música que escuchaba. Con toda seguridad se trataba de *Turandot*, tal como lo había señalado la señora Maruja durante la cena.

¿Acaso ese hombre tan enigmático como inescrupuloso también sufría de insomnio? ¿Qué no tenía otra cosa que hacer durante todo el día, y la noche, más que apretar una y otra vez el botón de *play* de su reproductor láser?

Un inesperado bostezo lo hizo albergar la esperanza de que por fin iba a descansar. Era el primer indicio de que tal vez ahora sí había llegado la hora de apagar el computador, la luz, y entregarse al sueño tal como Felipe, que dormía con los brazos abiertos en su cama.

Lleno de ilusión volvió a acomodar la cabeza en la almohada. Cuando cerró los ojos y se cubrió hasta las orejas

con el cobertor, para escuchar lo menos posible el inquietante repiqueteo de la lluvia, dejó que la voz del tenor que llegaba desde la casa contigua se lo llevara lejos, tan lejos, que comenzó a soñar con Pekín y un fabuloso palacio oriental donde alguien leía pasajes de la Biblia en voz alta.

Y a través de la ventana se siguió escuchando: *Ma il mio mistero è chiuso in me... Il nome mio nessun saprà! No, no... Sulla tua bocca lo dirò!... Il nome mio nessun saprà! Il nome mio nessun saprà!*

* * *

Despertó de un sobresalto que lo obligó a sentarse de un brinco en la cama.

Por unos instantes no supo dónde estaba a causa de la total oscuridad. Cuando escuchó los ronquidos acompañados que le llegaron desde un rincón, sumados al incansable fragor de una tormenta en el exterior y a las notas de un aria de ópera que se repetían sin descanso, comprendió que se encontraba en el Hotel Barlovento y que algo había interrumpido su sueño bruscamente en mitad de la noche.

¿Qué sucedió que su propio cuerpo reaccionó obligándolo a abrir los ojos?

Pablo agudizó el oído. El monótono tamborileo de la lluvia marcó un ritmo entre los ruidos al interior del cuarto: *clap, clap, clap, clap*. El muchacho buscó en ese inalterado compás el arrullo necesario para volver a dormirse. Acomodó una vez más la almohada, estiró las sábanas

que le envolvían el cuerpo y bajó los párpados. *Tap.* ¿Qué fue eso? Claramente sonó diferente al goteo eterno de la tormenta. *Tap. Tap.* El ojinegro se enderezó en la cama y despegó su espalda del colchón. ¿Alguien caminaba en el pasillo? *Ma il mio mistero è chiuso in me... Il nome mio nessun saprà! No, no...* se escuchó una vez más y con toda claridad desde la casa del vecino a través de la ventana. ¡Por lo visto Maruja González tenía razón, y nadie iba a poder dormir esa noche! *Tap.* Sí, era un hecho: alguien estaba al otro lado de su puerta. La pregunta era: ¿el desconocido se acercaba o alejaba de su habitación?

—Felipe... —musitó casi sin abrir los labios.

Un resuello de total relajó respondió a su llamado. Su amigo chasqueó los labios, se abrazó al cojín y siguió durmiendo plácidamente, ajeno por completo a lo que sucedía a su alrededor.

Il nome mio nessun saprà! cantó el tenor en casa de Teodoro Riquelme con todo el ímpetu de sus pulmones.

Pablo bajó los pies descalzos de la cama y avanzó sin hacer ruido. Pegó la oreja a la madera para intentar escuchar qué sucedía en realidad. Pero esta vez no hubo ni siquiera el más mínimo crujido de los tablones del suelo. Un total silencio envolvió como una burbuja la habitación donde se encontraba.

Tomó el picaporte y, con todo cuidado, comenzó a girarlo. Un leve quejido de las bisagras anunció que había comenzado a abrir la puerta. Cuando salió al corredor, tuvo que hacer un enorme esfuerzo para poder orientarse. El negro era total frente a sus ojos. Estiró un brazo hacia un costado, para guiarse siguiendo la línea de la pared.

De pronto reaccionó con desconcierto: la planta de uno de sus pies estuvo a punto de resbalarse al pisar agua. ¿Agua? ¿Acaso había alguna gotera en el techo del pasillo, que salpicaba hacia el piso? Con cuidado tanteó y corroboró que un pequeño charco se extendía unos centímetros hacia delante. Deseó haber tenido una linterna para poder observar con mayor precisión pero, como no era el caso, pasó por alto el suelo mojado y continuó avanzando hacia el salón principal.

Al asomarse, pudo descubrir, gracias a la luz plateada que se filtraba a través de las cortinas, la regordeta silueta del teniente Urrejola medio ovillado en uno de los amplios y mullidos sillones del lugar. La dueña le improvisó una cama con un edredón y una almohada, donde el funcionario dormía plácidamente. En la mesa de centro, junto al sofá, el destello de un relámpago le permitió ver una taza de té, al parecer vacía, que de seguro Urrejola se había bebido antes de entregarse al sueño. No había duda: Luchita era una espléndida anfitriona. Se preocupaba hasta el último detalle incluso de los que no eran sus huéspedes.

Por lo visto, los ruidos que escuchó desde su cuarto habían sido producto de su imaginación. O quizá de alguna rama que golpeaba con furia contra un muro exterior. Pero al parecer todo estaba tranquilo y silencioso al interior del Hotel Barlovento. Más tranquilo, el muchacho comenzó el regreso hacia su dormitorio. Apenas dobló en el inicio del corredor, tuvo que detenerse en seco porque la inesperada silueta de un desconocido le bloqueó el paso. Sintió que el corazón se le trepaba hasta la garganta y alcanzó a empuñar ambas manos, en un mecánico gesto de

defensa, antes de reconocer la amplia sonrisa que intentó disuadir el miedo provocado.

—Disculpa —dijo Abel Pérez con evidente remordimiento—. No quería asustarte.

—No se preocupe —contestó Pablo y trató de tranquilizar sus desbocados latidos en el pecho.

—Es que me levanté para ir al baño —agregó el hombre—. Buenas noches.

Pablo apuró su regreso hasta la habitación marcada con el número 1. Cerró con toda delicadeza para no despertar a Felipe, aunque en el fondo sabía que ni una orquesta de músicaailable podría interrumpir el sueño de su amigo. Con cierto desagrado corroboró que la ópera *Turandot* seguía escuchándose desde la casa de Teodoro Riquelme, al parecer en un eterno *loop* programado en el aria *Nessun Dorma*.

Tantas horas de insomnio comenzaron a pasarle la cuenta: apenas se recostó entre las sábanas sintió poco a poco que su cuerpo se abandonaba hacia el relajado. Suspiró hondo y cerró los ojos. Estaba a punto de cortar el último hilo de conciencia que lo mantenía atado al mundo cuando se sentó de golpe en la cama con la absoluta certeza de que la explicación de Abel era una mentira: no podía haber salido al pasillo para ir al baño, ya que todos los cuartos contaban con uno privado al interior.

—¡Me engañó! —exclamó furioso.

Y de un instante a otro, lo que hasta ese momento él había apreciado como una amable sonrisa por parte del huésped, se le reveló en una mueca de burla y falsedad.

No cabía duda: ¡Abel Pérez era un embustero!

CAPÍTULO SEIS

EL CRIMEN

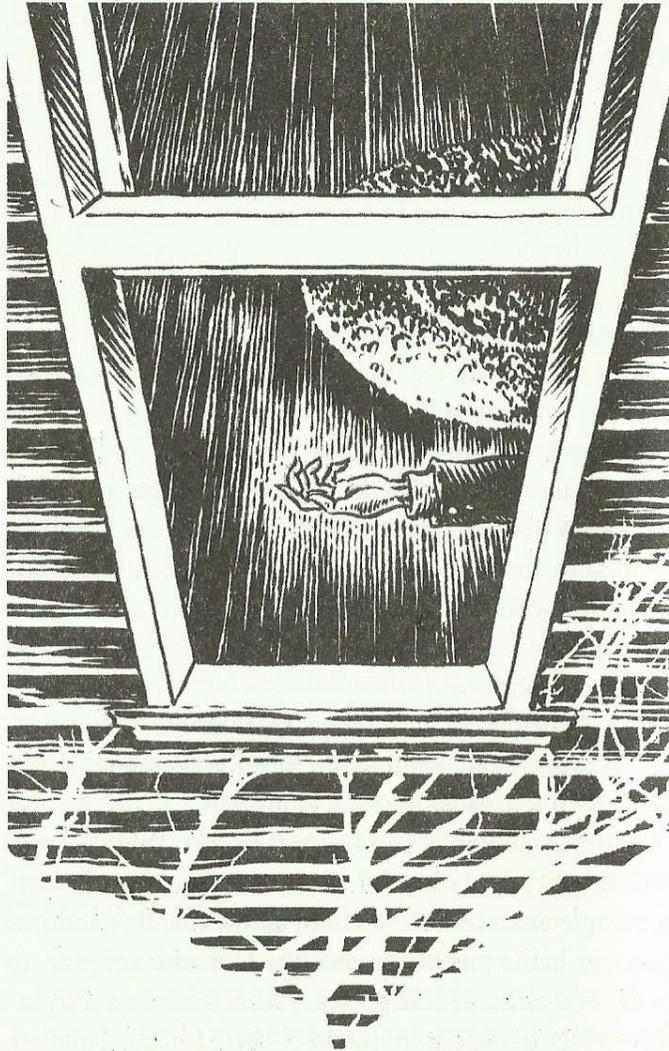
—¡¡Está muerto...!! ¡¡Está muerto!!

Cuando Pablo terminó de comprender que aquella voz femenina que aullaba a todo volumen, con un agudo decibel que combinaba horror y repulsión, no formaba parte de su sueño sino de una realidad concreta que se había colado hacia el interior de su cabeza, abrió los ojos y de un salto abandonó su cama. Al caer frente a la mesa de noche se encontró con Felipe que, al parecer, también se había despertado con los gritos y lo miraba con una expresión de desconcierto.

—¿Quién grita? —lo interrogó el gordo.

—Ésa no es la pregunta que hay que responder ahora. ¡Primero quiero saber quién es el muerto!

Ambos salieron al pasillo a tropezones. Pablo alcanzó a notar, gracias a la luz del nuevo día, que el suelo estaba completamente seco. Y como aún seguía lloviendo, el agua que había sentido en sus pies la noche anterior no podía ser a causa de una gotera. Había diferentes alternativas: o alguien había limpiado el corredor, cosa que era muy improbable a esa hora de la mañana, o esos charcos se debían a un vaso derramado, o un zapato mojado que



había dejado huellas húmedas a medida que avanzaba por el lugar.

María González abrió la puerta de su cuarto y se recostó contra el muro, lívida, los ojos desorbitados y el cabello completamente despeinado.

—¡¡Está muerto!! —volvió a chillar al tiempo que señalaba hacia el interior de su habitación.

Los dos jóvenes apuraron el paso, cada uno imaginando una escena dantesca a la cual se verían enfrentados apenas cruzaran el umbral. “Es Abel Pérez”, pensó Pablo. “Estoy seguro de que voy a encontrarme cara a cara con el cadáver de Abel Pérez.”

Sin embargo nada extraño llamó su atención cuando entró. Felipe también frenó en seco, el ceño fruncido, e intentó controlar su angustia y ansiedad. ¿Dónde estaba el cuerpo?

—¡Aquí no hay nadie! —exclamó el mexicano.

La señora Maruja, sin atreverse a poner un pie en su dormitorio, hizo un gesto algo impreciso desde el pasillo con la mano. Pareció señalar la ventana. Entonces Pablo se acercó a la cristalera y miró hacia el exterior.

Y lo vio.

Estaba boca abajo, los brazos extendidos a cada lado del cuerpo. Tenía la cabeza vuelta hacia un costado, por lo que pudo apreciar que murió con los ojos abiertos, congelados en una expresión de pánico ante el horror que debió de significar su fallecimiento. Yacía al centro de un enorme charco de sangre, que aún se veía fresco y espeso.

—Es Teodoro Riquelme... —musitó Felipe, acercándose a su amigo y viendo aquella lamentable imagen

que ni la lluvia, ni la distancia de casa a casa pudieron mitigar.

No fue necesario abrir la ventana para que ambos jóvenes pudieran escuchar que el tenor seguía cantando a todo pulmón a través de las bocinas del estéreo: *Il nome mio nessun saprà! No, no... Sulla tua bocca lo dirò!... Il nome mio nessun saprà! Il nome mio nessun saprà!*

* * *

La noticia de la muerte del vecino se esparció por el Hotel Barlovento en cosa de segundos. Luchita quiso correr hacia la casa contigua para ver si aún se podía hacer algo por el infortunado hombre, pero recordó que el temporal había convertido su calle en un terreno peligroso que las autoridades habían bloqueado de extremo a extremo. Salomé, por su parte, se quedó en pasmoso silencio cuando entró al comedor y sorprendió a una desconsolada Lya que, entre lágrimas, le informó lo que había sucedido con el vecino.

—¿Y dónde está el tipo que dijo que iba a cuidarnos durante la noche? —reclamó Lázaro Rojas apenas abandonó su cuarto luego de enterarse del suceso—. ¡Él dijo que nadie podía circular allá afuera, y alguien mató al vecino mientras todos dormíamos! —bufó mientras su bigote subía y bajaba al compás de sus gritos.

Fue recién en ese momento que todos recordaron al teniente Urrejola.

Lo encontraron plácidamente dormido en el sofá de la sala, aún envuelto en el edredón de plumas. Pablo avanzó hacia él, con una mala espina clavada en mitad del pecho. Al sacudirlo enérgicamente por uno de los hombros, el uniformado tosió, chasqueó los labios y continuó roncando. “Al menos está vivo”, reflexionó el boricua con alivio.

—¡Estupendo! —se enfureció Lázaro—. Asesinan a un ser humano a escasos metros, y este tipo ni siquiera tiene la decencia de despertarse.

—¿Y a usted quién le dijo que mataron al vecino? —le lanzó Pablo—. No sabemos qué pasó. Sólo vimos su cuerpo en el suelo a través de la ventana.

El hombre se quedó unos instantes en total inmovilidad, incapaz de responder al cuestionamiento del muchacho, que parecía no temerle a la expresión de odio con la cual reemplazó el uso de palabras. Lya aprovechó ese instante de incomodidad para irrumpir en la sala, tomar la taza de té que seguía vacía en la mesa de centro y correr con ella hacia la cocina. Intrigado, Pablo la siguió con la vista hasta que la vio desaparecer al otro lado de la puerta de vaivén.

—¡Que alguien llame a la policía! —pidió Felipe, pero nadie pareció hacerle caso.

—Primero averigua si Abel Pérez y Juan Muñoz siguen en el hotel —le pidió su amigo, acercándose disimuladamente también hacia la cocina—. ¡Corrobora que todos los huéspedes estén aquí!

Felipe asintió y salió apurado rumbo al pasillo de las habitaciones a cumplir con la misión que le habían

encomendado. Pablo entonces se apuró en encontrar a Lya, a quien sorprendió olisqueando el interior de la taza de porcelana.

—¿Tú también crees que tiene restos de sedante, al igual que yo? —le preguntó el ojinegro a quemarropa.

—¿Y cómo sabes que pienso eso? —se defendió ella.

—Tengo la impresión de que no me has dicho todo sobre ti, Lya.

—¿Qué quieres que te cuente? —dijo la mujer algo avergonzada.

—La verdad.

Durante unos instantes un silencio espeso e incómodo se adueñó de la cocina. Las cuatro pupilas se mantuvieron fijas, sin pestañear, en una suerte de duelo donde ninguno de los dos involucrados tenía intenciones de ceder.

—¿Y bien...? —la desafió el muchacho.

—No sé qué quieres escuchar.

—Por ejemplo, que te encantan las novelas de misterio y que llevas años esperando poner en práctica todo lo que has aprendido leyéndolas...

Lya esbozó una sonrisa que la obligó a desarmar todos sus escudos y defensas.

—¿Tan patética me veo?

—En lo más mínimo. *Welcome to the club* —le sonrió, cómplice—. Lo supe apenas vi esa novela de Agatha Christie que tenías en la recepción el día que llegamos. Y lo corroboré cuando te sorprendimos en el cementerio, espiando a Juan Muñoz con una libreta en las manos.

—¿Es que hay algo en ese tipo que no me gusta! —le confidenció en un susurro y con evidente alivio de poder

compartir esa información con alguien—. Me da mala espina.

—No sólo a ti.

—Y todo lo que pienso de él lo tengo anotado en mi cuaderno, por si quieres leerlo —ofreció.

—¿También escribes las ideas y pistas que encuentras?

—Sí. Hasta el último detalle. Ah, y gracias por no delatarme con mi mamá. No me gustaría que supiera que ando siguiendo a uno de sus huéspedes. ¡Se pondría furiosa!

Pablo le guiñó un ojo y señaló con interés la taza que ella aún tenía entre sus manos.

—¿Sedante? —le preguntó.

—Sí. En grandes cantidades. De tres a cuatro pastillas al menos. Todavía huele a ácido isovalérico y se puede ver algo del residuo blanco aquí, en el fondo. ¿Lo ves? —puntualizó—. Yo diría que fueron calmantes cuyo componente principal es la valeriana.

“Vaya”, pensó Pablo, “esta mujer resultó ser toda una caja de sorpresas. No sólo puede convertirse en una gran aliada en este nuevo caso, sino que además es una experta analizando todo lo que la rodea. *Good to know!*”.

—¿Por eso Urrejola todavía no despierta? —la cuestionó el muchacho.

—Y no lo va a hacer en las próximas horas a menos que le demos un buen café cargado, o le calentemos un poco de paila marina que sobró de la otra noche. ¿Sabes qué? ¡Ésa es una buena idea! —exclamó, y enseguida abrió el refrigerador en busca del *tupperware* que contenía el resto de la sopa.

—Lo próximo que tenemos que averiguar es quién le llevó esa taza.

—Fui yo —respondió Lya—. Antes de acostarme le pregunté si quería tomar algo y me pidió un té de manzanilla.

—Eso quiere decir que... —comenzó el ojinegro.

—... que uno de los que durmió anoche en este hotel sedó a Urrejola —completó ella la oración—. No hay otra alternativa. ¡Nadie pudo entrar desde la calle, porque está bloqueada! La pregunta es quién y por qué lo hizo.

—¿No te parece que la respuesta es obvia? Quienquiera que haya puesto esos sedantes en el té de manzanilla lo hizo para poder matar tranquilamente a Teodoro Riquelme, sin temor alguno a ser descubierto por esa inesperada visita con la que nadie contaba —contestó Pablo.

La mujer se llevó una mano a la boca y ahogó una exclamación de angustia.

—*Yes*. Hay un asesino alojado en el Hotel Barlovento —murmuró Pablo, sombrío—. Pero no te preocupes: yo lo voy a desenmascarar.

Avanzó hacia la puerta, para salir de la cocina. Pero se detuvo. Desde ahí miró con toda seriedad a Lya.

—Que despierten a Urrejola lo antes posible —pidió—. Necesito que me acompañe a la casa de Riquelme para examinar su cadáver. ¡Ah! Y que tu mamá preparé el comedor: ahí voy a llevar a cabo mi ronda de interrogatorios. *Rush!*

Y abandonó el lugar, consciente de la enorme impresión que había provocado en la hija de la dueña del hotel.

* * *

Los sentidos engañan. Uno debe buscar la verdad adentro, no afuera. ¡Adentro, no afuera...! Pablo recordó, como era habitual en él, la frase que siempre repetía en los momentos de mayor confusión, y que había leído hacía años en *La desaparición de Mr. Davenheim*, texto escrito por Agatha Christie.

Cerró los ojos, aislándose por completo del ajetreo que podía escuchar al otro lado de la puerta cerrada de su cuarto. Protegido por la oscuridad de sus párpados, intentó poner en orden el caos de palabras, ideas y teorías, que se arremolinaban en su cabeza. ¿Cuáles eran los hechos? No muchos: un crimen tuvo lugar durante la noche. Todavía no habían podido identificar la causa de la muerte ya que nadie había entrado a la casa de la víctima. Uno de los huéspedes del Hotel Barlovento había sedado al teniente Urrejola. La lluvia y la repetición a todo volumen de la ópera *Turandot* habían ocultado cualquier ruido o grito que hubiese podido despertarlo.

A pesar de la confusión que este nuevo caso presentaba, el desarrollo de los eventos que llevaron a la muerte de Teodoro Riquelme parecía bastante obvio: con la calle bloqueada e intransitable, la única manera de acceder a la casa vecina era a través de la ventana del cuarto de la señora Maruja, que comunicaba directamente con el patio interior que unía ambas residencias. El asesino debía saber

que ella se tomaba un par de somníferos cada noche, para combatir el sueño ligero, y que de esa manera le quedaba el camino libre para entrar y salir del dormitorio número 6 con toda tranquilidad.

A no ser que el asesino fuera *ella*, claro.

¿Quién más de los huéspedes del Hotel Barlovento estaba al tanto de que María González ingería una pastilla para poder dormir? Todos. Ella misma lo dijo durante la cena de la noche anterior: “Yo siempre duermo como un bebé. ¡Un somnífero antes de ponerme la pijama... y asunto resuelto!”.

Aunque la anciana era la sospechosa lógica, por dormir en el único dormitorio a través del cual se podía llegar a la casa del difunto, la verdad no era capaz de imaginársela en el acto de saltar ventana afuera, atravesar el breve patio interior, asesinar a Teodoro Riquelme y regresar velozmente por donde había venido. Recordaba que la señora Maruja no había sido capaz ni de cerrar el ventanal cuando comenzó la lluvia, a causa de su falta de fuerza y musculatura. “Pasa que a mi edad ya no tengo las mismas fuerzas que antes, y no pude cerrar la ventana a tiempo [...] Como sea, ya no soy la mujer que era. Es doloroso ver que uno va perdiendo facultades que antes daba por sentadas...”

Quizá la anciana estaba en complicidad con alguien más. Era una alternativa. A lo mejor, a una hora determinada, cuando todos dormían y Urrejola ya había sido sedado en la sala y no representaba un peligro, ella le permitió al verdadero asesino el acceso a la residencia del vecino a través de su cuarto. ¿A quién? ¿A *quién*? ¿Tal vez a

Abel Pérez, y por eso se lo encontró en mitad del pasillo a altas horas de la madrugada?

La solución siempre es la más obvia y, por ende, la más inesperada. Al menos eso postulaban siempre los expertos detectives que poblaban la literatura policial. Y estaba seguro de que Lya Guerrero, una experta en la materia, tal como se lo había demostrado con su brillante análisis de la taza de té en la cual bebió Urrejola, compartía ese postulado.

“Piensa, Pablo, piensa”, se dijo. ¿Estaba dejando alguna pista sin considerar?

¡Claro! ¡El agua que encontró en el pasillo cuando se levantó en mitad de la noche! De algo estaba seguro: no se debía a goteras del techo, ya que en la mañana el líquido se había evaporado a pesar de que aún seguía lloviendo. Eso quería decir sólo una cosa: lo que él pisó con sus pies descalzos eran las huellas mojadas que el asesino había dejado al regresar de casa de Teodoro Riquelme luego de darle muerte.

Eso corroboraba su primera hipótesis: un peligroso asesino se alojaba en el Barlovento.

Un par de golpes en la puerta de su dormitorio lo sacó bruscamente de su concentración.

—¡Adelante! —dijo.

Felipe asomó la cabeza desde el pasillo.

—Sherlock, ya despertaron al teniente Urrejola y te está esperando en la sala —lo puso al corriente—. Yo revisé todos los cuartos y están todos los huéspedes aquí, sanos y salvos. Trataron de llamar a la policía, pero el teléfono del hotel no funciona y los celulares tampoco tienen señal por culpa de la tormenta.

Pablo asintió al tiempo que se ponía de pie. Junto con el ingreso de su amigo y la interrupción de sus reflexiones, regresaba también el estruendo de la tormenta al otro lado de las ventanas.

—Veo que estamos aislados —masculló—. Eso es bueno y jugará a nuestro favor. El culpable se va a desesperar al darse cuenta de que está atrapado como un ratón en una ratonera. Vamos a hablar con Urrejola. *Let's go!*

Pero Felipe le cerró el paso, incapaz de disimular una expresión de molestia.

—¿Me quieres explicar por qué Lya anda diciendo que ella es tu asistente oficial en esta investigación...? ¿Ah? —refunfuñó—. ¡Dile a esa chava ahora mismo que aquí el único ayudante de detective soy yo!

Y salió hacia el pasillo, girando sobre sí mismo con el mentón en alto y un orgulloso gesto de forzada dignidad.

“Por lo visto no será sólo el asesino el que se va a desesperar por el encierro”, reflexionó el ojinegro. “¡Paciencia...! *Please, ¡necesito mucha paciencia!*”

CAPÍTULO SIETE

PRIMEROS ANTECEDENTES

Cuando Pablo entró al comedor, se encontró con todos los huéspedes del Barlovento arremolinados en torno a Urrejola, que aún no terminaba de entender qué le había sucedido. Su expresión de total desconcierto se sumaba a una evidente migraña, que se agudizaba al menor movimiento de su cabeza. Luchita y Lya se esforzaban por distender los ánimos, repartiendo sándwiches, café y té de manzanilla a todo aquel que se lo pidiera.

—Ni siquiera hemos tenido tiempo de tomar el desayuno —puntualizó la dueña del lugar—. Y necesitamos tener el estómago lleno para poder pensar y actuar con lucidez. ¿Quién se sirve un cafecito?

—¡Lo que yo necesito es salir de aquí! ¡Ahora mismo! —gritó Salomé Díaz mordiéndose con urgencia las uñas.

—Ya les dije que nadie puede salir de aquí hasta que la tormenta haya amainado —repitió Urrejola poniéndose de pie con la misma expresión de debilidad con que un ahogado emerge desde el fondo del mar—. La calle está bloqueada.

—¡No me importa! —exclamó la mujer, yendo hacia la puerta—. ¡No puedo quedarme ni un segundo más aquí!



—¡Basta! —la cortó Juan con un certero gruñido—. Ya basta.

—¡Tú no me hables así! ¡No te atrevas a hablarme así! —lo desafió Salomé.

—A ver, a ver, con gritos y discusiones no vamos a llegar a ninguna parte —intervino Luchita, enfática. Y se volteó hacia el teniente para decir—. Y cómo que los teléfonos no funcionan, ¿hay alguna manera de comunicarse con la policía para avisarles lo que pasó en la casa del vecino?

—¡No! ¡La policía no! —vociferó Salomé, redoblando su histeria—. ¡Yo necesito salir de este hotel!

Ante la sorpresa de todos los presentes, inició una descontrolada carrera hacia la puerta que comunicaba con el *lobby* del hotel. Sin embargo, Juan fue más rápido que ella y le bloqueó el paso. La mujer se lanzó furiosa contra él, golpeándolo en el pecho con ambos puños y una rabia que parecía desproporcionada para el lugar y el momento que atravesaban.

—¡Te odio! ¡Me oyes?! ¡Te odio...! —gimoteó Salomé descargando en Juan todo su coraje.

Pablo y Lya cruzaron una disimulada mirada de complicidad: ¿qué estaba sucediendo ahí? ¿Qué secreta relación tenían esos dos que parecía haber tanta confianza entre ellos como para tratarse de esa manera? “¡Hay algo en ese tipo que no me gusta! Me da mala espina”, había dicho Lya en relación con Juan Muñoz. Y más que nunca su apreciación cobraba sentido luego de presenciar esa confusa escena.

Cuando Pablo volvió la vista, se encontró con una gélida expresión de Felipe, que lo observaba lleno de reproche.

Vencida, Salomé se dejó caer en un sofá y se cubrió la cara con ambas manos. Juan contempló a todos los presentes, incómodo y sin saber muy bien qué decir.

—Usted dijo que tenía naipes —sugirió Abel Pérez en su afán de aligerar los ánimos—. Tal vez éste sería un buen momento para jugar una manita de póquer.

—¡Estupenda idea! —lo apoyó Luchita.

—¡Nadie se va a poner a jugar estúpidos juegos de salón! —gruñó Lázaro Rojas y frunció el bigote—. Lo que está pasando aquí es muy serio como para perder el tiempo de esa manera.

—Precisamente como es muy serio lo que ocurrió con el vecino, hay que tratar de tranquilizarnos —prosiguió Abel—. Y la mejor forma de conseguirlo es...

—¡Jugar póquer! —lo interrumpió el hombre—. ¡Lo único que nos faltaba! ¡Qué idiotez...!

—Yo ofrezco un calmante a quien lo necesite —dijo con amabilidad la señora Maruja—. Siempre traigo un frasco conmigo.

—¿Acaso son de valeriana? —preguntó Lya con toda intención.

—Sí. ¿Cómo supiste? —se sorprendió.

La muchacha y el boricua volvieron a cruzar una mirada que pareció confirmar las sospechas previas que ambos tenían. Felipe, que alcanzó a darse cuenta del vistazo que se dieron, se levantó molesto de la silla.

—Yo voy a hacer lo que haría un verdadero detective —dijo con solemnidad—. Revisar la escena del crimen. ¡Nos vemos!

Aprovechando el pasmo que sus palabras produjeron en los presentes, Felipe salió apurado hacia el pasillo y avanzó resuelto hacia el cuarto marcado con un 6 en su puerta. Al entrar y darse cuenta de la decisión que tomó, parte de su determinación se esfumó y un cosquilleo de incertidumbre se apoderó de su voluntad. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Cómo se iba a enfrentar solo al cadáver de un hombre que yacía boca abajo en medio de una habitación? Era obvio que necesitaba a su amigo y colega a su lado para poder seguir adelante, pero por lo visto él parecía muy contento con su nueva socia. ¡Si Pablo no había tenido ni el más mínimo problema para reemplazarlo, él tampoco iba a tener contemplaciones para seguir adelante con el caso en solitario!

Abrió la ventana del dormitorio de Maruja. A pesar de que recién eran las dos de la tarde, las espesas y negras nubes que invadían el cielo bloqueaban cualquier posibilidad de que un rayo de sol llegara hasta el suelo. A raíz de eso, una penumbra casi nocturna convertía las horas del día en un crepúsculo que no tenía fin.

El viento que se arremolinaba en el patio interior le dio en la cara, y la lluvia mojó su expresión de inseguridad ante lo que pretendía hacer. Hasta sus oídos llegó una vez más la interminable melodía de la ópera Turandot, incansable en su repetición. ¡Estaba seguro de que si la oía una vez más iba a enloquecer!

Pasó una pierna hacia el exterior y se sentó en el marco de la ventana. Desde ahí pudo ver una infinidad de huellas de zapatos retratadas en el lodo que se había acumulado luego de las horas de tormenta. ¿Acaso eran la

prueba del recorrido efectuado por el asesino entre la casa de Teodoro Riquelme y el hotel de Luchita?

Sin pensar en lo que hacía, dio un salto hacia delante. Sus pies patinaron un segundo en el barro, pero al instante consiguió equilibrarse para comenzar a recorrer el breve espacio que lo separaba de su destino. La espesa e infatigable lluvia le empujó los hombros hacia abajo y lo obligó a apurar el paso. Cuando se enfrentó a la ventana del hogar de Riquelme, un ligero sobresalto lo detuvo. ¿Y si estaba cerrada? ¿Cómo iba a poder entrar?

Con un suspiro de alivio corroboró que bastó un ligero empujón para que el vidrio se desplazara y le permitiera el acceso al interior de la casa. Al abrir, la voz del tenor entonando *Nessun Dorma* se intensificó y salió hacia el exterior como si hubiese estado atrapada y deseosa por escapar pronto de ahí.

Usando ambas manos, Felipe se apoyó en el alféizar y levantó con gran dificultad su cuerpo. Haciendo un enorme esfuerzo final, se dejó caer hacia el interior.

Con toda la intención de no alterar en lo más mínimo la escena del crimen, avanzó despacio hacia la inmóvil figura recostada sobre el suelo de parqué. El charco de sangre que lo rodeaba había comenzado a secarse y brillaba con la consistencia de una capa de barniz. Felipe contuvo una exclamación: varias heridas causadas probablemente por un filoso cuchillo se apreciaban en la espalda de Teodoro. Antes de desviar la mirada, impactado por la violencia de la escena, alcanzó a contar al menos cuatro lesiones.

Luego de efectuar una veloz panorámica, concluyó que el arma mortal no estaba visible. Ya se encargaría

de encontrarla. Por ahora, con toda seguridad el siguiente paso era apagar la música que iba a hacerlo gritar de desesperación con su insistente *Il nome mio nessun saprà! Il nome mio nessun saprà!*

Cuando encontró el reproductor láser, se dio cuenta de que la función *repeat* estaba activada. Teodoro Riquelme había seleccionado por alguna razón el aria *Nessun Dorma* para que lo acompañara durante la noche. La última noche de su vida.

Iba a apretar la tecla de *stop*, pero una voz proveniente de la ventana lo detuvo:

—¡Felipe!

Al levantar la vista, el gordo vio que Pablo se dejaba caer al interior de la habitación con atlética facilidad. Y su expresión se ensombreció al comprobar que, más atrás, venía Lya con el pelo pegado al contorno del rostro por culpa de la lluvia.

—No cortes la música —le pidió el ojinegro—. Baja el volumen si quieres. Pero necesito escuchar una y otra vez esa ópera. Estoy seguro de que no es casual que haya sonado toda la noche...

—Yo también creo que es una pista —mintió Felipe sólo para marcar una ventaja con respecto a Lya—. Las coincidencias no existen, aunque tú a veces digas lo contrario —comentó.

Pablo clavó las pupilas en el cadáver de Teodoro Riquelme. Se acercó despacio, más por respeto a la muerte que por falta de interés en el cuerpo inerte. Se quedó mirando, sin pestañear, las heridas que poblaban la espalda de la víctima, al tiempo que susurró en una suerte de letanía:

—Turandot cuenta la historia de una perversa princesa que les corta la cabeza a sus pretendientes si no le contestan correctamente tres adivinanzas...

Lya frunció el ceño, desconcertada, y miró a Felipe al tiempo que se encogía de hombros. Felipe no le contestó el gesto y prefirió simular que no la había visto.

Pablo se inclinó sobre Teodoro Riquelme y acomodó una rodilla en el parqué para poder observar mejor las puñaladas que le dieron muerte.

♦ —Un príncipe desconocido le responde con exactitud los tres enigmas y la desafía a que sea ella ahora quien averigüe su nombre —continuó sin perder el hilo de la narración—. Turandot ordena que nadie duerma en Pekín hasta que se sepa el nombre de ese misterioso pretendiente.

—¿Por qué nos cuentas eso, Sherlock?

—Porque la solución siempre es la más obvia y, por ende, la más inesperada —contestó su amigo—. ¿Ya vieron estas heridas con atención? *Look*. Acérquense.

Felipe y la mujer intercambiaron una mirada de recelo. Ninguno quería invadir el espacio del otro, pero tampoco pretendían quedarse al margen de la petición de Pablo. Se aproximaron despacio, igual que dos animales salvajes que se olfatean a la defensiva antes de dar el primer mordisco.

—Observen bien —dijo el boricua, señalándolos—. Son cortes profundos. Cada tajo debió de atravesar vasos sanguíneos y algunas venas. Sin embargo no todas han sangrado como era de esperar. ¿Se dan cuenta lo que eso significa?

Felipe frunció el ceño. No, no sabía qué podía significar eso. Y odiaba tener que reconocerlo.

—Significa que ese hombre llevaba ya un tiempo muerto cuando terminaron de apuñalarlo —dijo Lya con seguridad.

Felipe iba a responder con una carcajada de burla, pero se calló en seco al escuchar a Pablo:

—*That's right*. ¡Exactamente! —asintió el muchacho.

—¡Pero eso es absurdo, Sherlock!

—Sí, lo es. Pero estas heridas no mienten. Es un hecho que entre la primera y la última cuchillada pasaron varios minutos —sentenció.

—Vaya, ¿qué estás queriendo decir? ¿Que el asesino apuñaló a Teodoro Riquelme en la espalda, se fue, pensó que a lo mejor había quedado vivo, y regresó a terminar su crimen?

—Ya te dije que también creo que es una teoría absurda. Pero es lo que la evidencia me señala.

—Y hay algo más —agregó Lya, inclinándose también sobre el cadáver.

Felipe suspiró molesto. ¿Acaso esa entrometida no pensaba callarse nunca?

—Vean esa herida —señaló la mujer—. Ésa, la que está sobre el hombro izquierdo. ¿La están viendo?

Pablo asintió, interesado. Lya tomó un delicado abrecartas de marfil que encontró sobre una mesa y se lo extendió al boricua.

—Toma. Si usas esto, va a ser más fácil explicarte.

Pablo recibió el objeto y lo empuñó en su mano.

—Muy bien. Ahora haz el mismo movimiento que tiene que haber hecho el asesino para darle ese golpe —pidió.

Pablo respiró hondo y trazó un arco en el aire al intentar imitar lo que imaginaba que habría sido la trayectoria del arma homicida.

—*I see* —confesó—. Es imposible dar esa estocada con la mano derecha. Tendría que torcer el brazo de una manera muy anormal.

—Pero si usas la mano izquierda... —lo animó Lya.

Pablo cambió de mano el abrecartas y repitió el gesto.

—¡Ya entiendo, este golpe fue dado con la mano izquierda! —decretó.

—Entonces el asesino es zurdo —Felipe abrió los ojos impresionado por el descubrimiento—. ¡Hay que avisarle al teniente Urrejola, para que se lo informe a la policía cuando consiga comunicarse con ellos!

Lya y Pablo permanecieron en silencio sin despegar la vista del cuerpo que yacía boca abajo. Felipe, por el contrario, pareció entusiasmarse aún más con sus deducciones.

—Es cosa de darles un lápiz a todos los huéspedes del hotel y pedirles que escriban algo en una hoja de papel. El que lo haga con la mano izquierda es el culpable. ¡Y asunto resuelto! —dictaminó.

—Eso sería demasiado fácil —lo desanimó su amigo—. ¿Qué dirías si te aseguro que estas otras heridas fueron causadas por una mano derecha?

El arrebató de vehemencia de Felipe pareció desinflarse al igual que un globo que deja escapar de golpe todo el aire de su interior. Sus cejas se arquearon en un gesto de sorpresa y confusión.

—¿Qué...? ¿Entonces son dos asesinos? —masculló lleno de incredulidad—. ¿Eso es lo que estás sugiriendo, Sherlock...?

—No es una mala hipótesis —retomó Lya que continuaba examinando la espalda del cadáver—. Hay unas heridas más hondas que otras. Como si hubiesen sido hechas por dos personas distintas y con diferentes niveles de fuerza.

—O tal vez fue solo una persona que usó ambas manos para atacar a la víctima. Así como Salomé Díaz se enfrentó y golpeó a Juan hace unos minutos, en la sala del hotel —infirió Pablo.

Los tres permanecieron unos instantes en silencio para procesar toda la información que bullía al interior de sus cabezas. Pablo dejó escapar un hondo suspiro que sonó a una sonora derrota.

—¡Qué frustrante! —se quejó—. No hemos podido avanzar nada. Después de observar el cadáver, no sabemos si el asesino es zurdo o diestro... También pudo ser una mujer muy enojada, o un hombre que utilizó los dos brazos al mismo tiempo. ¡Piensa, Pablo, piensa! Los sentidos engañan. Uno debe buscar la verdad adentro, no afuera. ¡Adentro, no afuera...!

—Bueno, por lo visto tus sentidos no se dieron cuenta de algo —lo interrumpió Lya con una sonrisa de triunfo—. ¿O acaso nadie vio ese papel quemado que está en la esquina?

Pablo y Felipe giraron la cabeza hacia donde la mujer les señaló. En efecto, un papel reducido a cenizas llamó su atención de inmediato.

—Creo que ya podemos apagar la música —dijo Pablo y bajó el tono de su voz—. Ahora vamos a tratar de concentrarnos en descubrir qué quemó Teodoro Riquelme antes de morir... y que no quería que nadie leyera.

* * *

Pablo movió el papel carbonizado utilizando la punta del abrecartas de marfil. Al corroborar que si aplicaba demasiada fuerza en su empresa iba a terminar por convertirlo en cenizas, desistió de inmediato en su intento de levantarlo del suelo para intentar descifrar su contenido.

—Vamos a tener que tratar de leer qué dice sin moverlo de este lugar —confirmó a Felipe y Lya, que esperaban impacientes.

—¿Y alcanzas a ver algo, Sherlock? —preguntó ansioso el muchacho.

—Alcanzo a identificar algunas letras..., sí... —balbuceó acercándose aún más a su objetivo—. ¡Necesito más luz!

Lya corrió hacia una lámpara de sobremesa y le quitó de un manotazo la pantalla. Al dejar el foco expuesto, aumentó la luminosidad del lugar.

—*Yes!* Y ahora acércala —pidió el ojinegro—. ¡Rápido!

La mujer aproximó la lámpara hasta donde el cable se lo permitió. Entonces Pablo se pegó aún más al papel y entrecerró los ojos para afinar la mirada.

—¡Miren lo que encontré! —exclamó Felipe con un evidente tono de orgullo—. Estoy seguro de que te va ayudar —dijo, y le extendió una enorme lupa con mango de marfil que claramente hacía juego con el abrecartas.

—¡Claro que me sirve! *Thanks.*

El gordo sonrió satisfecho porque sabía que su jugada maestra de tomar la iniciativa lo ponía en ventaja frente al avance de Lya en la investigación. “Así funciona un verdadero ayudante de detective”, se dijo el muchacho con altivez, “actúa por cuenta propia y se adelanta a los eventos”.

—Por favor orienta la lámpara hacia el muro, no hacia el papel. Vamos a ver si el trasluz ayuda —solicitó Pablo y acomodó el lente de la lupa entre su ojo y el objetivo.

Lya corrigió la orientación de su brazo. De inmediato, la luz rebotó contra la pared pintada de blanco y se proyectó de manera uniforme como en una pantalla.

—H... sí. Aquí hay una H... y una A... —señaló el muchacho.

—De seguro ése era uno de los anónimos que Riquelme recibió —dijo Felipe, que había decidido registrar en su iPhone las letras que Pablo iba dictando—. La pregunta es por qué lo quemó.

—Tal vez no fue Riquelme —lo corrigió su amigo—. A lo mejor fue el asesino el que intentó hacer desaparecer este papel, porque hay algo en él que lo compromete... ¡G...! ¡Hay una G y otra A...!

Felipe revisó lo anotado en el visor de su teléfono: H, A, G, A. ¿Haga? ¿Alguien quiso forzar y obligar a Riquelme a hacer algo? Tal vez ese *algo* era contra su voluntad, y al negarse a cumplir la amenaza del anónimo provocó su muerte.

—Lo que sigue está ilegible... Pero la palabra termina con una I y una A. ¡De eso estoy seguro! —continuó Pablo.

Trató de mover el papel quemado en busca de un mejor efecto de trasluz, pero terminó por resquebrajarlo aún más. Una buena parte se deshizo en cenizas frente a sus propios ojos.

—Bueno, eso es todo lo que tenemos. Sólo algunas letras. ¿Podrías repetirme cuáles son? —requirió, poniéndose de pie.

—H, A, G, A, I y A —leyó Felipe—. ¿Te dice algo?

—No, nada —contestó Pablo, frustrado.

—A mí sí —exclamó Lya que apagó la lámpara y la regresó a su lugar.

Ambos jóvenes voltearon hacia la mujer que, con una sonrisa de triunfo, avanzó hacia la ventana empapada por la lluvia. La abrió y tomó asiento en el alféizar, dispuesta a salir de la casa de la víctima.

—¿De verdad no se dan cuenta de la palabra que forman esas letras? —los desafió.

—Es imposible saberlo —se molestó Felipe.

—No, no es imposible. Yo lo descubrí. Parece que, después de todo, soy mejor investigadora que ustedes —dijo, y pasó las dos piernas hacia el exterior.

Lya hizo una dramática pausa que aprovechó para medir la distancia que había entre sus pies y el suelo fangoso del patio. Cuando consideró que ya había dilatado lo suficiente su respuesta, decidió que ya era hora de salir de ahí.

—“Ochagavía”. Es obvio que en ese papel escribieron “Ochagavía” —sentenció con evidente voz de triunfo. Luego de eso, se lanzó ventana afuera.

CAPÍTULO OCHO

DECLARACIONES

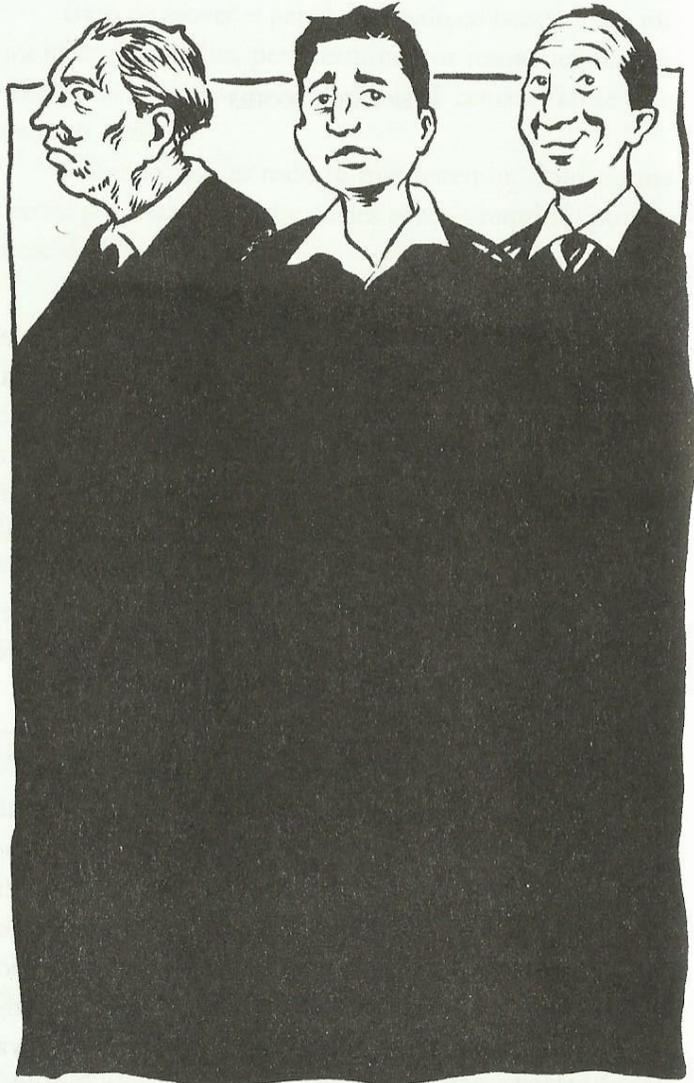
Cuando Pablo entró a su habitación, ya de regreso en el Hotel Barlovento, tuvo que detener sus pasos en seco al encontrar a Lázaro Rojas al interior del cuarto, sentado sobre la cama, los brazos cruzados sobre el pecho y una evidente expresión de desasosiego en el rostro. Al ver al boricua, se puso inmediatamente de pie y trató de esconder al máximo la ansiedad que le recorría el cuerpo.

—Te estaba esperando —dijo casi sin mover el bigote.

—¿A mí...? —Pablo no pudo ocultar la sorpresa que esas palabras le causaron.

—¿No eres tú el que juega al detective? —ironizó—. Bueno, tal vez tengo algo que pueda interesarte.

El muchacho alzó una de las cejas y, al tiempo que asentía con la cabeza, cerró la puerta para dejar en claro que todo lo que sucediera en ese lugar iba a permanecer en total confidencialidad. Con disimulo le echó un vistazo a Lázaro, quien volvió a sentarse a los pies de la cama. No sólo su bigote estaba recortado con perfección milimétrica; también su cabello seguía la misma línea de rigor, ya que ni un pelo se veía fuera de sitio. Vestía una impecable camisa de puños y cuello almidonados, y un elegante



suéter que hacía juego en los mismos tonos. A Pablo le llamaron la atención los brillantes zapatos del hombre. Era obvio que Lázaro Rojas invertía mucho tiempo en su aspecto personal, y no dejaba ningún detalle al azar.

—Lo escucho —lo alentó Pablo, para que comenzara a hablar.

—Aunque todavía no es un hecho que el vecino haya sido asesinado, yo...

—Disculpe —lo cortó el boricua—, pero yo vengo llegando de la casa de la víctima. A ese hombre le dieron cuatro puñaladas por la espalda. Si eso no es un crimen, entonces no sé qué es.

Lázaro se pasó la mano por la cara, afligido. Respiró hondo y soltó el aire en un delgado silbido.

—Dios santo, es horrible... —murmuró.

—*Yes, you're right.* Es horrible.

—No logro entender que los seres humanos seamos capaces de caer en esto —se quejó con sincera angustia—. ¡Yo siempre he dicho que todo se puede solucionar por la vía de la comunicación!

—Pero por lo visto, en el caso de Teodoro Riquelme, todo eso falló. El anciano había recibido varios anónimos, pero no hizo caso de las amenazas —le explicó Pablo—. Tal vez no pensó nunca que las cosas podrían llegar hasta este punto...

—¿Y tú cómo sabes tanto? —se sorprendió el hombre.

El boricua hizo un gesto algo impreciso, como si quisiera dejar a la imaginación de Lázaro la respuesta a esa pregunta. No pretendía revelar los secretos de su pesquisa. No por ahora, al menos.

—Vaya, muchacho, parece que tendré que mirarte con más respeto —confesó—. Entonces con mayor razón tengo que contarte lo que vi.

Le hizo un gesto para que se acercara. Pablo supo que lo que estaba próximo a suceder podía cambiar el curso de su investigación. Con el rabillo del ojo corroboró que su libreta de anotaciones estuviera sobre la mesa de noche, junto a la cama. El reloj luminoso marcó en digitales y rojos números las cuatro de la tarde.

—Lo escucho —dijo.

—No quiero que pienses que soy una persona indiscreta, o que estoy aquí para intercambiar un chisme —se defendió con cierta incomodidad—. ¡Nada más alejado de la realidad!

—Lo escucho —repitió Pablo para obligarlo a hablar.

Lázaro Rojas bajó la vista y se quedó mirando la punta de sus relucientes zapatos negros. “¿Quién se va de turismo con mocasines tan elegantes?”, alcanzó a pensar el muchacho.

—Yo llegué dos días antes que tú a este hotel —comenzó, la vista fija en el suelo—. A pesar de que vivo en Santiago, la capital de este país, decidí venir a descansar a la costa una semana. He tenido un año muy difícil, con muchos problemas y...

Hizo una pausa para tragar saliva. Era obvio que el tema le afectaba a tal punto que se le hacía difícil continuar. Pablo aprovechó el paréntesis para estirar la mano y tomar su libreta. Buscó una página en blanco y, con todo disimulo, escribió “Declaración de Lázaro Rojas”.

—En fin, ése no es el punto —el hombre se compuso y se puso de pie. En un gesto mecánico se peinó los bigotes—. El hecho es que decidí buscar un hotel tranquilo y alejado del ruido para reposar. Y me pareció que este lugar cumplía con esos requisitos.

—Fue lo mismo que yo pensé cuando revisé el *website* allá en Miami —le confió el boricua—. Pero parece que todos nos equivocamos.

—Y yo lo supe apenas el taxi me dejó frente a la puerta. Claro, ahora entiendo lo que presencié —admitió—. Pero en ese momento no fui capaz de anticipar nada...

—¿Y qué fue lo que vio? —Pablo lo apuró, lleno de inquietud.

Lázaro se acercó despacio hacia la ventana. Descorrió un poco la cortina y se quedó observando la calle inundada, y la imagen de agua cayendo sobre más agua.

—Encontré a la dueña del hotel discutiendo con el vecino. ¿Cómo se llamaba el pobre hombre?

—Teodoro Riquelme.

—Un hombre extraño, por lo que pude ver —le confidenció—. Con una mirada rara... misteriosa... Tengo que confesar que me llamó la atención la manera en que iba vestido. Y claro, me sorprendió ver a una mujer tan alterada y gritándole de esa manera.

—¿Podría repetir qué fue lo que dijo la señora Luchita?

—Ella se veía muy molesta por algo que no alcancé a descubrir. Le decía que las cosas no se iban a quedar así. Que iba a tomar cartas en el asunto, que se iba a arrepentir de todo. Hablaba algo de un cementerio, eso sí lo entendí.

Riquelme ni siquiera le contestó. Sólo la escuchaba en silencio, de pie en la puerta de su casa.

Lázaro cerró de un golpe la cortina y volteó hacia Pablo.

—Tengo que confesar que me arrepentí de haber hecho reservas en este hotel —se afligió—. Yo, que sólo quería descansar lejos de los problemas y el ruido, había llegado al epicentro de los gritos y las peleas... ¡Si tan sólo me hubiera subido al mismo taxi que me trajo, para escapar de aquí!

El muchacho anotó en el cuaderno, con perfecta caligrafía y asombrosa velocidad: "Luchita amenazó a Teodoro un par de días antes de su muerte. Motivo: el mausoleo de los Ochagavía".

—No sé si es importante o no esto que te digo, pero en vista y considerando que ese tipo amaneció muerto, yo... Bueno, espero haber hecho lo correcto —dictaminó—. Si tengo que serte honesto, no me imagino a la dueña del Barlovento apuñalando al vecino. Pero si algo me ha enseñado la vida es que el ser humano, enfrentado a situaciones límite, es capaz de todo. ¡De todo!

"Ésa es una gran verdad", lo apoyó el muchacho en silencio. En su corta pero intensa carrera como investigador había llegado a la misma conclusión. Tuvo que confesarse que juzgó de manera precipitada a Lázaro. Quizá fue su hosca y permanente expresión de desagrado, o sus labios delgados y mezquinos, o el marcial y severo recorte de su bigote, pero desde que lo vio lo consideró un tipo con el que ni siquiera pretendía cruzar una palabra. Pero ahora que ambos se habían sincerado, por primera vez lo

sintió mucho más amable y cercano. Incluso pudo sentir afecto por él.

—Gracias por contarme esto —le sonrió Pablo—. Ha sido de gran ayuda.

—Me lo imaginé. Supongo que hice lo que me correspondía hacer —expresó Lázaro con un gesto de satisfacción.

Antes de ir hacia la puerta, le extendió la mano en un gesto de máxima complicidad.

—Me imagino que no tengo que pedirte que no comentes esta conversación con nadie. No me gustaría que se malentendiera lo que acabo de hacer —solicitó.

—*Don't worry*. De aquí no sale —lo calmó—. Y espero que esos problemas y complicaciones que tuvo se hayan solucionado.

Lázaro asintió, agradecido, y salió fuera del cuarto. Entonces Pablo regresó con avidez a su libreta, repasando cada una de las anotaciones que hizo. Mientras más leía sus propias palabras, más dudas sobre la honestidad de Luchita de Guerrero nacían al interior de su cabeza. Y sin que pudiera evitarlo, y gracias a la confesión de Lázaro, una pregunta se instaló en medio de sus pensamientos como un cartel luminoso imposible de disimular y seguir esquivando: ¿qué relación oculta tenía la dueña del Hotel Barlovento con la familia Ochagavía?

* * *

Con su cuaderno de anotaciones firme bajo el brazo, Pablo entró al comedor del hotel. Se encontró con Abel Pérez que, en total silencio y concentración, se entretenía y dejaba pasar las horas jugando solitario. Había puesto un florido mantel sobre la mesa y sobre él acomodó las cartas. Apenas vio al muchacho, le sonrió, amistoso.

—¿Juegas conmigo una mano de póquer? —ofreció.

—Claro que sí. *Why not?* —aceptó, y tomó asiento.

Aprovechó la oportunidad para darle un vistazo con más detención a ese hombre que, hasta ese momento, sólo había permanecido en su memoria gracias a su permanente sonrisa, que ya le parecía una mueca hipócrita. Su cuerpo firme y de músculos definidos incluso a través de la ropa revelaba una vida de ejercicios y entrenamiento. Tenía el pelo muy negro, salpicado de unas incipientes canas a la altura de las patillas y en torno a las orejas.

La lluvia azotaba con fuerza la enorme ventana del lugar, llenando de reflejos líquidos la pared principal. Un trueno hizo vibrar los cristales con la potencia de una lejana bomba oculta entre las nubes.

—Por lo visto, esta tormenta no tiene para cuándo acabar... —se lamentó Abel mientras barajaba los naipes.

—Yo espero que la tempestad no le esté echando a perder muchos planes —comentó, dispuesto a hacer hablar a su compañero de juego.

—La verdad, no. Vine a este hotel tratando de olvidar —suspiró, entrecerrando los ojos—. ... Y para olvidar supongo que no hace falta que haya sol.

—Bueno, depende qué se pretenda olvidar —filosofó Pablo con toda la intención de no dejar caer la plática.

Abel no dijo nada. Se quedó mirando las cartas entre sus manos, como buscando en ellas una respuesta para dar.

—Hay cosas que ni el día más soleado puede arreglar. Hay dolores demasiado hondos... Hay pérdidas demasiado importantes... —murmuró con nostalgia. Y sin que el boricua le preguntara algo, agregó a quemarropa—: Perdí a mi padre. Y ése fue uno de los dolores más grandes de mi vida —le confesó—. Él y yo éramos muy cercanos. Teníamos una relación de amigos.

—Lo siento mucho.

—Por eso quise cambiar de aires, alejarme de todo un rato... Y me pareció que este hotel era el lugar perfecto para lograr ese objetivo. Después de todo, aquí no conozco a nadie, y nadie puede saber lo que me está pasando. Sólo tú, porque yo te lo acabo de contar.

Pablo asintió despacio, sin poder olvidar que Abel le había mentido descaradamente al decirle que se había levantado al baño, en mitad de la noche, cuando él sabía que no era cierto. ¿Estaría mintiendo una vez más? ¿Sería verdad lo del fallecimiento de su padre?

—Pero bueno, hay que salir adelante. Y eso es lo que estoy haciendo —se animó el hombre y comenzó a reparar las cartas—. Tú comienzas.

El joven recibió las cinco cartas y las extendió como un abanico entre sus dedos. Para su sorpresa, descubrió que tenía un trío de seis y un par de tres. "Hice un *full house* a la primera. Parece que es mi día de suerte", pensó.

—A mí lo que me gusta del póquer es que hay que jugar pensando como un verdadero profesional —comentó

Abel al tiempo que se rascaba el mentón—, ya que no siempre las partidas se ganan con manos valiosas.

Abel dejó sobre la mesa un puñado de monedas que separó en dos montoncitos. Le extendió uno a Pablo y él se quedó con el otro.

—Una vez leí que los jugadores de póquer desarrollan altas capacidades para las matemáticas, la psicología y los negocios —siguió exponiendo—. También aprenden disciplina, ya que hay que saber apostar bien y retirarse cuando sea necesario. Además te enseña a meterte en la mente de tus contrincantes para tratar de descifrar sus movimientos.

—Tal vez por eso nunca he sido muy bueno para este juego —dijo Pablo—. Nunca sé lo que la gente está pensando.

—A mí eso se me da bien —se vanaglorió el hombre.

—*Really?* ¿De verdad usted puede adivinar lo que alguien tiene en la cabeza? —el muchacho dejó de lado sus naipes y le clavó la mirada.

—Es cosa de saber observar —fue la respuesta de su contrincante—. Una pareja de reyes —anunció al tiempo que descubrió su mano.

—Trío de seis y un par de tres —exclamó el boricua—. Yo gano.

Pablo se llevó el montón de monedas de Abel con una sonrisa de triunfo.

—Suerte de principiante —se excusó—. Usted puede ver lo que la gente lleva por dentro. Eso es más valioso que ganar al póquer. ¡Ojalá yo tuviera esa habilidad! Me serviría muchísimo para seguir adelante con la investigación.

Abel miró para lado y lado, asegurándose de que estuvieran solos. Incluso se levantó de la silla y se asomó hacia el interior de la cocina. Cuando se acercó otra vez a Pablo, sus ojos brillaban de un modo distinto: un claro semblante de intriga se había apoderado de sus pupilas.

—¿Quieres saber quién ha estado blofeando todo este tiempo...? —lo desafió.

—¿Blofeando? —el muchacho frunció el ceño, desconcertado.

—Es una palabra que viene del inglés. *To bluff*, ¿la conoces?

—*Of course*. Puede traducirse como engañar, hacer trampa —contestó Pablo.

—¡Exacto! Esa expresión se usa mucho en el póquer para indicar que alguien está haciendo creer a los demás jugadores que tiene un juego que en realidad no tiene. O sea que está mintiendo.

—¿Y hay alguien en este hotel que nos está engañando? —el boricua bajó la voz y tomó el lápiz que tenía junto a su libreta.

Abel asintió despacio, tomándose todo el tiempo del mundo para señalar su punto.

—Digamos que hay una persona que tiene la mejor cara de póquer que he visto en mi vida —sentenció—. ¿Conoces esa expresión?

Pablo negó con la cabeza, a pesar de que sabía perfectamente de lo que le hablaba. Pero estaba empeñado en permitir que Abel siguiera opinando todo lo que pudiera.

—Como sabes, el póquer es un juego de engaños. Es imprescindible hacer que el oponente eleve su apuesta

creyendo que no tenemos una buena mano —le explicó—. Por eso es muy importante mantener una cara inexpresiva y de calma. Aquí no valen las sonrisas o los gestos que puedan delatar que nos han tocado o unas muy buenas o muy malas cartas.

—Entiendo. Hay que poner una cara que no diga nada.

—Exacto. Una cara que oculte muy bien una mentira —concluyó el hombre.

Pablo abrió su cuaderno. Ubicó una página en blanco, a continuación de la confesión de Lázaro Rojas, y escribió: “Declaración de Abel Pérez”.

—¿Me vas a interrogar? —preguntó el aludido algo nervioso—. ¿Así como si fueras un detective de verdad?

—Soy un detective de verdad —le contestó con toda la seriedad del mundo—, sólo que sé blofear muy bien. Y ahora quiero saber quién nos ha estado mintiendo.

Abel carraspeó un par de veces para aclararse la garganta y decir sin titubeos:

—La dueña del hotel.

Para Pablo la respuesta no fue una sorpresa. Sabía exactamente que se refería a ella. Incluso comenzó a escribir el nombre de Luchita de Guerrero antes de que el hombre abriera la boca.

—Cuando nos dieron la noticia de la muerte del vecino, ella se mostró muy sorprendida y afectada —dijo—. Pero un par de días antes yo fui testigo de cómo ella lo amenazaba de muerte...

“Esto se puso interesante”, reflexionó el muchacho. “Supongo que un mentiroso es el más indicado para

identificar a otro mentiroso. Y, por lo visto, la señora Luchita tiene mucho que explicar sobre su relación con Teodoro Riquelme.”

—Una noche antes de que tú y tu amigo mexicano llegaran al hotel, entré a este mismo comedor en busca de un vaso de agua. Ella estaba aquí, sentada en esta mesa, de espaldas a la puerta —relató Abel con toda seriedad—. Por lo visto estaba muy concentrada, porque no me escuchó. Yo me acerqué por detrás, dispuesto a preguntarle si podía entrar a la cocina. En ese momento, me di cuenta de que estaba escribiendo algo. Pensé que era una carta, pero alcancé a leer: “Vas a morir”.

—¿Un anónimo? —lo interrumpió Pablo.

—En ese momento no supe qué pensar. Al verme, la señora se puso muy nerviosa y metió apurada el papel dentro de un sobre. Un par de horas más tarde salió del hotel... y la seguí —confesó con cierto pudor—. La vi meter muy impaciente ese mismo sobre por debajo de la puerta del vecino.

“En una situación como ésta, hay dos cuestiones a tener en cuenta”, consideró Pablo. “La primera es que Abel Pérez no tenía cómo saber que Riquelme había recibido un par de anónimos antes de ser asesinado, a no ser que él mismo los hubiera escrito o que su relato de Luchita fuera cierto. La segunda es que se trataba de un nuevo antecedente en contra de la dueña del Barlovento. Si la acusación resultaba cierta... ¿estaría Lya también involucrada junto a su madre?”

Abel iba a continuar con su relato cuando la parlanchina y aguda voz de Luchita irrumpió sorpresivamente

en el comedor. La mujer entró al lugar moviendo de lado a lado sus amplias caderas mientras se ataba un delantal en torno a la cintura.

—Voy a preparar algo rico para que comamos. ¡No podemos dejar que la moral decaiga! Lo que pasó en casa de don Teodoro es terrible, pero no tiene que afectarnos —exclamó—. Aquí en Chile acostumbramos a tomarnos una tacita de té con un rico sándwich a las cinco de la tarde —le explicó a Pablo—. ¡Por eso dicen que somos los ingleses de América!

“Sí. Esta señora tiene una perfecta cara de póquer”, discurrió el boricua. “Pero estoy seguro de que es cosa de horas para que aflore su verdadera expresión. La que tiene escondida detrás de la máscara.”

Y echando mano a su mejor destreza para disimular sus verdaderos sentimientos, Pablo aceptó con fingida sonrisa aquel ofrecimiento de comida. Por lo visto, se estaba convirtiendo en un excelente jugador.

* * *

Pablo se arrepintió en el último instante y suspendió a mitad de camino el trayecto de su mano, que iba directo a golpear la puerta número 3. Por alguna razón que no terminaba de comprender, Juan Muñoz le producía un inquietante recelo, un desasosiego que incluso lo hacía mirar hacia otro lado cuando se encontraba de improviso con las pupilas acechantes de aquel tipo.

“Se ve demasiado culpable para ser inocente”, reflexionó. “Quizá es eso lo que me molesta. Si es el asesino, me lo está diciendo a gritos con su actitud. Y si no lo es... entonces me intriga su manera de ser. ¿Quién querría verse como un homicida cuando no lo es?”

Respiró hondo, llenándose de aire los pulmones y de valor el espíritu. Dejó que su puño diera un par de golpecitos en la puerta para después escuchar una voz que, desde el interior del cuarto, le dijo:

—¡Pasa!

Pablo hizo girar la manilla y empujó la puerta. Al ingresar al lugar, sorprendió a Juan con el cuerpo inclinado sobre una maleta, de espaldas a él.

—Qué bueno que viniste —dijo el hombre sin mirarlo—. Te quería contar lo que...

Se calló en seco al girar y encontrarse con el boricua, quien, desde el umbral, se dio cuenta de que había sido confundido con otra persona. Juan intentó disimular la turbación de su mirada, aunque durante una larguísima fracción de segundos el desconcierto inicial paralizó cada uno de sus movimientos. Sin que Pablo alcanzara a ver de qué se trataba, escondió tras la espalda un objeto que tenía entre las manos y que dejó un brillante rastro metálico en el aire. Apurado y nervioso, lo metió dentro de la maleta y lo cubrió de inmediato con ropa.

—Pensé que... Yo creí que tú... tú... —tartamudeó mientras cerraba el equipaje—. ¿Qué quieres?

—Me enviaron a avisarle que la señora Luchita va a servir el té —mintió sin el menor esfuerzo—. Lo digo por si quiere ir al comedor a compartir con el resto de los huéspedes.

—Gracias —fue su seco comentario.

Pablo intentó dar un último vistazo hacia la maleta, a ver si conseguía descubrir qué había escondido Juan Muñoz de manera tan urgente y precipitada entre su ropa. Le parecía haber visto un destello acerado, una suerte de hoja metálica entre los dedos del hombre. ¿Qué era? ¿Un cuchillo? ¿Una navaja de afeitar? ¿Un abrecartas?

El boricua observó durante unos minutos a Juan, que continuaba junto a la cama. A pesar de estar instalado en la medianía de los cuarenta, lo rodeaba un irremediable aire a cincuentón envejecido. Quizá era la postura con la que caminaba, con los hombros y el cuello inclinados hacia delante, como si la vida le pesara. Tal vez era la permanente sombra de barba con manchones de canas alrededor del mentón. A lo mejor era la gruesa arruga que le partía en dos el ceño, resultado de una expresión siempre hosca y a la defensiva. Como fuera, Juan Muñoz se veía muchísimo mayor de la edad que tenía.

—Bueno, ya cumplí con el encargo que la señora Luchita me pidió —comentó Pablo sin saber muy bien cómo prolongar la conversación—. Nos vemos en el comedor.

—No creo que vaya —masculló el hombre.

—Me lo imaginé. Parece que está esperando la visita de alguien, *right?*

—¿Por qué lo dices? —se inquietó.

—Porque me hizo entrar a su cuarto pensando que yo era otra persona. ¿O me equivoco?

Juan dudó unos instantes su respuesta. Con la mano corroboró que la maleta estuviera bien cerrada y no se

podiera ver nada en su interior. Más tranquilo, se alejó unos pasos y fue hacia la mesa de noche, de donde tomó su reloj de pulsera.

—Te equivocas —dijo después de un momento—. No estoy esperando a nadie. Lo que quiero es estar solo. ¿Hay algo malo en eso?

—No, para nada. ¿Y le puedo hacer una pregunta? —quiso saber el joven—. ¿Qué vino a hacer a este hotel?

—Lo mismo que tú, obvio —contestó sin pausa alguna.

—Yo vine a conocer Valparaíso y a recorrer la zona.

—Eso mismo... ¡Eso! ¡Yo también vine a recorrer la zona! —exclamó con un entusiasmo que no parecía del todo real.

“Curiosa manera de hacer turismo”, pensó Pablo mirándole el lujoso y carísimo reloj que terminaba de acomodarse en torno a la muñeca. “¿Quién se va de vacaciones a un hotel de cuatro estrellas con algo tan valioso como esa prenda?”

—Prefiero quedarme aquí —continuó Juan—. La verdad, preferiría no seguir compartiendo con... con algunas de las personas que... —balbuceó—. Sobre todo después de lo que sucedió con...

—¿Con el vecino? —terminó el ojinegro.

El hombre asintió con la cabeza. Por un instante relajó el ceño y la honda arruga entre las cejas se hizo menos evidente. Parecía haber bajado parte de sus escudos de protección.

—No quisiera volver a tener contacto con... con la dueña —musitó—. No quiero tener problemas con la ley.

Pablo lo miró con cierta extrañeza. Esa confesión de Juan, honesta y sincera, lo tomó por sorpresa. Era la primera vez, de hecho, que intercambiaban tantas palabras.

—*Sorry*, pero no entiendo.

—No confío en esa mujer. Cuando la policía pueda llegar hasta acá arriba y empiece a hacer preguntas por la muerte de ese hombre, yo no quiero que me relacionen con ella —explicó.

—Bueno, ya estamos todos relacionados con la señora Luchita. Estamos alojados en su hotel.

—¡Pero yo no pretendo verme afectado por su culpa! —se agitó—. Nunca he tenido problemas con la autoridad y no pienso permitir que eso cambie. Y mucho menos por culpa de una mujer mentirosa y cínica como ella.

—Ésas son acusaciones muy graves —le advirtió Pablo.

—Y las mantengo —sentenció—. Yo mismo vi, con estos ojos... ¡con estos dos ojos!, cómo ella hablaba con su hija en la cocina sobre el pobre viejo que mataron. Ellas no se dieron cuenta, pero las oí claramente decir que iban a tener que actuar de manera más firme y definitiva con él. Que lo mejor que podían hacer era borrarlo del mapa. ¡Ésas fueron las palabras que usaron!

Pablo deseó con urgencia poder abrir su libreta de anotaciones y escribir todo lo que estaba oyendo. Pero algo le dijo en su interior que si lo hacía, Juan Muñoz iba a cerrar de inmediato la boca. "Haría el esfuerzo de recordar cada palabra", reflexionó. "Esto es muy importante."

—Cuando terminé de entrar a la cocina, las dos me vieron y se pusieron muy nerviosas. Pero la madre, que

es la peor, me sonrió muy falsa y me dijo que estaban conversando sobre recetas de platillos chilenos, para ir preparando el menú de la semana. ¡Mentira! —bufó—. ¡Estaban planeando cómo asesinar a su vecino, y yo mismo las escuché! ¡Con estas orejas! —gritó.

Juan cayó sentado sobre su cama. Su pecho subía y bajaba en alterada cadencia, demostrando que su enojo tenía mucho más de preocupación que de ira. Pablo se preguntó si a lo mejor ese gesto, que él había leído siempre como rabia, no era otra cosa sino miedo a verse involucrado en algo que no tenía nada que ver con él.

Y, por primera vez, Juan Muñoz le pareció demasiado inocente para ser culpable.

—Esas dos nos están mintiendo. ¡Se están riendo de nosotros! —repitió al tiempo que movía la cabeza—. Y son peligrosas... ¡Muy peligrosas!

El hombre fue hacia la puerta y tomó la manilla. Con la otra mano, le hizo un gesto a Pablo para que saliera pronto.

—Yo prefiero quedarme solo aquí. Dile a la dueña del hotel que estoy durmiendo, bañándome, o lo que se te ocurra. ¡¿Está claro?! —gruñó.

Dicho eso, cerró de un violento golpe que dejó al boricua de pie en el corredor.

"Bueno", se dijo Pablo al empezar a caminar hacia su dormitorio dispuesto a transcribir en su cuaderno la declaración de Juan Muñoz, "por lo visto el caso del Cerro Panteón tiene muchas más aristas de las que imaginé en un comienzo. Mi intuición me dice que uno de los tres hombres que acabo de interrogar me está mintiendo.

¿Quién? No lo sé. Piensa, Pablo. ¡Piensa! Según la ley de probabilidades, uno de ellos no dice la verdad... Y más vale que lo descubras antes de que tengamos que lamentar una nueva víctima”.

Y se metió en su habitación al tiempo que un nuevo y lúgubre trueno hizo eco en cada esquina del Hotel Barlovento.

CAPÍTULO NUEVE

UN NUEVO ATAQUE

La medianoche encontró a cuatro siluetas reunidas en torno a la mesa del comedor del Hotel Barlovento. Llevaban horas ahí, repasando una y otra vez los últimos hechos ocurridos.

—¿Pero entonces es un hecho que alguien me drogó para quitarme del medio? —preguntó una vez más el teniente Urrejola, incapaz de creer que había sido víctima de algo así.

—Sí. Está confirmado —respondió Pablo, a punto de perder la paciencia—. Pensé que ya estaba claro ese punto.

—¡Es que me resulta increíble suponer que uno de los huéspedes de este lugar atentara contra mí!

—La única persona que sabemos que tiene sedantes es la señora Maruja —agregó Felipe—. Vimos el frasco en su mesita de noche.

—Y no sólo eso. La taza de té que usted tomó —puntualizó Lya al tiempo que señaló a Urrejola— tenía restos de ácido isovalérico, que es uno de los componentes de la valeriana. Y la misma señora Maruja confirmó que sus pastillas tenían como ingrediente principal esa hierba.

—O sea que todo calza —reflexionó el teniente en retiro—. ¿Y me pueden explicar por qué esa señora tan

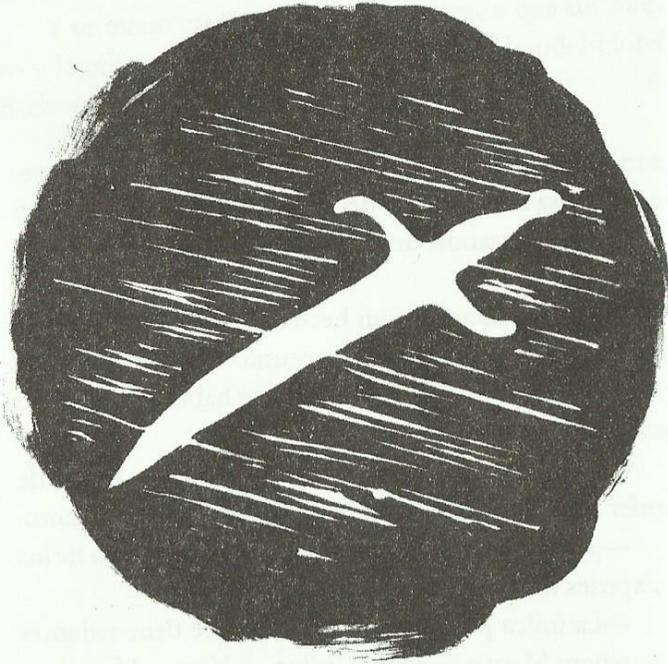
elegante y distinguida quería dormirme? ¿Ella es la asesina de Riquelme?

—No descarto a nadie —dijo el ojinegro mientras revisaba las páginas de su libreta de anotaciones—. Pero si soy honesto, no me imagino a María González saltando fuera de su cuarto y entrando a la casa del vecino, que también tiene una ventana bastante alta.

Se produjo un nuevo silencio, en el que los cuatro asintieron frente a ese hecho concreto: era muy difícil que la anciana hubiera cometido el crimen. “No imposible”, reflexionó Felipe. “Si hay algo que he aprendido de Sherlock es que siempre lo más sorprendente se puede hacer realidad.”

—Bueno, vamos a repasar los hechos que conocemos —dijo Pablo—. Sabemos que Lya le trajo el té de manzanilla al teniente Urrejola. ¿Quién más estuvo aquí antes de que usted se lo bebiera? —le preguntó al funcionario de la Oficina Nacional de Emergencias.

El aludido se rascó el mentón mientras intentaba rescatar de su memoria el espacio de tiempo que resultaba clave en la investigación. Recordó que luego de anunciar a los huéspedes del hotel que no podían hacer abandono del inmueble, y de aceptar la oferta de la dueña de pasar ahí la noche, ella fue por una almohada y un cobertor de plumas. Él permaneció en la sala. Fue en ese momento cuando Lya le ofreció algo para beber. Agradecido, le pidió un té de manzanilla para entibiar el cuerpo luego del frío provocado por haber tenido que recorrer palmo a palmo la calle Ecuador, anegada de principio a fin. La mujer le trajo una humeante taza de porcelana que dejó en la



mesa de centro, se despidió y salió del lugar. Él se quitó los zapatos y los calcetines mojados. Entonces entró un sujeto que con una amable sonrisa le preguntó si no le molestaba que se quedara ahí unos momentos.

—¿Abel Pérez? —se sorprendió Pablo.

—Sí, el mismo. Parece que no tenía sueño y quería conversar con alguien —asintió Urrejola—. Hablamos unos minutos, hasta que la señora Luchita regresó con la almohada y el cobertor, y juntos improvisamos una cama en el sofá.

—Tiempo perfecto para que Abel echara un par de sedantes al té, sin que nadie se diera cuenta —agregó Felipe.

—¿Y fue el único que entró a la sala? —preguntó Pablo y, satisfecho, comprobó que Lya tomaba nota de todo lo que se discutía ahí.

El teniente negó con la cabeza. Comentó que, luego de intercambiar un par de palabras con Abel Pérez y de ayudar a Luchita a armar una cama en el sofá, entró Salomé Díaz. Venía muy nerviosa y por más que lo intentó no consiguió disimular un permanente temblor de sus manos. Dijo que iba a la cocina, a tomarse una pastilla para dormir.

—Como la vi tan intranquila, me ofrecí a buscarle un vaso de agua —agregó el hombre—. Así es que la dejé unos momentos en la sala en lo que fui y regresé.

—Momentos que Salomé bien pudo haber utilizado para disolver un par de pastillas en el té —concluyó Felipe—. ¿Entonces tenemos dos sospechosos!

Pablo se mordió el labio inferior en un claro gesto que delataba una evidente confusión interna. Tamborileó con

sus dedos sobre la superficie de la mesa. “Hay algo que no calza”, reflexionó. “Una pieza del *puzzle* continúa desbaratándolo todo. ¿Por qué tengo la sensación de que hay alguien confundiéndonos de manera deliberada? ¡¿Quién?!”

—¿Puede hablarnos de la familia Ochagavía? —preguntó de pronto a Urrejola, cortando de golpe sus cavilaciones.

El teniente tardó unos instantes en comprender que se dirigían a él. Se pasó la mano por el pelo y asintió en silencio. Pestañeó más de la cuenta, como si el movimiento de sus párpados le permitiera ordenar las ideas al interior de su mente.

—A ver... a ver... —murmuró—. Qué puedo decirles... Los Ochagavía son miembros de una familia muy adinerada de la zona. Yo no los conozco en persona, porque son muy reservados y alejados totalmente de la prensa o las páginas sociales. Pero todos en Valparaíso saben que han contribuido al desarrollo de la ciudad y los alrededores —terminó, muy satisfecho de su respuesta.

—O sea que es gente querida —señaló Pablo.

—Sí, mucho. Cuando el patriarca de los Ochagavía murió hace cinco años, todos nos pusimos muy tristes con la noticia. Pero al parecer su socio, con ayuda de la viuda, su hija e hijo, se ha hecho cargo de continuar los negocios con mucho éxito.

—¿Entonces alguien de la zona sería capaz de atentar contra Riquelme por el hecho de haber destruido el mausoleo de esa familia? —preguntó el muchacho con toda intención.

El rostro de Urrejola se deformó por un súbito ataque de ira. Golpeó con el puño la mesa.

—¡Ese tipo es un desgraciado! —gritó—. ¡Eso no se hace!

—Respóndame —pidió Pablo, endureciendo la mirada—. ¿Tanto quieren a los Ochagavía que podrían vengar el atentado de la víctima quitándole la vida?

—Supongo —fue la honesta contrarréplica del teniente.

El boricua asintió, despacio. Satisfecho por el avance de la conversación, giró la cabeza hacia Lya. Hizo un esfuerzo por repetir su cara de póquer frente a ella, para no permitir que las enormes dudas que tenía sobre Luchita afloraran y lo delataran.

—¿Podrías contarnos quién era Teodoro Riquelme? —solicitó en tono neutro.

La aludida no tardó ni un segundo en tomar un cuaderno de notas y abrirlo en una determinada página. Parecía haber estado esperando esa orden toda la noche. Carraspeó antes de comenzar a hablar.

—Teodoro Riquelme, setenta años —leyó—. Soltero. Inversionista. Hace tres meses compró parte de los terrenos del Cementerio de Disidentes y pensaba hacer atravesar una autopista por la parte trasera del camposanto.

—Y para eso no dudó en derribar una buena parte de los mausoleos y tumbas que interferían en el trazado de la vía —agregó Felipe.

—¡Sólo un desalmado interrumpie el descanso eterno de los que ya no están con nosotros! —bramó Urrejola sin ser capaz aún de controlar su molestia.

—*Nessun Dorma* —masculló Pablo para sí.

Tres pares de ojos se volvieron hacia el muchacho, algo desconcertados.

—¿Y qué tiene que ver la ópera? —quiso saber su amigo.

—“Nadie duerma”... Es curioso. Pero en este Cerro Panteón, no han podido dormir ni los vivos ni los muertos. ¿No les parece demasiada casualidad que justo Riquelme estuviera escuchando esa aria cuando fue asesinado.

—Y las coincidencias no existen —agregó Lya.

—*That's right!* —la apoyó—. Bueno, continuemos. ¿Qué más sabemos de la víctima?

La mujer dio vuelta a la página de su cuaderno y continuó leyendo:

—Era un hombre muy solo. No tenía familia o, al menos, nadie nunca vino a visitarlo. A juzgar por la decoración de su casa, tenía mucho dinero y le gustaban las antigüedades. A lo mejor por eso se vestía con ropa anticuada.

—Y se te olvida lo más importante —puntualizó Felipe, feliz de poder señalar un error en su rival—. Era un amante obsesivo de la ópera Turandot.

—*Not necessarily* —lo corrigió el ojinegro.

La expresión de triunfo de su amigo se contrajo en una mueca de profunda desilusión. Ni siquiera se atrevió a levantar la vista y encontrarse con la desafiante mirada de Lya, satisfecha de ver cómo había sido desautorizado en público.

—El hecho de que Turandot haya estado sonando la noche que Teodoro Riquelme fue asesinado quizá fue el último mensaje que el hombre alcanzó a dejarnos —dijo Pablo.

—¿Un mensaje...? ¡¿Qué mensaje?! —Urrejola se acomodó en la silla, súbitamente interesado.

—¿Recuerdan cuál era la historia de Turandot?

Lya comenzó a buscar entre las páginas de su libreta el lugar preciso donde anotó con lujo de detalles la trama de la ópera. Pero antes de que tuviera tiempo de comenzar a leer, Felipe se le adelantó y desplegó toda su buena memoria.

—Una despiadada princesa mata a sus pretendientes que no son capaces de contestar tres acertijos que ella les hace —se apuró a decir el gordo—. Hasta que un misterioso príncipe llega y responde con éxito las preguntas.

—*Yes* —asintió Pablo—. ¿Y qué pasa después? Ésa es la parte más importante.

Esta vez fue Lya la que se adelantó:

—Entonces el príncipe desafía a Turandot a que sea ella quien averigüe su verdadero nombre. Y como la princesa no fue capaz, ordenó que nadie durmiera en Pekín hasta que se descubriera el verdadero nombre de aquel tipo —replicó la mujer sin quitarle la vista de encima a Felipe, quien apretó los labios hasta convertirlos en una delgada y furiosa línea blanca.

Pablo se puso de pie y dio un par de pasos alrededor de la mesa del comedor. “Piensa, piensa”, se dijo. “¿Qué diría Hércules Poirot, el famoso detective creado por Agatha Christie, en una situación como ésta? Sin duda opinaría que es un trabajo para las células grises. Y agregaría, además, que la verdad siempre está oculta en los detalles. ¡Siempre!”

—Exacto. Turandot habla sobre lanzar enigmas y ocultar verdaderas identidades... ¡Ahí está la explicación al caso del enigma del Cerro Panteón! ¿No lo entienden?

Como ninguno de los aludidos se atrevió a confesar que no comprendían lo que el muchacho intentaba explicarles, guardaron silencio en espera de que una nueva aclaración de Pablo los sacara de su ceguera. Sin embargo, y para sorpresa de todos, un estridente grito cortó el silencio de la noche y atravesó el comedor erizándoles los cabellos.

—¡En las habitaciones! —exclamó Urrejola, saltando fuera de la silla.

Los cuatro entraron a tropezones al corredor principal del Hotel Barlovento en el momento preciso en que un nuevo clamor los orientó con mayor precisión.

—¡Auxilio! —se oyó a través de una puerta.

—¡Viene del dormitorio 2! —precisó Lya con un temblor de voz.

Al entrar al cuarto de Salomé, tuvieron que encender la luz para poder ver qué había sucedido. Cuando la lámpara iluminó la habitación, pudieron ver a la mujer afebrada al cobertor de su cama, los ojos muy abiertos y una expresión de profundo terror dibujada en el rostro.

—¡Trataron de matarme! —Salomé tembló como una hoja en una tormenta—. ¡Una mujer trató de apuñalarme...!

Y se desvaneció entre el desorden de las sábanas.

El caos cundió al interior del Hotel Barlovento sin que nadie pudiera evitarlo. Por más que Pablo trató de apelar a la

cordura y a la calma de los presentes, la noticia del intento de asesinato se esparció como un reguero de pólvora por las demás alcobas.

Desde la habitación número 6 surgió la señora Maruja envuelta en una elegante bata de raso, anudada a la cintura, bajo la cual se encogió de espanto al enterarse de la vorágine reinante. Lázaro Rojas irrumpió en escena en pijama y dejó muy en claro, con una actitud destemplada y amenazante, que estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de defenderse de un ataque. Abel Pérez ofreció, con su habitual amabilidad, medicinas y vigilancia para que no volviera a suceder una cosa así. Juan Muñoz, por el contrario y a diferencia de los demás huéspedes, se quedó apartado y expectante observando todo desde el pasillo y sin atreverse a entrar a ver cómo seguía Salomé.

A pesar de lo frágil que parecía estar luego de su desmayo, la mujer no cesó en su esfuerzo por intentar levantarse de la cama.

—¡No, no! ¡Usted no se mueve de aquí! —ordenó Luchita mientras la mantenía con dificultad entre las sábanas.

—¡Necesito salir de aquí!

—Que no, le dicen... ¡Todavía está muy débil! ¡Lya! —llamó a su hija—. ¡Anda a la cocina y tráele un poquito de whisky, a ver si así le nivelamos la presión!

La aludida asintió y abandonó velozmente el lugar, dispuesta a cumplir su encargo. Salomé, sacudida por un trance casi obsesivo, continuó repitiendo una y otra vez que había despertado en mitad de la noche asustada porque creyó escuchar pasos junto a ella. Al abrir los ojos vio la

silueta de una mujer que sostenía en lo alto un cuchillo. Aterrada, gritó con toda la intensidad de sus pulmones. Al verse descubierta, la intrusa soltó el arma y corrió fuera del cuarto a toda velocidad.

—¿Y no alcanzó a ver quién era? —preguntó Luchita antes de decidir que ella también necesitaba un trago de whisky para calmar la ansiedad.

—¡No, todo estaba oscuro! ¡No puedo quedarme más en este hotel! ¡Tengo que salir de aquí! —se quejó.

En ese momento, Pablo, que seguía a un costado de la cama escuchando con toda atención el testimonio de la nueva víctima, vio un destello metálico proveniente de una esquina que llamó su atención. Al acercarse e inclinarse para ver de qué se trataba, tuvo que hacer un esfuerzo para poder contener un grito de sorpresa.

—¡Un pañuelo! ¡Que alguien me pase un pañuelo! —les urgió—. *Rush!*

Abel Pérez se acercó para ofrecerle lo que estaba pidiendo.

—¿Qué encontraste ahora, muchacho? —le preguntó el hombre con interés—. ¿Acaso tienes un as bajo la manga?

Pero Pablo no le respondió. Expectantes, todos lo vieron agacharse hacia delante y tomar algo utilizando la tela como un guante para no dejar huellas. Rescató del suelo un cuchillo de larga y delgada hoja que aún tenía manchas de sangre seca en el filo y lo exhibió frente a la sobrecogida mirada de los presentes.

—¡Ésa es el arma con la que mataron a Teodoro Biquelme?! —Felipe aventuró una hipótesis.

—Probablemente —le respondió su amigo. Y volteando hacia Salomé preguntó—. ¿Fue con esto que la amenazaron?

La mujer se llevó una mano a la boca, ahogando un quejido de angustia. Asintió sin quitarle la mirada de encima al puñal. Empujó con fuerzas las sábanas hacia sus pies.

—¡No! ¡¿Adónde cree que va?! —exclamó Luchita.

Salomé ya no estaba dispuesta a seguir obedeciendo. Descalza y vestida sólo con un delgado camisón, se lanzó fuera del cuarto rumbo al pasillo donde aún estaba Juan. Él la miró unos instantes lleno de desconcierto, asustado por la violenta determinación que vio en sus ojos trastornados.

—¡Atájela! —le gritó la dueña del hotel.

Pero Juan no se movió de su sitio. Gracias a eso, Salomé pudo seguir corriendo a grandes zancadas, llegar al *lobby* del Barlovento y abrir de un empujón las puertas de la entrada principal. Un remolino de viento y lluvia le azotó la cara y le empapó en un segundo la tela de su pijama. Sin pensar en las consecuencias, se precipitó hacia la calle. La fuerte inclinación de la acera por poco la lanzó hacia el suelo y tuvo que afirmarse en el muro para no caer. Desorientada, intentó calcular con precisión el siguiente paso a dar, pero cuando escuchó que tras ella venían los demás huéspedes para tratar de detenerla, se echó a correr hacia lo más profundo de la noche y la oscuridad. El agua que escurría desde lo alto del cerro le cubrió los tobillos. Por unos instantes la densa tormenta nubló sus sentidos. Tenía que salir de ahí. Esfumarse. Lo más lejos posible. El

estruendo del aguacero derramándose sobre su cabeza la aturdió. Salomé. ¡Salomé...! ¡¿Dónde estás?! Pero no iba a detenerse. Y ahora menos que nunca. Escuchó sus propios pies chapoteando en el peligroso torrente de la calle. Seguir hacia delante. Tenía que seguir. Escapar de todos. ¡Salomé! ¡¿Dónde estás?! Las voces le llegaban hasta las orejas lavadas por el diluvio y frágiles a causa de la distancia. La avenida Ecuador era una enorme boca que se la tragaba con cada paso que daba cerro abajo. Temblaba. Tenía miedo. Mucho miedo. Recordó sus propias palabras narrando la visión de una mujer que, con un cuchillo en alto, apareció de pronto junto a su cama. Y más miedo tuvo de lo que había sido capaz de hacer. “¡¿En qué momento me convertí en *esto*?!” se dijo antes de abrir la boca y dejar escapar un hondo lamento. La garganta se le llenó de frías gotas que cayeron directamente desde el cielo y anegaron un intento de grito que nunca consiguió llegar al exterior. ¡Salomé, vuelve aquí! ¡Es peligroso! No podía permitir que la detuvieran. Apuró su carrera. Incapaz de mantener el equilibrio, sintió cómo una de sus piernas se torcía hacia un costado a causa de un desnivel en el suelo que la penumbra y la lluvia ocultaron, y sin poder evitarlo se sintió precipitada hacia delante. Cayó de bruces en medio de la nada, el camisón estilando y adherido a su piel. Sintió un sabor amargo en la boca y comprendió de inmediato que se trataba de sangre. Un centenar de puntos de colores estalló detrás de sus párpados. ¿Eran alucinaciones o acaso se trataba de los cerros de Valparaíso iluminados como en un anfiteatro natural? La calle comenzó a desaparecer, al igual que todo lo que la rodeaba. Y antes de dejarse ir hacia ese

pozo sin fondo en que se convirtió la noche, pudo apreciar la lastimera figura de una octogenaria mujer que, vestida sólo con una desteñida bata de levantarse y con el cabello cubierto por una redecilla elástica, surgió de la nada para, desde ahí, mover los brazos por encima de su cabeza y tratar de llamar su atención. ¿Qué? ¿Iban a matarla después de todo?

Luego, la oscuridad se hizo total.

CAPÍTULO DIEZ

LO POSIBLE Y LO PROBABLE

Lo primero que despertó sus sentidos y le recordó que aún seguía respirando fue un lejano y persistente sonido. De inmediato, su atención se puso en alerta y comenzó a presionar para que el resto del cuerpo se aferrara a ese ruido, tal como un naufrago se abraza a una tabla en medio del mar. El sonsonete continuó retumbando al interior de su cabeza. ¿Qué era? ¿Acaso voces? ¿Música? ¿Lluvia dando brincos contra un techo de latas?

—¡Está abriendo los ojos!

Sí, los sonidos que poco a poco despertaban sus órganos y neuronas eran voces que quedaban haciendo eco dentro de sus oídos. Hizo el intento por abrir los ojos, pero una violenta punzada a un costado de su cabeza le dio a entender que no era una buena idea. De pronto cobró conciencia del resto de su cuerpo. Percibió lo que imaginó que era un cojín contra su espalda. Un paño frío reposaba sobre su frente. Al parecer el roce de una mano acariciaba con delicadeza su pelo.

—¿Cómo te sientes? ¿Puedes hablar?

Haciendo un enorme esfuerzo que le permitió pasar por encima del dolor, Salomé abrió los párpados. Una bocanada de luz le dilató las pupilas y la encegueció por



unos instantes. Y ahí, en medio de esa pantalla blanca que ocupó toda su visión, comenzaron a surgir las siluetas de aquellos que la rodeaban.

—¡Por fin abrió los ojos!

—¡Déjenle espacio para que respire bien!

—¡Retrocedan!

Salomé empezó a reconocer los muros de la sala del Hotel Barlovento, la lámpara de diseño que colgaba desde el altísimo techo pintado de blanco, el brillo caramelo de las maderas barnizadas con esmero. ¿Cómo había llegado hasta ahí? Una cadena de rostros conocidos se hizo ronda en torno a ella.

—¿Traigo agua oxigenada?

—No, ya no hace falta. No sangra.

—¡Busquen más hielo entonces!

Salomé continuó paseando la vista aún algo nublada por el resto de la estancia. Se detuvo en seco al darse cuenta de que un par de oscuros y fijos ojos negros le devolvieron la mirada desde la esquina opuesta. Ahí estaba otra vez ese mocoso insolente. ¿De qué país era? ¿México? No, ése era el otro. Puerto Rico. Eso, el muchacho era de Puerto Rico. ¿Por qué la observaba de ese modo? ¿Qué quería? ¿Obligarla a confesar algo que lo dejara satisfecho?

—¿Cómo se siente, señorita? —preguntó Pablo.

—Señora —corrigió Salomé aún algo aturdida.

—¿Señora? —el boricua alzó la ceja, desconcertado—. No sabía que fuera casada...

La mujer permaneció unos instantes en silencio. Trató de esconder la evidente turbación que ensombreció su mirada.

—¿Y por qué no tiene anillo matrimonial? —continuó el joven con su interrogatorio.

—Lo perdí —contestó ella mordiendo las palabras.

—Entonces sí está casada, *right?*

La señora Maruja, que estaba sentada junto a Salomé en el sillón principal de la sala, se puso de pie y exigió silencio a Pablo abriendo ambos brazos.

—¡Basta! Éste no es el minuto para hacer preguntas —ordenó—. ¿Qué no te das cuenta de que todavía está muy débil?

—Débil pero bien abrigada y segura aquí con nosotros —puntualizó Luchita—. Hay que agradecerle a la señora Violeta que nos haya ayudado a traerla hasta aquí.

La aludida, que aún goteaba agua de lluvia, asintió despacio con la cabeza mientras con una toalla se secaba parte del cabello a través de su red elástica.

—Hice lo que cualquier vecino haría —dijo Violeta, sin poder disimular un evidente orgullo en el tono de su voz.

—Y también tenemos que agradecer que la cosa no pasó a mayores —reflexionó Luchita—. Fue sólo un pequeño golpe en la frente y ya... —dijo, y señaló la herida que Salomé exhibía sobre su sien derecha.

La señora Maruja asintió desde su lugar en el sofá para reafirmar las palabras de la dueña del hotel.

—¡Exactamente! La locura que esta muchacha cometió al salir corriendo hacia la calle podría haber terminado en una nueva tragedia —agregó con cierto aire dramático—. Pero no fue así. Y como no hay nada que lamentar, propongo que regresemos a nuestras camas a seguir durmiendo.

Dicho eso, Maruja volteó la cara hacia Violeta, que continuaba secándose con la toalla. Nadie se dio cuenta, pero la observó unos instantes con infinito desprecio y molestia, profundamente incómoda de compartir el mismo espacio con esa mujer.

—Buenas noches —le espetó Maruja, con la clara intención de sacar rápido a Violeta de ahí.

La anciana le devolvió una mirada tan dura como la que estaba recibiendo, y se puso de pie con toda calma. Su cuerpo enjuto pareció aún más delgado y frágil a causa de la ropa mojada que se le pegó a la piel, y reveló un esqueleto lleno de puntas y huesos sobresalientes que sonaron como castañuelas con cada movimiento.

—¿A dónde cree que va? —la detuvo Urrejola al verla caminar llena de decisión hacia la puerta.

—A mi casa, con mis gatos —sentenció Violeta, hosca.

—Usted no va a salir de aquí.

La aludida apretó la mandíbula para mantener a raya su irritable temperamento.

—No puede impedir que vuelva a mi hogar —masculló.

—Señora, es mi obligación mantenerlos a salvo —le explicó el teniente—. Aunque no lo quiera, usted va a pasar lo que queda de noche en el hotel.

—¡Pero si yo subí hasta acá y no me pasó nada, y eso que venía afirmándola a ella! —exclamó al señalar a Salomé que aún reposaba en el sofá.

—Usted sabe muy bien que no es lo mismo subir que bajar el cerro. No discuta más —la cortó—. De aquí no se mueve.

—¡Pero ya no hay espacio para más personas! —se quejó Maruja—. ¿En dónde la va a hacer dormir? ¿En el suelo?

—Donde caben dos, caben tres. ¡Y a veces hasta cuatro! —intervino Luchita, que se puso de pie. Acto seguido ofreció café para entibiar el cuerpo y calmar los ánimos.

Pablo aprovechó el momento y salió hacia el pasillo. Estaba seguro de que ninguna de las dos se había dado cuenta de su interés, pero él había presenciado, sin perderse detalles, el duelo de miradas entre Maruja y Violeta. A pesar de que ambas intentaron disimular los verdaderos motivos, era obvio que algo más profundo se escondía bajo las palabras que cada una se dedicó.

Desde uno de los extremos del corredor, el boricua se quedó observando la sucesión de puertas frente a frente, cada una marcada con un número.

¿Por dónde había entrado la mujer que atacó a Salomé en su habitación? ¿Por la puerta principal del hotel? ¿Por la ventana del cuarto de María González? Repasó con atención los tablonés del suelo: estaban completamente secos, y sin huella alguna de zapatos. El barro formaba una gruesa capa tanto en la calle como en el patio interior que separaba el hotel de la casa de Riquelme y, por lo mismo, la supuesta mujer que ingresó al Barlovento dispuesta a matar a Salomé tendría que haber dejado sus pisadas estampadas en el piso en caso de haber ingresado desde el exterior. Pero por más que buscó, Pablo no encontró rastro alguno en el pasillo que delatara una presencia ajena a los huéspedes, ni frente a la puerta cerrada del cuarto número 2.

¿Qué quería decir eso? ¿Que fue una de las mujeres que se alojaban entre esos muros la que empuñó el cuchillo que aún conservaba huellas de la sangre seca de Teodoro Riquelme? Si la respuesta era afirmativa, entonces no eran muchas las posibles culpables: la señora Maruja, Luchita y su hija Lya.

¿Entonces una de ellas había dado muerte al vecino?

Pero él estaba junto a Lya cuando escucharon el desgarrador grito de Salomé. ¿Era suficiente eso como coartada? Una vez más, la hipótesis de que Luchita y su hija eran cómplices, y que entre las dos se cuidaban las espaldas y pretendían desviar la atención sobre ellas, se instaló al interior de su cabeza. Y se vio forzado a reconocer que las dos iban rápidamente a encabezar el listado mental de posibles autores del crimen.

Sacudió la cabeza. No era el minuto para sumergirse en esas reflexiones.

Entonces, el ojinegro quiso dar un nuevo vistazo para asegurarse de que nadie había entrado al hotel a través de la ventana del cuarto de María González. Aprovechó que todos seguían en la sala, discutiendo y acompañando a Salomé, que intentaba recuperarse luego del tropezón que la derribó al suelo, para avanzar velozmente hacia el cuarto marcado con el número 6. Comprobó que no había nadie más en el pasillo y sin hacer ruido abrió la puerta.

Iba a entrar cuando tuvo la sensación de que un par de ojos lo observaban desde el otro extremo. Volteó, nervioso, dispuesto a inventar cualquier excusa para justificar por qué estaba entrando a una habitación que no era la suya, pero se sorprendió al encontrarse totalmente solo.

“La falta de sueño me está empezando a pasar la cuenta”, se dijo. “Estoy viendo y oyendo cosas que no existen”, concluyó.

De pronto, una mano de nudosas articulaciones se posó en uno de sus hombros. Pablo dio un asustado respingo al tiempo que giraba para descubrir a Violeta pegada a él. Su rostro, cruzado de profundas arrugas, lucía aún más fantasmagórico a causa de la cercanía y la mortecina luz del corredor.

—No confíen en esa mujer —murmuró, y Pablo supo de inmediato que se refería a la señora Maruja—. No es una buena persona.

El muchacho iba a pedirle que le explicara con lujo de detalles su comentario, pero la anciana continuó hablando sin necesidad de presión.

—Ella estuvo aquí en el Cerro Panteón hace un par de semanas. Como todos los turistas, confundió mi casa con este hotel... ¡No entiendo por qué nadie es capaz de darse cuenta de que un 17 no se parece en nada a un 77! —se quejó, furiosa—. Al darse cuenta de su error decidió quedarse abajo y no subir hasta acá. ¡Es obvio que ella no tiene la misma condición física que yo! —se vanaglorió.

“María González no pudo haber matado a Teodoro Riquelme”, reflexionó Pablo. “Es obvio que su musculatura no le permite trepar una calle empinada, ni saltar a través de una ventana ni hundir con fuerza un cuchillo en la espalda de una persona.”

—Entonces comenzó a hacerme preguntas —masculló la señora Violeta, pegándose aún más al ojinegro—.

Quería saber todo sobre —hizo una pausa, bajando la mirada—... sobre don Teodoro, que en paz descanse.

Pablo se estremeció al escuchar a la anciana. ¡Eso sí que era una novedad! ¿Qué hacía María González en el Cerro Panteón interrogando a los vecinos de la calle Ecuador sobre Teodoro Riquelme, un par de semanas previas a su asesinato?

—Me preguntó por su trabajo —continuó Violeta como si pudiera leer la mente del muchacho—, sus inversiones, incluso por sus horarios. Quería que le dijera si salía mucho de su casa, si tenía amigos o familiares.

—¿Y usted qué le contestó?

—Nada. Nunca me ha gustado la gente que hace preguntas —dijo la anciana con orgullo.

—¿Y por qué me cuenta todo esto? —quiso saber.

Violeta tardó unos segundos en responder. Sus ojos, de un color indefinido, que dependiendo de la luz podían parecer verdes o cafés, refulgieron al decir:

—Porque vi cómo nos observabas a ella y a mí allá en la sala. Y también sé que estás de mi lado —puntualizó—. A mi edad, una ya ha aprendido a leer las intenciones de la gente. ¿O me equivoco?

Pablo negó con la cabeza, impresionado por la agudeza de la mujer que tenía enfrente. ¡Qué distinta se veía ahora con respecto a la primera vez que se encontró con ella, en la puerta de su vetusta casa, el día de su llegada a Valparaíso!

—Yo no sé qué se trae entre manos esa señora —retomó la plática—. Pero me pareció muy extraño que alguien como ella estuviera haciendo preguntas sobre don

Teodoro. ¡Y mucho más raro fue que después tomara el celular y llamara a alguien para contarle todo!

—¿Y no sabe con quién habló?

—No. Ni idea. Yo me metí a mi casa y le cerré la puerta en las narices. Francamente, prefiero estar con mis gatos antes que con gente como ella.

Violeta se acercó aún más a Pablo, hundiéndole sus delgados dedos en el antebrazo.

—Cuando en un rato descubran que no estoy en este hotel, no te preocupes por mí. A esa hora voy a estar tranquilamente en mi cama —le dijo—. No me voy a quedar aquí. ¡Así me tenga que escapar por una ventana, no voy a dormir bajo el mismo techo que esa mujer! No me da confianza.

Soltó al boricua y se alejó un par de pasos hacia la salida. Sin embargo, se detuvo a poco andar. Desde su lugar se quedó observando a Pablo, con una expresión que se parecía demasiado a la súplica reflejada en sus pupilas.

—Haz algo —rogó en un susurro—. Gente como ella no puede seguir ganando. ¡Por favor haz algo!

Y luego de asentir con la cabeza, desapareció tragada por un manchón de sombras al final del corredor.

* * *

Pablo ingresó al cuarto de la señora Maruja con las ideas completamente alborotadas a causa de las palabras de Violeta. Por más que intentó, no pudo aplacar las voces

que se apoderaron de su mente. ¿Era María González la autora del crimen de Teodoro Riquelme? ¿Cuánto de verdad había en las palabras de Violeta?, quien, a pesar de su apariencia y sus dramáticos aspavientos, se adivinaba una persona confiable.

El boricua comenzó a sentir la falta de sueño en el cuerpo. Los ojos le ardían y una sensación de malestar general se apoderó de cada uno de sus músculos. Se apoyó entonces contra la puerta cerrada y desde ahí observó el interior del dormitorio. La cama estaba revuelta, señal de que la anciana dormía cuando el grito de Salomé interrumpió la paz del hotel. En la mesita de noche vio el manoseado ejemplar de la Biblia, el rosario de nácar con el que de seguro la mujer oraba antes de cerrar los ojos y el frasco de somníferos.

Con un par de zancadas se acercó a la ventana y revisó que estuviera bien cerrada. En efecto, el seguro estaba pasado y no había ninguna huella que delatara que había sido abierta en el corto plazo. El marco estaba seco por dentro, contundente prueba para que Pablo corroborara su primera impresión: nadie había ingresado al Barlovento desde el exterior. La mujer que atacó a Salomé, y que probablemente asesinó también a Teodoro Riquelme, estaba durmiendo junto a todos ellos bajo el mismo techo.

“¿Quién?”, se dijo una vez más. “¿Maruja, como insinuó la señora Violeta?”

Un incómodo presentimiento se le instaló en la boca del estómago. “Un momento”, pensó. “No puedo olvidar todas las imputaciones que he ido recolectando contra Luchita. Son muchísimas y todas muy contundentes.

Además, de ser ella la culpable, cuenta con una fiel aliada y cómplice: su hija Lya.”

A partir de ese instante, no consiguió alejar de su mente el rostro de la hija de la dueña del hotel. Recordó que Lya era una ferviente lectora de novelas policiales. La sorprendió con un libro de Agatha Christie el mismo día que puso un pie en el Barlovento. Por lo tanto, ella estaba capacitada para inventar coartadas que sonaran contundentes y reales. Conocía la mente de los asesinos. Gracias a la lectura, podía pensar como ellos.

Y tal vez no sólo pensar como un asesino.

Además, Lya había ingresado con gran habilidad y pericia a la casa del vecino a través de la ventana. En cosa de segundos saltó desde el exterior hacia la sala, sin que la altura representara un problema para ella. Y no sólo eso: dando muestras de un agudo sentido de observación, fue la única que vio el papel quemado en una esquina del salón de Riquelme.

“A lo mejor lo vio porque ella lo puso ahí... a propósito”, se espantó Pablo de sus propios pensamientos.

Y para completar el cuadro, fue ella quien descifró el contenido del supuesto anónimo, a pesar de que muy pocas letras del apellido “Ochagavía” resultaron legibles.

Pablo se pasó la mano por la cara, aturdido. ¿Acaso era posible que...? Suspendió la pregunta al interior de su mente. La sola idea le producía un escalofrío de impresión.

Sin poder evitarlo, al instante recordó que Lya fue quien le sirvió la taza de té de manzanilla a Urrejola, la misma noche del crimen. Como además, y a petición de su madre, se encargaba de avisarles personalmente a todos

los huéspedes que la cena estaba servida, tenía directo acceso a cada una de las seis habitaciones del hotel. No representaba un procedimiento muy difícil para ella sacar, sin que nadie la viera, un par de somníferos de la señora Maruja para luego disolverlos en la infusión del teniente.

Con horror comprendió que las piezas del puzzle comenzaban, por fin, a encajar.

Si todo lo anterior era cierto, entonces ahora tenía sentido que Lya les hubiera pedido que no le contaran nada a Luchita sobre el hecho de que la sorprendieron en el Cementerio de Disidentes espiando a Juan Muñoz. Pero quizá no estaba ahí para seguirle los pasos al tipo. A lo mejor estaba comprobando con sus propios ojos que Riquelme sí fue capaz de cumplir su promesa de abrir una autopista en mitad del camposanto, y que para eso no tenía más remedio que reducir a escombros el majestuoso mausoleo de los Ochagavía. Tal vez acudió al cementerio para asegurarse de que había llegado la hora de empuñar un arma en contra del causante de tanto dolor.

¿Qué relación tenía Lya con la familia Ochagavía? ¿Acaso ella estaba vengándolos por el violento ultraje al que habían sido sometidos por su propio vecino?

Sólo le faltaba corroborar un pequeño detalle para dar por cerrada la investigación: no recordaba si la mujer era diestra o zurda. No podía olvidar que una de las puñaladas que le causaron la muerte a Riquelme fue dada por una mano izquierda, y que ella misma había señalado ese detalle. ¿Había sido un grave error destacar ese hecho, o tal vez estaba tratando de desviar la atención sobre su persona?

¿Entonces era un hecho que sus células grises, como diría Hércules Poirot, ya habían llegado a un veredicto? ¿El caso del Cerro Panteón ya tenía un culpable identificado?

¿Lya? ¿Lya?!

De pronto escuchó un par de pasos al otro lado de la puerta. Con espanto vio que el pomo de la manilla comenzó a girar. No alcanzó a esconderse cuando el recién llegado ya estaba entrando a la habitación. Iba a desahacerse en explicaciones frente a la señora Maruja, pero las suspendió de golpe al descubrir con desconcierto que no se trataba de la anciana que regresaba a su cuarto a seguir durmiendo.

Era Lya Guerrero que, con una ceja en alto, se quedó mirándolo desde el umbral.

—¿Qué haces aquí? —preguntó la mujer con un tono de voz mucho más grave que de costumbre.

Como Pablo no respondió, ella frunció aún más el ceño.

—Viniste a asegurarte de que la ventana estuviera bien cerrada, para corroborar que nadie entró al hotel desde el exterior, ¿verdad? —lo encaró—. Y estoy segura de que nadie entró por ahí, porque no veo huellas de barro en el suelo. ¿Sabes lo que eso significa?

—Yes... Claro que lo sé.

—Significa que la mujer que Salomé dice que intentó atacarla... tiene que ser una de nosotras —murmuró sin quitarle los ojos de encima—. Y las alternativas no son muchas... O la culpable es mi madre...

—O la señora Maruja... —continuó Pablo.

—O yo —remató Lya—. Pero no hay más opción.

Un espeso silencio se instaló entre los dos como un tercer cuerpo que ocupó gran parte del espacio.

—¿Y tú quién crees que es la asesina? —preguntó desafiante. Y ante el silencio del muchacho, continuó—: Si esto fuera una novela de Agatha Christie, el detective diría que el culpable siempre es la persona que se descarta en el primer momento por diversas razones. Porque es la más simpática, o la más inofensiva, o la más amable...

—Pero Poirot, en un caso como éste, echaría mano a la teoría del *doble farol* —puntualizó Pablo—. *Right?*

Lya pestañeó un par de veces, despistada y sin saber qué responder. Entusiasmado por su repentina ventaja, el ojinegro siguió hablando.

—Bueno, parece que no eres tan experta en textos policiales como pensé.

—No tanto como tú, eso es obvio. Dime una cosa, ¿por eso te gusta tanto hablar como si fueras un personaje de literatura? —se burló ella—. Todo lo que dices lo he leído antes en algún libro. ¿Acaso no tienes tus propias ideas originales?

Pablo tragó saliva y decidió pasar por alto el odioso comentario que le rechinó en las orejas y continuó adelante en su explicación. Sin embargo, juntó las cejas y endureció la mirada para que le quedara claro a su interlocutora que estaba molesto y a disgusto.

—La teoría del *doble farol* postula que la solución más obvia y correcta, a pesar de que en un primer momento parezca imposible, resulta ser a fin de cuentas la solución más improbable.

—¡Eso fue lo que yo dije! —se defendió la mujer.



CAPÍTULO ONCE

LA ORACIÓN DEL FINAL

Cuando abrieron los ojos a la mañana siguiente, los huéspedes del Barlovento descubrieron que la señora Violeta ya no estaba dentro del hotel. Todos, a excepción de Pablo, la buscaron cuarto por cuarto, en la cocina, en el comedor e incluso en la sala principal, donde Urrejola pasó la noche, arropado bajo un grueso cobertor, pero no pudieron encontrarla.

—¡Mejor así! —sentenció Maruja, sin ningún tipo de compasión en la voz—. Esa mujer no me inspiraba la más mínima confianza. ¡No me sentía segura con ella durmiendo bajo el mismo techo!

—Era mi responsabilidad —se lamentó el teniente—... ¡Yo tendría que haberme quedado despierto para evitar que saliera de la casa!

—¿Y es posible que esa anciana haya sido la que intentó atacar a Salomé con un cuchillo? —se aventuró a preguntar Juan Muñoz.

Nadie contestó de inmediato. Todos cruzaron una mirada cargada de intención, como buscando en el otro la respuesta que necesitaban.

—Es una posibilidad —dijo Lázaro, peinando su bigote con un par de dedos—. Es obvio que esa mujer posee

—No. Eso no fue lo que tú dijiste. Hay una diferencia enorme entre descartar a un culpable y eliminar de plano una solución porque *parece* imposible.

Como la expresión de Lya seguía revelando que no era capaz de seguir el hilo de las palabras de Pablo, él persistió en su esclarecimiento:

—*Let's see*. ¿Cómo lo explico? Es posible que un avión caiga sobre este hotel, ¿verdad?

—¡No, no es posible! —reclamó.

—Sí, claro que lo es. Es totalmente posible, de hecho. La ley de la gravedad no opone ninguna resistencia a que suceda algo así. Lo que tú quieres decir es que no es probable que ocurra. *In fact*, es muy poco probable que un avión se desplome sobre este cerro. ¿Entiendes ahora?

Pablo se acercó poco a poco a Lya, que permaneció inmóvil junto a la puerta.

—En un caso como éste, Hércules Poirot diría que la solución al enigma está en la diferencia entre lo *posible* y lo *probable* —aclaró el muchacho—. ¿Cuán posible es que ocurra lo que ocurrió dentro de este hotel? ¿Cuán probable es que se hayan dado todas las variables y coincidencias que se debieron dar para que haya muerto Teodoro Riquelme?

—¿Me estás culpando a mí de la muerte de ese tipo? —se atrevió a decir la hija de Luchita—. ¿Es eso? ¿Tú crees que yo soy la asesina?

Por toda respuesta, Pablo tomó el frasco de pastillas de la mesa de noche de Maruja y, con un rápido movimiento, lo lanzó hacia Lya sin decir una sola palabra. Sorprendida por el inesperado gesto, ella reaccionó velozmente y lo

atrapó en pleno vuelo con la mano derecha mucho antes de que tocara el suelo.

—Lo siento, pero no soy zurda —le dijo endureciendo la mirada—. No soy tu asesina.

En ese momento, los relojes marcaron las cinco de la madrugada.



muy mal carácter y que es capaz de llegar hasta las últimas consecuencias.

—¡Y además tiene mucha fuerza! —exclamó Salomé, con las huellas del golpe aún marcadas en su frente—. Cuando me caí, me levantó casi en vilo desde el suelo.

—O sea que perfectamente ella pudo matar al vecino —concluyó Abel Pérez, quien por un momento abandonó su habitual sonrisa—. ¡Y tan inocente que se veía...!

Desde una esquina del comedor, donde todos desayunaban, Pablo los observó uno a uno en silencio. Por más que hacía esfuerzos, el hecho de haber pasado una nueva noche en vela ya comenzaba a provocar estragos en su sistema. *Nessun Dorma*. ¡Qué nadie duerma!, como exclamó la princesa Turandot en la milenaria Pekín. Al parecer, lo que había comenzado como una lección sobre ópera y Puccini, se convirtió en una suerte de premonición: desde que María González les contó sobre esa aria en particular, no había vuelto a pegar un ojo.

Luego de su enfrentamiento la noche anterior con Lya Guerrero, y la tensa discusión que tuvieron, el boricua se encerró en su habitación. Aprovechando que todos seguían en la sala, se entretuvo navegando en internet sin que nadie le hiciera preguntas. Escribió en el buscador de Google: "familia Ochagavía / Jesús / negocios" y de inmediato un centenar de *links* se desplegó en la pantalla del computador. Hubo uno que llamó especialmente su atención:

Socio de Jesús Ochagavía podría pagar con doce años de cárcel por estafa.

Veloz, oprimió la liga que lo llevó en un segundo a la página de un periódico chileno, fechada hacía más de siete años. Leyó sin pausa alguna:

Un tribunal de sentencia se hará cargo del fallo contra Miguel Hurtado, acusado de sustraer y apropiarse de más de cuatro millones de dólares en perjuicio de su socio, Jesús Ochagavía, empresario de la zona.

Pablo tomó su libreta y anotó lo que consideró más importante: por fin sabía el nombre del socio del patriarca de la familia. Miguel Hurtado. Se imaginó que con esa información le sería ahora más fácil continuar con su pesquisa. Siguió paseando sus ojos por cada renglón de la crónica periodística.

Las autoridades detallaron que Hurtado logró devengar su estafa a lo largo de los últimos años, hasta que varios movimientos bancarios que no supo explicar alertaron a Ochagavía, quien, hasta este momento, aún no se decide a presentar cargos.

Esa sí que era una sorpresa: su propio socio había estafado a Jesús Ochagavía. ¿Habría terminado por acusar y encarcelar a Hurtado o, por el contrario, decidió darle una nueva oportunidad y retirar la demanda contra su hombre de confianza? Por más que continuó buscando en la red, no consiguió encontrar algún nuevo antecedente sobre el caso.

Vencido, Pablo decidió visitar una vez más la página del registro civil de Chile para repasar el listado de los

apellidos más comunes del país. En ese momento, Felipe regresó al cuarto, la boca abierta en un poderoso y definitivo bostezo.

—*Rush*, pásame mi libreta de anotaciones —le pidió lleno de urgencia.

—¿Qué pasa, Sherlock?

—¡Mi libreta! —lo urgió.

Su amigo le entregó el cuaderno mientras regresaba a su cama, para intentar seguir durmiendo. Se acomodó los audífonos en ambas orejas, seleccionó en iTunes algún tema que no le espantara el sueño, y apretó *play*. Antes de caer en un profundo sueño, lo último que Felipe vio fue a Pablo sumergido en su *laptop* transcribiendo con evidente interés algo del monitor de la computadora a una nueva página en blanco.

* * *

El regreso de la luz a las ventanas del Hotel Barlovento sorprendió al boricua repasando una y otra vez lo que pensaba decirles a todos los presentes. En su mente, palabras como *posible*, *probable* y *venganza* se repetían sin descanso, en un afán por buscar el mejor acomodo para ellas dentro de las oraciones que construía.

Y ahora, mientras los veía desayunar arremolinados en torno a la mesa, supo que el momento de hablar había llegado.

—¿Y nadie va a bendecir los alimentos? —preguntó el muchacho de golpe, y los dejó a todos en absoluto silencio—. ¿Acaso nadie piensa agradecer el hecho de que la tormenta ya está pasando?

—Eso es cierto —comentó Urrejola descorriendo la cortina y mirando hacia el exterior—. El cielo está comenzando a abrirse. Es muy probable que levanten la emergencia dentro de las próximas horas.

La señora Maruja rompió en emocionados aplausos y se persignó.

—¡Esto es un milagro! Por fin vamos a poder salir de aquí —exclamó con alivio—. ¡Gracias, Padre nuestro!

—¿Sí? ¿Ya piensa abandonarnos? —la encaró Pablo y le clavó sus intensos ojos negros—. ¿Y por qué no nos cuenta, antes de irse, qué vino a hacer realmente a este hotel?

La anciana devolvió al platillo la tostada que pensaba morder, y se limpió las comisuras con un lento y estudiado gesto.

—No sé a qué te refieres —dijo.

—Me parece tan poco *probable* que una mujer como usted se haya molestado en hacer reservaciones en un hotel como éste —le lanzó—. Por eso me gustaría saber de su propia boca la verdad sobre su estadía.

“Excelente”, pensó Felipe, que raspaba un plato en busca de la última porción de unos huevos revueltos. “Por lo visto Sherlock ya resolvió el caso del Cerro Panteón y va a darnos sus razones y motivos antes de revelar al culpable.”

El gordo se acomodó en la silla y sacó el iPhone de su bolsillo. Con un disimulado gesto le hizo saber a su

amigo que lo tenía a mano, y conectado a internet, para cualquier eventualidad que surgiera o información que necesitaran consultar. "Aprende", dijo en silencio mirando a Lya, que no le quitaba la vista de encima a Pablo. "Así es como se comporta un verdadero ayudante de detective. ¡Siempre voy un paso adelante!"

—No sé de qué verdad hablas, mocoso. Pero sí sé que no me gusta tu tono de voz —se quejó Maruja.

—*Well*, entonces me tocará a mí contarle todo.

—¿Contar qué?! —Maruja pareció perder la paciencia—. ¡Yo no pienso seguir perdiendo el tiempo escuchando tonteras!

Ante el amago que hizo la mujer por ponerse de pie y abandonar la cabecera de la mesa, el muchacho se levantó primero y alzó una mano por encima de su cabeza.

—¿Qué vino a averiguar sobre Teodoro Riquelme hace un par de semanas a Cerró Panteón, señora? —disparó.

Maruja abrió la boca en un gesto reflejo, pero prefirió permanecer en silencio. Sus ojos se convirtieron en dos armas mortales que apuntaron sin piedad hacia Pablo.

—Al igual que la gran mayoría de los turistas que buscan este hotel, al llegar al comienzo de la calle Ecuador usted confundió el número 77 por el 17 y, sin quererlo, golpeó en casa de la señora Violeta. La misma que usted trató de impedir a toda costa que permaneciera anoche con nosotros —puntualizó.

La aludida volvió a sentarse y se aferró a la mesa, como si tuviera miedo de perder el equilibrio y caerse hacia un costado. Por primera vez el boricua adivinó una sombra de temor en sus pupilas.

—¿Y? ¿No va a decir nada? ¿No quiere contarnos por qué estaba tan interesada en saber todos los detalles sobre la vida de la víctima? —la presionó.

—¡Que alguien le calle la boca a este insolente! —rugió.

—¿No piensa confesar que anoche estaba muerta de miedo de que la señora Violeta tuviera la mala ocurrencia de confesar, en mitad de alguna conversación, que usted la había interrogado hace un par de semanas sobre Riquelme? —insistió.

La mujer apretó los puños y volteó hacia los demás en un claro intento de conseguir apoyo. Pero nadie abrió la boca. Todos permanecieron en el más total de los silencios, expectantes del devenir de la situación. Luchita, que acababa de entrar desde la cocina con una nueva ronda de pan tostado y café recién colado se quedó a mitad de camino entre el umbral y la mesa, pálida y sorprendida ante lo que escuchaba.

—¿Es cierto? —preguntó la dueña del hotel con el alma en un hilo—. ¿Es cierto lo que este muchachito está diciendo?

María González apretó la boca hasta evaporar el color rojo de sus labios. Era un hecho: no iba a hablar.

—¡Claro que es verdad! —exclamó Pablo retomando la conversación—. ¿O acaso a ustedes no les llamó la atención que la señora Maruja nos pidiera cambiar el cuarto el mismo día que llegamos? Éramos nosotros los que teníamos la habitación con acceso directo hacia la casa de Teodoro Riquelme.

El ojinegro volteó hacia Felipe, interrogándolo con la mirada.

—¿Recuerdas sus palabras? —le preguntó.

—¡Claro que sí, Sherlock! —contestó su amigo con una sonrisa de triunfo. Carraspeó y recitó de memoria—. “¿No les importaría que cambiáramos de cuarto? El mía da hacia la calle, y anoche, aunque me tomé un par de somníferos, me costó mucho dormirme por el ruido de los autos y la gente que circula por la calle. Ustedes son dos muchachos y estoy segura de que les será más fácil conciliar el sueño.”

Lya asintió, apoyando lo que el gordo acababa de decir.

—Eso es totalmente cierto —dijo la hija de Luchita—. Yo también estaba ahí. Buena memoria, te felicito —lo celebró.

Felipe agradeció el cumplido con un solemne movimiento de cabeza.

—Siempre me llamó la atención que una persona que confesaba tomar sedantes se preocupara tanto del ruido exterior. Cuando alguien se induce el descanso de esa manera, no escucha nada de lo que lo rodea —continuó Pablo—. Además, *please*, seamos honestos..., ¿qué autos y ruidos se escuchan en esta calle?

—¡Ninguno! —sentenció Luchita, dejando la bandeja con los panes sobre la mesa—. Ésta debe ser la avenida más tranquila de Valparaíso. A esta parte del cerro no viene nadie... ¡Por eso los turistas eligen mi hotel para venir a descansar!

Maruja hundió aún más el cuello entre sus hombros. Su rostro se había deformado por completo ante la arremetida de evidencia que iba paso a paso desplegando frente a ellos el joven.

—Pero la señora Maruja no vino a descansar. Vino a otra cosa —pronunció el boricua, mordiéndose sílaba a sílaba las palabras—. ¿Lo dice usted... o lo digo yo? —la amenazó.

—¡Yo no maté a ese anciano! —gritó de pronto la anciana, fuera de sí.

—Es cierto, yo sé que usted no enterró el cuchillo en la espalda de la víctima. Pero eso no la hace menos asesina —dijo Pablo, y provocó que Lázaro Rojas diera un brusco golpe en la mesa con la mano izquierda.

—¡¿Qué locura es ésta?! —bufó—. Pensé que eras un mocosito sensato luego de nuestra conversación. ¡Pero veo que me equivoqué! —Lázaro se acercó al boricua, lleno de ira contenida y le espetó—: ¡¿Quién te autorizó para hablarnos así?!

—¿*Hablarnos*? —lo confrontó el muchacho—. Yo a usted no le he dirigido la palabra.

El bigote de Lázaro se frunció en un apretado nudo sobre su labio superior. Toda su agresividad inicial quedó reducida a un tembloroso rictus que dejó en evidencia su verdadero estado de ánimo.

—¿Por qué no nos cuenta, señor Rojas, cuál es su relación con la señora María González? —lo provocó sin perder el aplomo—. Como se imaginará, no creo en coincidencias. Y es muy poco probable que dos personas como ustedes se juntaran por casualidad aquí, en la cima del Cerro Panteón.

El hombre negó con la cabeza y bajó la vista hacia el mantel. Por lo visto, nadie pensaba colaborar con el planteamiento de Pablo. El joven se subió de hombros y chasqueó la lengua dentro de la boca.

—*Well*, parece que tendré que seguir hablando solo. No importa. Estaba preparado para eso... ¿Felipe? —pidió.

—¡Aquí estoy! —reaccionó su compañero.

—Mi libreta de anotaciones, *please*.

El gordo le extendió el cuaderno. Con toda la calma del mundo, el ojinegro buscó una de las páginas en particular mientras paseaba la vista por su concurrencia. Le impresionó lo desencajado que se veía Abel Pérez. Ya no quedaba ni la sombra de su permanente y falsa sonrisa.

—Anoche, como tampoco pude dormir, estuve haciendo algo de *research* en internet —dijo—. Navegué por distintos *websites*. Leí un par de noticias viejas, todas relacionadas con los Ochagavía. ¿Los conocen? Una familia muy interesante, *by the way*.

—Yo no quiero escuchar una sola palabra más —lo intimidó Maruja señalándolo con la punta de la uña de su dedo índice—. ¡No te atrevas a seguir hablando!

Pero el muchacho hizo caso omiso de la advertencia y continuó con su relato.

—¿Ustedes saben que el registro civil de Chile tiene una página muy interesante, con datos y curiosidades realmente valiosos? —puntualizó—. De hecho, ahí aprendí que en el último listado de sus archivos, fechado en febrero de 2011, se señala que en toda su historia se han inscrito 8,208,975 personas con el apellido paterno González, y eso lo convierte en el apellido más común de Chile.

—Así es que los González son los más numerosos en el país —se sorprendió Luchita, realmente interesada—. Mira tú, quién lo iba a decir.

—¿Y quiere saber cuál es el segundo apellido más popular? —la desafió Pablo—. En el segundo lugar del *ranking* se ubican los Muñoz, con 6,416,711 inscripciones —detalló, según lo que leyó en su libreta.

Luchita giró hacia Juan y abrió con sorpresa los ojos.

—Qué curioso. Y justo tenemos aquí dos huéspedes con esos mismos apellidos. ¡Qué chico es el mundo! —exclamó la mujer.

—¿Dos? Se equivoca —la corrigió el boricua—. El tercer apellido más numeroso del país es Díaz. Y le recuerdo que Salomé Díaz duerme en uno de los cuartos de su hotel, junto a María González y Juan Muñoz.

Lya frunció el ceño, atónita.

—Eso ya no puede ser coincidencia —murmuró.

—*And now*, ¿qué pensarían si les cuento que el cuarto y quinto apellidos más populares de Chile son Rojas y Pérez, respectivamente?

Se produjo un nuevo silencio, el cual Luchita aprovechó para repasar a toda velocidad el listado de visitantes en su hotel.

—A ver... María González, Juan Muñoz, Salomé Díaz —enumeró—. Lázaro Rojas... y Abel Pérez. ¡Impresionante!

—Es posible que por pura casualidad se junten en un mismo lugar los cinco primeros apellidos más comunes de Chile. Sí, es posible —asintió Pablo retomando el hilo de su narración—. Pero estarán de acuerdo en que es muy poco probable que algo así ocurra..., como todo lo que ha estado sucediendo aquí en el Hotel Barlovento. ¡Cada situación que hemos vivido desafía las leyes de las probabilidades! Y no sólo eso...

Hizo una pausa para dejar sobre la mesa un viejo em-
paste que la señora Maruja reconoció de inmediato.

—¡Oye, ésa es mi Biblia! —reclamó.

—Tome, se la devuelvo. La saqué sólo por unos mo-
mentos, no se preocupe. No tengo intenciones de que-
darme con ella —le contestó el muchacho—. Necesitaba
hacer un ejercicio de investigación.

La anciana se la arrebató de entre las manos y se aferró
a ella, protegiéndola contra su pecho.

—¿Recuerdan cuál era el nombre de la madre de
Jesús? —preguntó.

—¡María! —respondió Maruja de inmediato—. ¿Quién
podría no saber eso?

—¿Y cómo se llamaba uno de los discípulos más desta-
cados de Jesús, a quien llamaban también “El Evangelista”?

—Juan —esta vez Maruja comprendió que no era
una buena idea seguir entregando toda la información.

—Exacto. Juan. ¿Y quién era Salomé? —la enfren-
tó—. En la Biblia hay páginas y páginas sobre ella. Lo
mismo que Abel, el hijo de Adán y Eva. O Lázaro, que
después de varios días fue resucitado por Jesús luego que le
dijera “levántate y anda”. ¡Todos ellos son personajes im-
portantes de la Biblia!

Luchita decidió tomar asiento, abrumada por tanta
información.

—Ya no entiendo nada —balbuceó—. ¿Todos los
nombres de los que están sentados alrededor de esta mesa
aparecen en la Biblia?

—Yes. Todos. Qué casualidad, ¿no? ¿Acaso nadie más
aparte de mí se había dado cuenta?

Como anticipó, ninguno de los presentes fue capaz
de responder. Parecían estar al acecho, los músculos tensos
y preparados para cualquier eventualidad.

—¿Y quiere escuchar otra casualidad, señora Luchita?
Que todos los huéspedes que están aquí son chilenos, cosa
curiosa también. Estará de acuerdo conmigo en que es
muy poco probable que se junten sólo visitantes chilenos
en un hotel que en su mayoría se ofrece para extranjeros y
que nunca se llena a capacidad en esta época del año.

—¡Es cierto! —afirmó la mujer con la cabeza—.
¿Cómo no me había dado cuenta de eso?

—Porque en un primer momento uno siempre des-
carta la solución correcta por obvia —intervino Lya, com-
prendiendo de golpe lo que estaba sucediendo.

—Exacto. Además, yo no creo en casualidades ni
coincidencias —dijo Pablo—. Y mucho menos cuando
son tantas... y tan evidentes.

El boricua detuvo su discurso para gozar por unos
instantes el impacto que estaba causando en la audiencia.
La tensión al interior del Barlovento era tan real como el
frágil rayo de sol que se coló a través de las cortinas en-
treabiertas. Había dejado de llover. Por lo visto todo esta-
ba llegando a su final, incluso la tempestad.

—Felipe, ¿podrías repetir las palabras que le escucha-
mos decir a Salomé desde el pasillo, sin que ella supiera
que estábamos oyéndola? —solicitó.

Su amigo asintió con la cabeza y cerró los ojos, para
recordar mejor.

—Ahorita mismo —declaró—. “Claro que no me
hace ninguna gracia la noticia. ¿A quién se le ocurre venir

a meterse precisamente a este hotel, y en pleno invierno?!
¿No te das cuenta de que es un grave problema?!”

Salomé volteó horrorizada hacia Juan Muñoz, quien también se demudó al recordar su conversación, un par de días atrás.

—Sí, claro que era un grave problema que dos inesperados huéspedes aparecieran a última hora en un hotel que ustedes creían sólo para ustedes —admitió—. . . A veces lo que es muy poco probable . . . se hace posible. ¡Así es la vida!

Maruja se levantó a tropezones y de manera muy inestable. Sus manos temblaban y había perdido por completo el rubor de sus mejillas. Un rictus de profundo dolor se adueñó de sus facciones, y la convirtió en una mujer diferente a la que hasta hace muy poco compartía con todos ellos en el comedor.

—Qué sabes tú de la vida —farfulló a punto de romper en llanto.

—Nada. Muy poco —confesó Pablo—. Sólo sé usar mis células grises. Y sé además que lo único que importa en un relato de detectives es que el culpable tiene que ser alguien obvio, aunque al mismo tiempo, por la razón que sea, uno descubra al final que no era tan obvio, que era imposible que él cometiera el crimen. Pero lo cierto es que sí lo había cometido. ¡Claro que sí!

Todos miraron al joven con una desconcertada expresión de intriga. ¿Acaso se había vuelto loco?

—En la buena literatura policial, el culpable siempre es el más evidente de todos, aunque al mismo tiempo uno lo descarta desde el comienzo porque parece imposible que lo que uno ha deducido sea verdad. Eso permite que

el asesino haya estado ahí, frente a nosotros, bajo nuestras propias narices —explicó—. Si el escritor es hábil, logró engañarnos hábilmente corriendo cortinas de humo y entreteniéndonos con detalles que pensábamos que eran importantes, pero que resultaron ser sólo pantallas que disimulaban al verdadero culpable.

Hizo un alto en sus palabras para tomar aire y revestir de dramatismo su siguiente diálogo:

—Por lo mismo, no hace falta que me siga mintiendo, señora —aconsejó a Maruja—. Sé desde el comienzo que usted es la viuda de Jesús Ochagavía.

Luchita se llevó una mano a la boca, atajando a último segundo un grito de impacto. Miró a Lya, quien también se quedó paralizada al escuchar la revelación.

—Impresionante —musitó María González entre dientes—. Aplaudo tus células grises. ¡Acabas de resolver correctamente este enigma!

* * *

—¿Por eso se le ocurrió inventar todos estos nombres falsos usando la Biblia como referencia? ¿Para hacerle un pequeño homenaje a su esposo? —quiso saber Pablo.

—Era una manera de seguir honrando su memoria —contestó la mujer, recuperando en un santiamén su dignidad perdida—. Y me pareció divertido unir uno de los nombres más populares con el apellido más numeroso de Chile. Así nació María González.

“Increíble”, se dijo Felipe con indisimulado orgullo, “me parece que Sherlock está cada día más imbatible. Yo jamás hubiera llegado a esta conclusión”.

—¿Por qué no nos presenta al resto de su familia? —le solicitó el boricua—. Será un gusto conocer a sus hijos.

Pero antes de que Maruja pudiera abrir la boca, Salomé se puso de pie y enfrentó las miradas estupefactas de Urrejola, Luchita y Lya, que seguían con infinito interés el devenir de la situación.

—Mi nombre es Ximena Ochagavía y soy la primogénita —confesó.

—Yo soy Arturo Ochagavía, el hijo menor —reveló Abel con seriedad y aplomo—. Y no me arrepiento en lo más mínimo de lo que hice.

—¡Lo que hicimos todos! —lo corrigió su madre con vehemencia—. Que no se te olvide nunca eso.

—¿Qué hicieron...? —preguntó Luchita con el corazón desbocado de temor—. ¿Qué fue lo que todos ustedes hicieron?!

—Asesinar a Teodoro Riquelme —respondió Lya—. ¿No lo entiendes, mamá? ¡Decidieron vengar en familia la atrocidad que ese tipo cometió contra ellos al profanar la tumba de su padre!

El teniente Urrejola saltó fuera de su silla, tan asustado como sobrecogido.

—Yo necesito llamar a la policía —tartamudeó.

—Aún no —suplicó Pablo—. Todavía son muchas las preguntas que no tienen respuesta —dijo, y volteó hacia Juan, que seguía inmóvil, sin siquiera pestañear—. ¿Usted no piensa presentarse?

—Es mi esposo —se adelantó la primogénita de los Ochagavía.

—Al fin, ahora entiendo la cercanía que siempre se sintió entre ustedes —intervino Felipe—, y por qué se le escapó que era casada.

—Su nombre es Ricardo —continuó hablando la mujer—, y era como un verdadero hijo para mi padre.

—Yo estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por don Jesús —expresó—. ¡Cualquier cosa! Todo lo que tengo se lo debo a él, a su generosidad y a su confianza...

—*I see*. No podía faltar un fiel y agradecido yerno en esta historia.

Con toda la seguridad y confianza que pudo conseguir, Pablo giró la cabeza hacia Lázaro Rojas, que parecía una estatua de piedra anclado en su silla, y se enfrentó a sus ojos iracundos.

—Y me imagino que usted es el socio que acompañó durante gran parte de su vida laboral a Jesús Ochagavía —aventuró.

—Exactamente —confesó a regañadientes y escondiendo las palabras tras su bigote—. Me llamo Miguel Hurtado.

Felipe anotó el verdadero nombre, junto al de los demás, en la libreta de notas del iPhone.

—Leí sobre usted en internet. Varios artículos hablaban sobre la estafa que cometió, y cómo el patriarca de los Ochagavía le perdonó su deslealtad. ¿Es cierta esa información, *míster*?

—Digamos que esta vez... los periódicos dijeron la verdad —reconoció el hombre—. Todos cometemos

errores. ¡Todos! Y yo tuve un par de traspies económicos, pero Jesús jamás me condenó por eso. ¡Todo lo contrario! ¡Su generosidad era infinita!

Pablo retrocedió unos pasos. Desde la distancia observó a los cinco miembros de la desdichada familia y por un brevísimo instante sintió lástima de ellos y sus miserias. Pero después recordó el cadáver de Riquelme, boca abajo en el suelo y apuñalado por la espalda, y de inmediato recuperó su sentido de justicia.

—Puedo suponer entonces que toda esa inverosímil historia de que una mujer irrumpió en su habitación en mitad de la noche y trató de matarla con un cuchillo es una absoluta mentira —dijo, la vista fija en la hija mayor.

La aludida asintió con la cabeza, incapaz de sostener la mirada.

—Era obvio. Me imagino que fue una maniobra de última hora para intentar desviar la atención y evitar que las sospechas cayeran sobre ustedes. Si mi intuición no me engaña, el que todos conocimos como Juan Muñoz guardó el arma asesina. Cuando yo entré a su cuarto, usted la escondió a toda velocidad entre la ropa al interior de su maleta... *Right?*

El hombre no dijo nada, otorgando con su silencio.

—Fue cosa de sacar el cuchillo de su escondite y pasárselo a su esposa, para que ella lo dejara caer al suelo en su dormitorio. Luego de eso debía simular un grito de pánico y ya..., el teatro estaba montado. Una vez más, sí, era posible que una extraña se metiera al hotel. Pero *let's face it*..., ¡era tan poco probable...! —reflexionó el

muchacho—. Tan improbable como que tres de los huéspedes, en el plazo de una hora y media, acusaran a la señora Luchita como la autora del crimen de Riquelme.

—¡¿Qué?! —lanzó un grito la aludida, llena de furia—. ¡Cobardes! ¡Culpar a una mujer inocente! ¡Y además a mí, que los he tratado como a unos verdaderos reyes!

—Y por otro lado, la suerte de ataque de pánico que todos presenciamos de Salomé..., ¿o debo decir Ximena? —precisó—, me dio también la clave de que algo estaba sucediendo. Aunque usted trató de hacernos creer que estaba asustada y temerosa por la supuesta visita de una extraña en su cuarto, cuando la verdad era que su conciencia no se resignaba a haber matado a alguien.

—Es que la culpa es cosa seria —puntualizó Luchita, golpeando con un dedo la superficie de la mesa—. ... ¡No hay peor tortura que sufrir remordimientos!

El boricua movió la cabeza de arriba abajo, en un gesto que sólo delató lo orgulloso que se sentía de sí mismo por el trabajo realizado. Luego de una pausa, Pablo giró hacia la anciana, quien de inmediato se puso a la defensiva.

—Todavía no me dice su verdadero nombre. ¿O quiere que la siga llamando Maruja?

—No. Soy Leonor Valdivieso de Ochagavía —señaló ella.

—Mucho gusto, señora Leonor —dijo, educado.

—El gusto será tuyo, mocoso —se quejó molesta—. ¡En cambio yo maldigo el día en que nuestros destinos se cruzaron!

Pablo no pudo evitar esbozar una sonrisa cargada de ironía.

—Qué curioso. Lo primero que pensé cuando nos presentaron y escuché que se llamaba María González fue que su nombre no tenía nada de llamativo. “Qué nombre tan poco rimbombante para una dama tan especial”, fue lo que me dije —aseveró—. Y no me equivoqué. Sólo una dama muy especial, como usted, es capaz de maldecir con esa gracia y encanto.

Inesperadamente, Urrejola hizo el amago de avanzar hacia la puerta, exasperado y furioso por el giro de los acontecimientos.

—¡Esto se acabó! —exclamó con la mayor de las autoridades—. ¡Nadie se va a mover de aquí hasta que llegue la policía!

—*That's right* —lo apoyó el muchacho—. Nadie se va a mover de aquí todavía. Antes, nos tienen que contar cómo fue que dieron muerte a Teodoro Riquelme. Eso es lo que más me intriga. ¿Quién va a comenzar? —inquirió volviéndose hacia los Ochagavía.

Y para sorpresa de todos, el hijo menor de la familia se puso de pie. De su sonrisa habitual ya no quedaban rastros. Se había terminado de disolver, junto al falso nombre de Abel que usó durante los últimos días.

—Todo comenzó el día en que recibimos una llamada del cementerio —rememoró—. Nos informaron que había un problema con el mausoleo de la familia, donde estaba enterrado nuestro padre y nuestros antepasados. Es imposible, les dije. Esa cripta ha estado ahí hace muchos, muchísimos años. Y así va a seguir.

—Entonces yo averigüé, gracias a la infidencia de uno de los trabajadores del lugar, lo que el infeliz de Riquelme pensaba hacer —retomó su hermana—. ¡Ese tipo no tenía valores! ¡No le tembló la mano para profanar la tumba de cientos de personas!

—Y nosotros, como hijos de Jesús Ochagavía, no íbamos a permitir que hiciera algo así con la memoria de nuestro padre.

Pablo se acercó a ellos, al tiempo que asentía con la cabeza.

—Entonces imagino que comenzaron a enviarle anónimos a la víctima, a ver si así conseguían disuadirlo. ¿Correcto? —quiso saber.

—Sí. Fue idea mía, de hecho. Alcanzamos a mandar un par de cartas —contestó el hombre.

—Pero no sirvió de nada —se lamentó ella—. El desgraciado de Riquelme comenzó con sus obras en el cementerio. Nada lo iba a detener en su afán de hacer dinero. ¡Nada!

—Entonces, hicieron una reserva en este hotel usando nombres falsos —dijo el boricua—. Los miembros de la familia Ochagavía, más el yerno y el socio del patriarca. Todos los que estaban dispuestos incluso a matar con tal de vengar la afrenta.

Enseguida, la viuda hizo uso de la palabra, exigiendo total atención.

—Yo estuve dispuesta a negociar con ese desalmado —explicó—. Hablé por teléfono una vez con él y le ofrecí dinero. Pero no aceptó. Y antes de cortar la llamada, se atrevió a humillarme y a burlarse de la memoria de mi Jesús. ¡Y eso no se lo iba a permitir! ¡Claro que no!

Los hermanos iban a retomar la narración, pero Pablo los detuvo con un gesto de su mano.

—*Listen*, ya puedo imaginarme la escena. La noche del crimen vieron con espanto que un funcionario de la Oficina de Emergencias llegaba inesperadamente al hotel, producto de la tormenta. Habrán tenido alguna reunión secreta, supongo, para decidir qué hacer con él —el muchacho se emocionó con sus propias palabras, y aumentó los decibeles de su voz—. Entonces optaron por sedarlo. Se les presentó la ocasión perfecta cuando Lya le trajo un té de manzanilla antes de irse a dormir. ¿Quién de ustedes puso los somníferos en la taza?

Como tardaron unos segundos en dar la respuesta, Pablo volteó hacia uno de ellos.

—Yo diría que fue el hijo menor... El que todos conocimos como Abel Pérez. ¡El hombre de la eterna y fingida sonrisa! ¿O me equivoco?

El aludido negó con la cabeza.

—No. No te equivocas. Yo disolví los sedantes en el té mientras Urrejola y Lya armaban la cama en el sofá —confesó.

—¡Exacto! Ése fue el minuto preciso para poner en marcha el plan —el boricua crispó el cuerpo y abrió ambos brazos, apropiándose de todo el espacio que lo rodeaba—. Supongo entonces que, con el intruso dormido profundamente, se pusieron manos a la obra. Su madre les permitió el acceso al patio interior que comunica el hotel con la casa de la víctima. Uno de ustedes habrá salido primero, bajo la lluvia, para despejar el camino. Al llegar frente a la ventana de Riquelme, la habrá golpeado para

abrirlo. Puedo imaginar el rostro de impacto del anciano al ver que un desconocido entraba en su hogar, empuñando un arma. El primer golpe, y probablemente el que mató a la víctima, la dio alguien con la mano izquierda. Y la única persona zurda en este hotel es...

Pablo paseó la vista sobre cada uno de los rostros que seguían atentos su relato. Posó ambos ojos en el hombre del bigote perfectamente recortado.

—Usted —sentenció—. El socio justiciero.

—¿Cómo lo sabes?! —se sorprendió el hombre.

—Porque hace unos minutos dio un violento golpe en la mesa con la mano izquierda al tratar de hacerme callar —le explicó—. Es bueno ser observador. Se delató sin darse cuenta.

—Entonces el verdadero asesino es... es Miguel Hurtado, el socio de Jesús Ochagavía —concluyó Felipe leyendo el verdadero nombre en el visor de su iPhone.

—Sí, en parte —asintió su amigo—. Pero tras él llegaron los dos hermanos, y el cuñado. Y cada uno de ellos asestó una puñalada al cuerpo de Riquelme. Por eso algunas heridas ya no sangraron. Porque el cadáver llevaba un rato muerto cuando fueron hechas.

—¡Esto es horroroso! —exclamó Luchita, asqueada—. ¡No sé si quiero seguir escuchando!

—La señora Leonor Valdivieso de Ochagavía permaneció en el hotel, atenta ante la posibilidad de que alguien entrara al cuarto y descubriera lo que estaba sucediendo —dijo el boricua—. Su estado físico no le permitió saltar por la ventana. Además me imagino que usted no se iba a manchar las manos con sangre, *right?* Usted es de las que

maldice y amenaza... pero deja que otros hagan el trabajo sucio.

Pablo estaba seguro de que si la anciana hubiera podido, se habría lanzado sobre su cuello para enterrarle las uñas y verlo morir lentamente entre sus manos. Al menos ésa era la intención que sus despiadados ojos le señalaban. Algo estremecido por tanta crueldad junta y contenida en una sola persona, prefirió obviarla y regresar a la plática con el resto de su familia.

—Antes de abandonar el lugar de los hechos, y de volver al hotel para simular que nada había sucedido, habrán intentado borrar sus huellas. Es probable, entonces, que hayan encontrado uno de los anónimos que ustedes mismos enviaron. Y como en él se mencionaba a los Ochagavía, decidieron quemarlo para eliminar cualquier vínculo de la familia con la víctima.

—Pero no contaron con la habilidad de Lya para leer papeles quemados a contraluz. Nos dejó a Pablo y a mí con la boca abierta —opinó Felipe en un intento de devolverle un halago a la hija de la dueña del Barlovento—. Y gracias a ella descubrimos la pista que nos permitió darnos cuenta de que el crimen estaba asociado a la destrucción del mausoleo.

La aludida le sonrió con simpatía. Por lo visto las discrepancias entre ambos comenzaban a quedar atrás.

—Me figuro que además uno de ustedes habrá apretado la opción de *repeat* en el lector láser para evitar que el disco que Riquelme estaba escuchando se acabara en mitad del atraco. Buena idea la de subir el volumen de la música, además, para esconder cualquier grito o golpe

proveniente de la casa vecina. Sin embargo, lo que no saben es que el hecho de que *Nessun Dorma* haya sonado ininterrumpidamente durante tantas horas me dio la clave del caso.

Cerró los ojos un momento y evocó las palabras que él mismo tradujo utilizando una aplicación en internet:

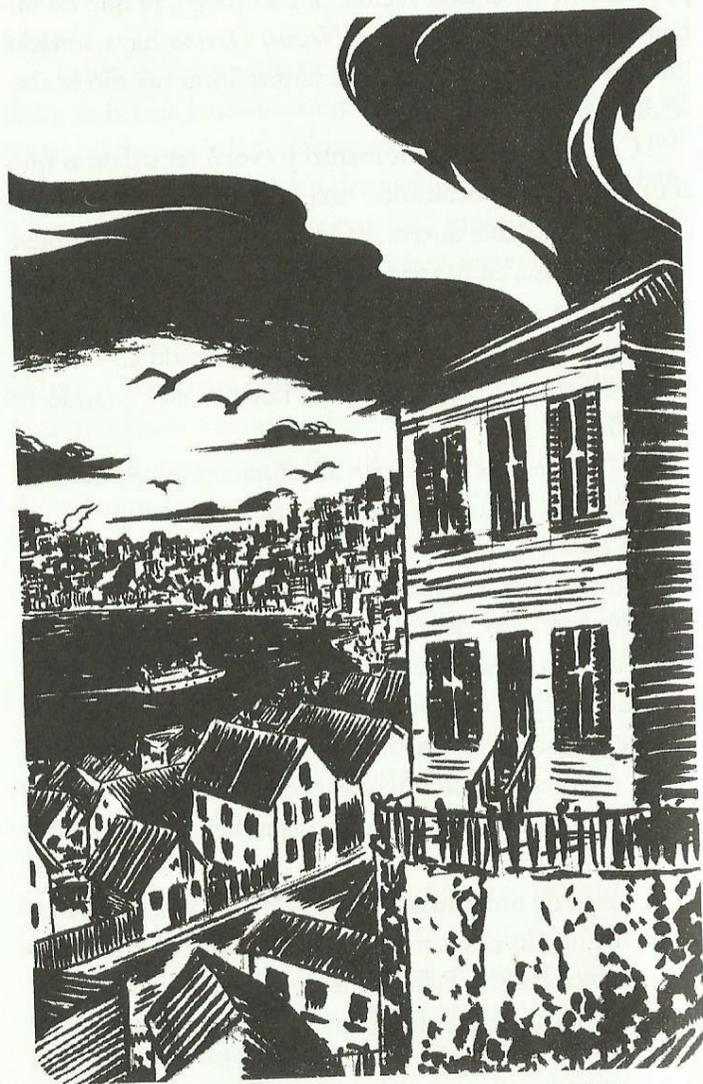
—“¡Que nadie duerma! ¡Que nadie duerma! ¡También tú, oh Princesa, en tu fría habitación miras las estrellas que tiemblan de amor y de esperanza...” —hizo una pausa y continuó—. “¡Mas mi misterio está encerrado en mí! ¡Mi nombre nadie lo sabrá! Sobre tu boca lo diré cuando la luz brille.”

—Ustedes dos me tienen absolutamente impresionada —confesó Lya con la boca abierta.

—*Thanks* —le sonrió Pablo—. ¿De qué habla la ópera Turandot? De enigmas y de ocultar falsas identidades. Igual que este caso, donde el verdadero secreto se escondía detrás de nombres ficticios. “¡Mas mi misterio está encerrado en mí! ¡Mi nombre nadie lo sabrá!”, dice el personaje del príncipe en un momento. ¿Qué nombre nadie sabrá?, me pregunté en mil ocasiones. ¿Ochagavía, tal vez? Y como pueden darse cuenta, conseguí llegar a la solución —se vanaglorió.

Y luego de una pausa en donde se podía escuchar hasta el leve quejido de las maderas al hincharse bajo los incipientes rayos del sol, Pablo concluyó mirando a Urrejola:

—Ahora sí. Ya puede llamar a la policía. *Rush!*



CAPÍTULO DOCE

PASEO BAJO EL SOL

Una vez que las nubes de tormenta abandonaron el cielo sobre Valparaíso, volvió a brillar con renovado ímpetu el Océano Pacífico. La infinidad de casas suspendidas en las laderas de los cerros, lavada por la lluvia de días, estrenó nuevas tonalidades que multiplicaron sus reflejos en los cristales de las ventanas. El frenético espectáculo de la vida del puerto regresando a su ritmo habitual tras un par de días de caos resultaba hipnótico desde una de las pintorescas terrazas del Paseo Yugoslavo en Cerro Alegre, donde Pablo, Felipe y Lya decidieron sentarse a tomar un café.

Habían llegado hasta la cima gracias a un llamativo ascensor que, impulsado por un complejo engranaje de cuerdas, rodamientos y un riel que subía en un ángulo de cuarenta y cinco grados, los transportó con toda calma hasta una meseta desde donde se apreciaba toda la bahía.

Apenas se bajaron del ascensor, caminaron entre enormes mansiones del siglo pasado, todas de coloridas y vibrantes fachadas, muchas de ellas convertidas en restaurantes y salones de té. Eligieron un local que los tentó gracias a una hermosa terraza de baldosas blancas y negras, que parecía flotar en el vacío sobre la ladera del cerro.

El gordo, en un gesto habitual en él, se acomodó su gorra de los Marlins para impedir que el sol del mediodía lo cegara y le enrojeciera las mejillas. Aún afectado por lo vivido el día anterior, negó con la cabeza, incapaz de terminar de asumir el desenlace del caso.

—No puedo creer que una mujer tan elegante y fina como la señora Maruja...

—Leonor —lo corrigió su amigo—. Que no se te olvide que su verdadero nombre es Leonor.

—Bueno, ella... ¡Es que no puedo creer que una persona que se veía tan distinguida y delicada haya resultado una asesina de esa categoría! —se lamentó.

—Eso te demuestra que a veces no hace falta empuñar un arma para hacerle daño a alguien —reflexionó Lya Guerrero, soplando la espuma de su capuchino—. Esa mujer ideó un plan macabro y arrastró en su venganza a toda su familia.

—Supongo que los Ochagavía seguirán juntos mucho más tiempo, pero tras las rejas, donde merecen estar —sentenció Pablo. Luego respiró hondo y exhaló un largo y sonoro suspiro de alivio—. ¡Al fin comienzan nuestras vacaciones!

—Y la mejor parte es que el clima mejoró —se alegró Lya al pasear la vista por el azul intenso del cielo—. Ya pueden empezar a gozar de Valparaíso. ¿A dónde quieren ir ahora?

El boricua iba a responder pero Felipe lo detuvo con un categórico movimiento de su mano. Volvió a acomodarse la gorra en un evidente gesto nervioso. Finalmente se la quitó, se rascó la coronilla de la cabeza y, jugueteando

con ella entre los dedos, miró a la mujer con infinito arrepentimiento.

—Quiero pedirte disculpas —comenzó a decir.

—¡No, no hace falta! —lo detuvo ella.

—Es que me porté como un idiota contigo —asumió Felipe—. Fue un arrebato tan infantil el que tuve que yo mismo me desconocí. Eres una chica a todo dar... y una espléndida detective.

—*The best* —corroboró Pablo—. Tu capacidad de observación es impresionante.

—¡Impresionante es lo que hiciste tú! —exclamó llena de honestidad—. Todavía no entiendo cómo fuiste capaz de ver más allá de lo obvio para poder solucionar el misterio de la muerte de Riquelme.

—Todo está aquí —reveló el muchacho y se tocó la sien—. En mis células grises.

Felipe no pudo contener una carcajada. A pesar de que se conocían hacía mucho tiempo, aún le provocaba tanta incomodidad la falta de modestia de su compañero y su obsesión por hablar igual que Hércules Poirot, su personaje favorito. Por eso había decidido tomarse con humor cada uno de sus arrebatos de genio y las imitaciones al detective belga. Por su parte, Pablo endureció la mirada y apretó la mandíbula ante la falta de reconocimiento a su inteligencia. Muy en el fondo de su alma, esperaba un rotundo aplauso. No una risotada.

—Y nunca nos dijiste qué novela de Agatha Christie estabas leyendo el día que llegamos al hotel —le dijo a Lya, dispuesto a cambiar drásticamente de tema.

—*Crimen en el Expreso Oriente* —contestó—. ¿Lo conoces?

“Huy”, se inquietó Felipe, “ahora viene toda una nueva disertación de Sherlock sobre libros, lo bien escritos que están y lo experto que él es en la obra de la autora inglesa. ¿Podré sacar mi iPhone y ponerme los audífonos para seguir escuchando música, sin que se den cuenta...?”

—¡Es uno de mis favoritos! —reaccionó el boricua.

—¿De verdad? —se entusiasmó ella—. ¡A mí me encantó!

—¿Y ya lo terminaste?

—Sí. La misma noche que mataron a Teodoro Riquelme. Y la verdad, cuando anoche te escuché hablar frente a toda la familia Ochagavía, me acordé del libro y me sentí como uno de sus personajes. ¿Tú ya lo leíste? —preguntó a Felipe, quien de inmediato suspendió la búsqueda de su teléfono y simuló estar muy atento a la conversación.

—No, no —negó.

—Entonces no voy a decir nada más para no echarte a perder el final —le sonrió Lya—. Pero digamos que lo que sucedió en mi hotel fue lo mismo que pasó adentro de ese tren... Con razón dicen que la vida real a veces supera a la ficción, ¿o no? —agregó, girando hacia Pablo.

Él iba a asentir con un categórico movimiento de cabeza cuando una voz conocida se dejó escuchar en el sector de Cerro Alegre donde estaban sentados gozando del paisaje:

—¡Almendra! ¡Luna! ¡Sansón! ¡¿A dónde creen que van?!

Pablo estiró el cuello por encima de las demás personas que lo rodeaban y descubrió a la señora Violeta,

vestida con su eterna y desteñida bata de levantarse, y el pelo acomodado en ondas bajo su red elástica; perseguía por la empinada calle a tres gatos que huían frente a ella.

—¡Vuelvan aquí, dije! ¡¿No me oyeron?!

De pronto Violeta se detuvo y vio a Pablo observándola desde la distancia. Incapaz de poder contenerse, la mujer le regaló una sonrisa cómplice y le guiñó un ojo lleno de agradecimiento. A través de ese simple parpadeo celebró junto con el muchacho el reparador acto de justicia que tuvo lugar en el hotel Barlovento, gracias al cual los culpables recibieron su castigo. No fue necesario que intercambiaran ni una sola palabra, pero Pablo comprendió que ella no estaba acostumbrada a formar parte del equipo de los ganadores. El corazón se le llenó de dicha al percatarse de que él era el responsable de la infinita alegría de esa anciana. Y en el brevísimo instante en que sus miradas se cruzaron, y que se cortó cuando Violeta retomó la marcha tras sus escurridizas y malagradecidas mascotas, ambos sintieron que el mundo era, al menos para ellos, un mejor lugar donde vivir.

“Esto es lo que quiero hacer siempre”, se dijo. “No sé cómo voy a lograrlo, pero pretendo seguir resolviendo casos policiales hasta el último día de mi vida sólo para volver a sentir una y otra vez esa maravillosa sensación de triunfo y satisfacción.”

Y dicho eso, miró confiado hacia el horizonte, como si en la unión exacta entre cielo y mar pudiera adivinar hacia dónde lo iba a llevar la siguiente aventura.